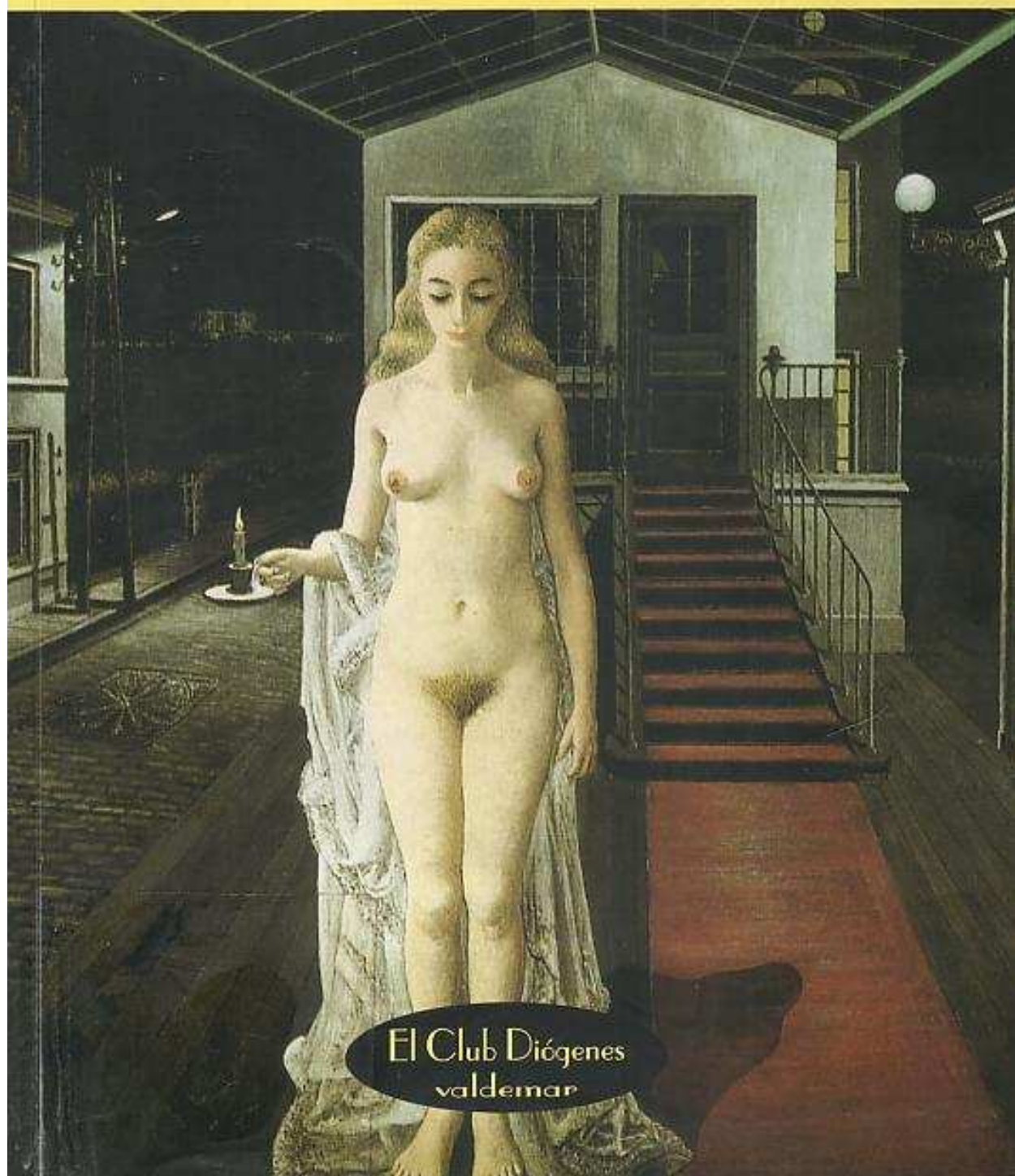


JUAN MANUEL DE PRADA

El silencio del patinador

S E R I E « A U T O R E S E S P A Ñ O L E S »



El Club Diógenes
valdemar



JUAN MANUEL DE PRADA

EL SILENCIO DEL PATINADOR

VALDEMAR

Primera edición: octubre de 1995
Segunda edición: diciembre de 1995
Tercera edición: mayo de 1996
Cuarta edición: abril de 1997
Quinta edición: noviembre de 1997

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Dirección editorial:
Rafael Díaz Santander
Juan Luis González Caballero

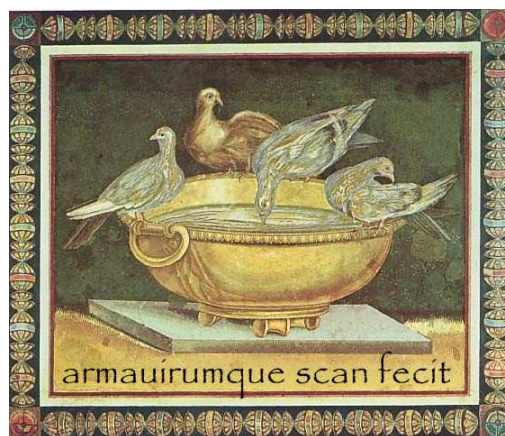
Diseño de colección:
Cristina Belmonte Paccini ©

Ilustración de cubierta:
Paul Delvaux: *Chrysis*

© Juan Manuel de Prada, 1995
© de esta edición: Valdemar ®
© de la ilustración: Paul Delvaux. Vegap, 1995
Gran Vía 69 / 28013 Madrid
Telf.: (91) 542 88 97 – Fax: (91) 547 82 55

ISBN: 84-7702-143-0.
D.L.: M-39.730-1997

Impreso en España



El Silencio Del Patinador

Juan Manuel de Prada Blanco

Editorial Valdemar, Madrid (1995).

5ª edición: noviembre de 1997

ISBN: 84-7702-143-0.

224 p.; 22 x14 cm.

Idioma: Español

Tras la publicación de su inclasificable y divertidísimo *Coños*, **Juan Manuel de Prada** nos ofrece este volumen de relatos, por el que desfilan personajes energúmenos o estrictamente crueles, conductas agravadas de alevosía, premeditación o nocturnidad, desenlaces oficiados bajo el signo del sacrificio o la villanía.

En *El silencio del patinador*, asistimos a la confirmación de un autor heterodoxo, dueño de un estilo y una fabulación que rozan el virtuosismo, igualmente dotado para la ironía o el sarcasmo, la recreación de ambientes o la creación de realidades nuevas. Si en *Coños* **Juan Manuel de Prada** se burlaba de los géneros para celebrar luminosamente el cuerpo femenino, en *El silencio del patinador* nos ofrece, como en un aquelarre, la cara más oculta de las cosas, la radiografía atroz, visionaria y absurda de una realidad que late dentro de nosotros. Niños a punto de dejar de serlo, adolescentes inflamados de insomnio, arribistas acostumbrados a cualquier abyección, escritores enfermos de mediocridad, bohemios de leyenda y otras faunas mitológicas componen el mosaico de este libro, convocadas por la prosa delictiva, irreverente y sentimental de **Juan Manuel de Prada**. Un libro destinado a perdurar, que no dará tregua a sus lectores y les abrirá un abanico de mundos insospechados.

Juan Manuel de Prada Blanco (España, 1970)



Escritor y articulista español nacido en Baracaldo, aunque pasó su infancia y adolescencia en Zamora. Sus comienzos entroncan estilísticamente con Ramón Gómez de la Serna, con quien comparte ese gusto por la ironía sutil. Pese a que muchos han tratado de encasillarle dentro de una supuesta nómina de jóvenes escritores, él mismo se aparta de las clasificaciones definiéndose a sí mismo como un escritor "barroco, torturado y taciturno". Escritor extraordinariamente "gráfico", su primer libro, *Coños* (1995), sorprendió por su audacia imaginativa y su deslumbrante uso del lenguaje. Ha escrito las novelas *Las máscaras del héroe* (1996), *La tempestad* (Premio Planeta, 1997), *Las esquinas del aire* (2000), *Desgarrados y excéntricos* (2001) y *La vida invisible* (Premio Primavera, 2003). Es también autor del libro de relatos *El silencio del patinador* (1995) y de los libros de artículos, *Reserva natural* (1998) y *Animales de compañía* (2000).

LAS MANOS DE ORLAC

*Midas, sin medir lo peligroso de su petición, le rogó
que todo cuanto él tocase se convirtiese en oro.*

OVIDIO

Yo, por entonces, creía que los estranguladores sólo existían en las películas. En los cines modestos de barrio, entre crujidos de carcoma y cáscaras de pipas, en aquellas mañanas inciertas de los domingos, pobladas de sobresaltos, había visto aparecer a Peter Lorre sobre una pantalla iluminada de imágenes en blanco y negro, desempeñando su papel de científico tarado, y lo había visto afanarse en su quirófano de azulejos sucios, bisturí en mano, injertando las manos de un asesino en las muñecas (o muñones) de un joven pianista que había perdido las suyas, arrancadas de cuajo en un accidente que la elipsis cinematográfica o la censura, tan benévolas ambas, habían eliminado de la película. Las manos del asesino, trasplantadas al cuerpo del pianista, cobraban una vida autónoma, suplantaban a su nuevo dueño y lo empujaban a un itinerario atroz de crímenes, bajo la mirada atenta o consentidora de un Peter Lorre que sonreía con una sonrisa páfida (había un diente de oro que le asomaba entre los labios) y que, a la postre, moría estrangulado por esas mismas manos que él había trasladado de un cuerpo a otro, en una moraleja que pretendía restaurar el orden de las cosas. *Las manos de Orlac*, se titulaba aquella película, que ya para siempre iba a poblar mis pesadillas con el aroma póstumo y sublime del miedo, ese aroma que nos inquieta y gratifica y embriaga, dulce como un pecado, ese aroma que nos perfuma la infancia y nos hace crecer entre fantasmas y placeres dilatados.

De pronto, empezaron a decirnos por la radio que los estranguladores también nacen o se crean en ese otro mundo, tan parecido a una película sin argumento, que los adultos llamaban realidad. Se había escapado del manicomio un loco con tendencias homicidas, y nadie conocía su paradero. El manicomio se levantaba a las afueras de la ciudad, en un paisaje de escombros y rieles oxidados; era un edificio de arquitectura sombría, monótono de ventanas e inquilinos que se asomaban a esas ventanas para promover altercados, intentos de fuga o meros suicidios. Muchos otros internos habían logrado burlar la vigilancia de sus celadores y se habían arrojado a la vía, o habían huido en un tren sonámbulo, rumbo a ninguna parte, y hasta entonces nadie se había preocupado de ellos (ni de su destino ni de sus posibles fechorías), por eso me sorprendió doblemente ese clima de inquietud que, desde la dirección del manicomio o desde la comisaría o desde los micrófonos de la radio, se nos intentaba inculcar (interrumpían el serial de *Diego Valor* para intercalar anuncios gubernativos que prometían recompensas fastuosas a cualquiera que atrapase al prófugo o proporcionase alguna pista sobre su escondrijo). Para la población deseosa de anécdotas pintorescas o macabras, para esa multitud crédula de señoras y tenderos y criadas de servir y niños que se resisten a ingerir su comida, los periodistas, en complicidad con las autoridades, le habían adjudicado al presunto estrangulador (como si no le bastase al pobre con haber extraviado su cordura) un pasado más o menos exótico de amores no correspondidos, preferencias pederastas y

hábitos agravados de nocturnidad y alevosía. Aseguraban sus persecutores que el estrangulador, aquel Orlac redivivo, aunque de común pacífico y hasta melindroso, sufría por la noche una especie de enajenación o metamorfosis (quizá los efluvios lunares lo propiciasen) que lo impulsaba a estrangular niños y muchachas núbiles. En su labor homicida (pero todavía no se había inaugurado su lista de víctimas: la alarma, una vez más, se anticipaba a los hechos), el estrangulador se cuidaba mucho de no dejar huellas ni vestigios sangrientos, y para ello se enfundaba unos guantes de goma que acrecentaban aún más si cabe su aspecto pavoroso o hilarante, guantes de color rosa, para más señas, como los que empleaba mi madre para fregar.

Precisamente fueron las madres quienes, guiadas por un instinto de credulidad o estulticia, favorecieron la leyenda del estrangulador, imponiéndonos la obligación de regresar a casa antes del crepúsculo, o prohibiéndonos frecuentar los arrabales, los parajes más agrestes, los túneles donde cada noche se incubaba la pesadilla, esos rincones de la ciudad apenas entrevistos que nos atraían y aureolaban y nos permitían degustar, casi por primera vez en la vida, el placer culpable de quienes infringen una norma de urbanidad o un mandamiento divino. Precisamente porque los túneles podían albergar al estrangulador, nos reuníamos allí los chicos de mi pandilla, en esa geografía inhóspita de hormigón que tenía algo de ruina paleolítica o cueva donde sobrevive un dinosaurio. Huíamos de casa, embalsamados de silencio, nos pavoneábamos por las calles desiertas, como reclamamos para ese hipotético estrangulador que nunca nos estrangulaba, y nos congregábamos en los túneles, entre paredes que nos transmitían todo el calor húmedo del planeta, entre charcos de agua podrida y orín en los que chapoteábamos, sólo por el gusto de ensuciarnos. Allí, en los huecos sustraídos a la tierra, surcados por vías que temblaban antes de acoger el traqueteo del tren, como niños terribles de Cocteau o buscadores de un Santo Grial inaccesible, fumábamos cigarrillos que sabían a hierbas medicinales (cigarrillos como bálsamos que nos apaciguaban el pecho, cigarrillos que nos ensanchaban los pulmones y facilitaban nuestro crecimiento), y nos masturbábamos en cuadrilla, con ese fanatismo deportivo de a ver quién termina antes, y orinábamos sobre los charcos de agua podrida (el chorro resonaba sobre la bóveda de hormigón, con un espesor de semen marchito), antes de que pasase por allí el expreso de Irún, aquel tren antiguo, aparatoso como el dinosaurio que le faltaba al túnel, que nos ponía en el corazón el primer infarto de nuestra vida, un infarto lírico que nos acompañaría ya siempre, una borrachera de estruendo que circularía por nuestras venas, mezclada con la sangre y la saliva de los primeros besos.

A Cristina le gustaba reunirse de noche con nosotros, chicos de barrio, en los túneles frondosos de humedad y escalofríos, para contarnos las últimas noticias o rumores o fábulas acerca del estrangulador. Cristina era hija del comisario de policía, y conocía los detalles del asunto mejor que su propio padre (al menos, poseía mejores dotes narrativas), sobre todo si eran detalles truculentos o decididamente sádicos, que eran los que a nosotros nos interesaban. Cristina nos hablaba con una familiaridad que nacía de la malicia o la inconsciencia (esa misma malicia o esa misma inconsciencia que la llevaban a juntarse con nosotros en los túneles), y exageraba los desmanes y los atributos físicos del estrangulador. Tenía una belleza blanca, caligráfica y exenta de senos, como de ángel prerrafaelista, que contrastaba con su perversidad casi adulta.

—Mi papá dice que Orlac intentará escapar pronto de la ciudad. —Llamábamos así al estrangulador porque las autoridades no nos revelaban su nombre de pila—. Probablemente, cualquier noche de éstas, coja el expreso de Irún e intente pasar la frontera. Aquí lo tienen acorralado.

Como un eco o constatación de sus palabras (pero anulándolas con su estruendo), llegaba en ese momento el expreso de Irún, congestionado de pasajeros, y nos obligaba a disolver la reunión. Era apenas un segundo lo que el tren tardaba en atravesar el túnel, pero ese segundo bastaba para que, siquiera con la imaginación, situásemos entre sus pasajeros a Orlac, con las manos enguantadas ocultas en los bolsillos de la gabardina. Era un segundo larguísimo, recorrido de luces vertiginosas, que nos transmitía un temblor casi telúrico, ese temblor efímero que suscita el paso de un tren.

—Papá ha ordenado apostar policías en todas las estaciones, pero no me extrañaría que Orlac lograra escapar. Los subalternos de papá es que son muy brutos.

El tren se perdía a lo lejos, en una épica ferroviaria que prescindía del vapor y las bielas. Cristina

proseguía con esa malicia que le proporcionaba el conocimiento de nuestra debilidad:

—Apuesto a que no tenéis lo que hay que tener para montaros en ese tren.

El reto incluía un contenido vagamente sexual que nos atemorizaba por partida doble (sobre el temor que pudiéramos profesarle a Orlac se amontonaba el temor a la mujer, tan común en el adolescente). El aire del túnel se espesaba de humedad y fiebre. Acepté la apuesta:

—Muy bien, Cris. Mañana me monto en ese tren y si es preciso me voy hasta Irún.

Se abrió un silencio sin resquicios, subterráneo como el propio túnel. De vuelta a casa, la ciudad parecía más pequeña, más doméstica, como si de repente las calles se hubiesen replegado sobre sí mismas, humilladas por ese raptó de valentía con el que acababa de clausurar mi niñez. Cristina me acompañó durante un buen trecho, súbitamente desposeída de su malicia o su inconsciencia, súbitamente desposeída de su misterio. Me di cuenta de que tenía una belleza tediosa y demasiado pictórica, como corresponde a la hija de un comisario de policía.

—Hasta mañana —le dije—. Vete a la estación, si quieres comprobar cómo cumplo mi promesa.

Aquella noche, después de despedir a Cristina, después de abrigarme con las sábanas frías, escarchadas de luna, saboreé por primera y última vez el sabor insomne de un miedo entremezclado de sexualidad, un sabor que antes sólo había intuido y que después ya sólo conseguiría rescatar en forma de sucedáneo, envilecido por la nostalgia o recompuesto por la memoria, que es otra forma de nostalgia. Fue una noche siniestra y voluptuosa, poblada de trenes imaginarios, estranguladores y muchachas impúberes que se desnudaban para mí, exentas de senos y de malicia.

* * *

Cristina me esperaba en el andén, sola y triste como una novia irremisible, como una novia que no llegará a casarse, condenada a la soltería ya desde su pubertad. La estación, casi vacía de viajeros, pero populosa de policías que perseguían a un estrangulador ficticio, tenía un aspecto legañoso, como de anciano que camina por las geografías del sueño y se frota los ojos para despabilarse. Cristina se acercó a mí y me previno:

—No te arriesgues. A papá le han soplado que Orlac viajará esta noche.

Así lo pregonaban, desde luego, los policías, que miraban a los viajeros con hostilidad o desdén o mera barbarie; usaban una gorra de plato con barboquejo que les oprimía la garganta y les otorgaba un aspecto de ahorcados prematuros. El billete que acababa de sacar en la taquilla me quemaba en la mano, como un pasaporte al infierno. En otras circunstancias habría desistido, pero aquella noche me sentía embriagado de satanismo, como a punto de trasponer ese umbral en el que nos despojan de la infancia.

—Ojalá viaje, Cris. No le tengo miedo a Orlac. Seguro que no es tan fiero como lo pintan.

Todavía me insistió un poco más, mientras el expreso, entraba en la estación con una lentitud exasperada y fúnebre. Los pasajeros fueron subiendo al tren, torpes y adormilados, con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina, como estranguladores repetidos que quisieran ocultar los guantes con los que habían oprimido tantos cuellos. Cristina se aferraba a mí, temerosa de mi vida, pero también temerosa de que yo sobreviviera y le exigiese a mi regreso el cumplimiento de una promesa tácita. Me subí a un vagón cualquiera, con el tren de nuevo en marcha, zafándome de Cristina, que con el patetismo de las lágrimas había perdido su dignidad de ángel prerrafaelista.

—Ándate con cuidado —me recomendó.

En el tren viajaban familias que comían en silencio una tortilla de patata y se descalzaban, ensuciando el aire con el olor pobre y ferroviario de sus pies, y también reclutas a quienes el uniforme otorgaba ese aspecto democrático de quienes nada tienen, salvo su petate y el sueño acumulado de muchas vigiliadas. Recorrí los pasillos del tren, borracho de vaivenes, y elegí un compartimento vacío, no por misantropía o ensimismamiento, sino para que la soledad del escenario propiciase mi encuentro con el estrangulador. Por la ventana entraba un chorro de luna, mitigado por unos visillos que parecían enaguas (pero aquella noche todo se me mostraba revestido

de un prestigio femenino). El tren se bamboleaba, como un barco ebrio de marejadas y nocturnidad. Aunque estaba de espaldas a la puerta, supe que alguien había entrado en mi compartimento, porque de repente el traqueteo del tren me abofeteó los oídos.

—No te molestaré, supongo.

Era una voz atropellada, confusa de persecuciones y clandestinidad. Pertenecía a un hombre frágil, traslúcido, de rasgos desdibujados y pobreza decente (observé que su gabardina estaba tazada en los puños). Miraba con ojos diminutos y acerados, como alfileres que no se desvían de su destino. Afuera, la noche tenía una grandeza irreal, opresiva, y el paisaje incorporaba una luna hinchada como un tumor. Supe con inquebrantable certeza que me hallaba ante Orlac.

—Pase, pase y siéntese.

El estrangulador aceptó a medias mi invitación: cerró la puerta del compartimento (de nuevo, se apaciguó el traqueteo), pero prefirió moverse de un lado para otro, acosado por una inquietud que parecía procederle de dentro. Por la ventana, filtrado por los visillos, entraba un olor dulce y nauseabundo, como de membrillos pochos. Orlac habló de nuevo; un sudor frío, preludio del crimen o la sinceridad, le esmaltaba la frente:

—Me persigue la policía, ¿sabes? —me confesó abruptamente—. Se encargaron de decirle a todo el mundo que soy un estrangulador, para justificar su movilización. Pero no soy un estrangulador, sino otra cosa que a ellos les molesta mucho más. ¿Quieres que te lo cuente?

El sudor le bañaba las sienes y descendía en goterones por las mejillas. Asentí con absurdo entusiasmo, contagiado por su facundia.

—Está bien, te lo contaré. Pero todo quedará entre nosotros, ¿de acuerdo?

Sobre un cielo deshilachado de nubes, se agitaban las estrellas, tejiendo su alfabeto vertiginoso. Orlac se paseaba por el compartimento con las manos enterradas en los bolsillos de la gabardina; en sus andares, en sus gestos y ademanes, se adivinaba la lucidez alucinada de los locos.

—Todo comenzó hace aproximadamente cinco años —Orlac no gesticulaba, quizá porque no quería mostrar sus manos—. Descubrí un método para convertir en oro las pesetas rubias. Un método bastante sencillo, como en seguida te demostraré. Al gobierno este descubrimiento no le interesaba nada: quienes manejan las pesetas rubias no son precisamente los millonarios y los políticos, sino los pobres de los arrabales, el pueblo misérrimo que casi no tiene qué llevarse a la boca y se conforma con la calderilla. Los del gobierno intuyeron la amenaza del invento: si yo convertía en oro las pesetas rubias, la riqueza del país cambiaría de manos. Los ricachones tendrían que meterse por el culo sus fajos de billetes, que se devaluarían con el alud de oro, y los pobres le darían un vuelco a la economía. Hubiese sido una de esas revoluciones silenciosas, sin proclamas ni efusiones sangrientas, que son las que más joden a los políticos, porque les restan protagonismo. De modo que me internaron en el manicomio, para que no pudiera poner mi invención al servicio de los oprimidos. Cinco años de encierro y camisas de fuerza, hasta que logré escapar el otro día.

Hablaba con esa convicción presuntuosa de los alquimistas, los agitadores sociales, los aprendices de mesías. El tren se internaba entre bosques de pinos que amortiguaban su fragor. Recordé, no sin ironía, cierto episodio mitológico:

—Así que usted es como Midas.

Orlac se revolvió furioso; sus facciones de hombre inofensivo parecieron incendiarse con una inexplicable llama:

—Menos guasa, niño. Midas convertía en oro todo lo que tocaba: la comida, el agua, las tetas de su consorte, todo. Mi poder, en cambio, sólo se extiende a las pesetas rubias, y para eso es necesario llevar puestos unos guantes de mi invención.

Al fin se había sacado las manos de los bolsillos. Llevaba unos guantes de goma rosa (guantes de fregar, en efecto), muy elásticos y acomodaticios, que le otorgaban a las manos una calidad de prótesis, como en la película de Peter Lorre. Supuse sin demasiado horror que aquellos guantes no tardarían en abalanzarse sobre mi cuello.

—Te haré una prueba, para que te convenzas —me dijo, frunciendo los dedos y moviéndolos como si fuesen patas de araña—. ¿No tendrás una peseta por ahí?

El tren había tomado una curva a una velocidad perezosa, desangrándose sobre la vía. Miré por

la ventanilla al exterior y distinguí en la distancia un coche celular. Alentado por un optimismo que nacía de la irrealidad o de un leve calambre voluptuoso, le tendí a Orlac una peseta con la efigie de nuestro gobernante, perpetuado en el poder por la gracia de Dios. Orlac encerró la peseta en uno de sus guantes y crispó el puño; noté que los nudillos se le marcaban por debajo de la goma, como una erupción súbita. Por la ventana, á través de los visillos, se filtraba el resplandor de la luna, que no admitía trucos ni escamoteos.

—Ahora tengo que estar así, con el puño cerrado, un par de minutos, hasta que concluya la metamorfosis —me instruyó, sin atisbo de locura.

El tren se paraba sin premuras, dejándose arrastrar por la inercia de su propio peso. Del coche celular salieron dos policías de fisonomía mimética, hostiles, desdeñosos o meramente bárbaros; habían desenfundado sus pistolas y subían al tren todavía en marcha, apremiados por una captura inminente. Orlac quiso reaccionar, pero ya era demasiado tarde.

—Malditos sicarios. Al final me pillaron —masculló, sin abrir el puño.

El tren, definitivamente detenido, resoplaba e infamaba la noche con sus jadeos. Entraron los policías en el compartimento y encañonaron a Orlac con sus pistolas, grávidas de muerte y cobardía. Mientras se lo llevaban (Orlac apenas se resistió, resignado a volver a un manicomio que acallaría para siempre la importancia de su invento), sentí cierta congoja por no haber intervenido en defensa del estrangulador. Los policías me pidieron disculpas por su irrupción y abandonaron el tren llevando en volandas a aquel hombre frágil, traslúcido, de rasgos desdibujados y pobreza decente, cuya detención les iba a deparar una recompensa fastuosa. El tren reanudó la marcha, aligerado y feliz como un niño que acaba de decir sus pecados al confesor. Antes de entrar en el coche celular, Orlac abrió la mano enguantada y dejó caer al suelo la peseta ya transformada: relumbraba como las charreteras militares, como las estrellas ardientes, como el oro de muchos quilates, y se iba empequeñeciendo, a medida que el tren se alejaba, sola y triste como una novia en el andén.

Reprimí un escalofrío. De repente, como si de una revelación se tratase, supe que mi destino, más allá de Irún o de los brazos de Cristina, me conduciría a una región deshabitada de inocencia.

SEÑORITAS EN SEPIA

*El ímpetu cruel de mi destino
¡cómo me arroja miserablemente
de tierra en tierra, de una en otra gente,
cerrando a mi quietud siempre el camino!*

FRANCISCO DE ALDANA

El retrato del abuelo nos contemplaba desde la penumbra del vestíbulo, envuelto en un halo de irrealidad, y su figura se evocaba en las sobremesas, entre susurros, con una mezcla de orgullo y contrición: era el antepasado ilustre y pecaminoso de nuestra familia, el héroe libertino cuyos episodios poblaban mis noches, la soledad lírica de mis noches, perfumadas todavía por ese aroma dulzón de la adolescencia. El retrato del abuelo me mostraba a un hombre maduro, de edad indefinida, un rostro afinado por arrugas apenas perceptibles que poseía esa severidad que solemos atribuir a los asesinos y a los ascetas. El brillo acerado de las pupilas, las finas guías del bigote, el rictus cansino de unos labios que no lograban encubrir un mensaje de voluptuosidad, todo en él tendía al goticismo, a una mitología de hazañas que se estiran hasta el alba en medio del desenfreno y la lucidez. Según el testimonio sucinto de mi padre (pero sus palabras estaban manchadas de un tonillo levemente didáctico), el abuelo había malgastado su existencia en aspiraciones vanas y escándalos gloriosos, y al final había hallado como único premio a sus excesos el desprecio de sus amigos y la persecución política (mi padre olvidaba mencionar que el destierro constituía una moda de la época, tan arraigada como el sombrero canotíe o las virginidades custodiadas hasta el tálamo). El abuelo acogía desde su retrato los comentarios poco favorables de mi padre con una sombra de resignación, sus labios parecían esbozar una sonrisa cómplice, y entonces mi imaginación se alzaba sobre las frases denigrantes y acompañaba al abuelo en su peregrinar por Europa, a través de un torbellino de placeres e intrigas. En mis ensoñaciones, el abuelo era siempre un hombre lleno de ingenio y frivolidad, un señorito perdis que competía en elocuencia con los seductores más conspicuos y que vivía pasiones y simulacros de pasión, en una atmósfera de conspiradores y estraperlistas. El abuelo trascendía la quietud del retrato, esa rigidez sepia del daguerrotipo, para elevarse al reino de las metáforas, náufrago en mil peripecias, triunfador en mil duelos, amante que se pierde entre pieles jóvenes y etéreos vestidos, hombre que asiste impasible al crepúsculo de los hombres y de los dioses. Así imaginaba yo al abuelo.

Una imagen llena de arrebatos que luego tendría que modificar, cuando hallé en su biblioteca aquella anotación marginal a un soneto de Garcilaso. La biblioteca del abuelo, famosa en su época por la profusión de libros prohibidos o sonrojantes (en su mayoría franceses, claro está), había sido concienzudamente esquilada por las autoridades civiles y eclesiásticas, mientras el abuelo escapaba hacia los Pirineos, fustigado por una pragmática que decretaba la prisión para los

pornógrafos y los propagadores de literatura *sicalíptica*. Entre los escasos volúmenes que la mano secular había respetado se hallaba un tomito encuadernado en piel con las obras de Garcilaso; en aquel famoso soneto que comienza *A Dafne ya los brazos le crecían...*, y que ilustra la metamorfosis de una ninfa en laurel, para evitar el acoso del dios Apolo, que ya estaba a punto de darle alcance, el abuelo había escrito a pie de página este pequeño escolio: «También yo, durante todos estos años, he perseguido el amor y he creído rozarlo con las yemas de los dedos, pero el velo de la carne me ha devuelto a la cruda realidad, a una carrera en pos de un vago ideal, cruzando fronteras y exilios interiores, llorando lágrimas de impotencia y desazón». La letra era menuda y ojival, y la tinta se volvía por momentos ilegible, difuminada por una distancia de generaciones. *¡Oh miserable estado, oh mal tamaño! / ¡Que con lloralla crezca cada día / la causa y la razón por, que lloraba!*, concluía Garcilaso, y fue en ese momento, al leer el soneto y el comentario del abuelo, cuando se desmoronó aquella imagen tributaria del error que yo había erigido: ya no volví a situar a mi antepasado en salones frecuentados por la alta sociedad, sino en la intimidad de una alcoba, despojado de disfraces y fingimientos, llorando como Apolo la imposibilidad del amor, su mirada de pupilas aceradas concentrada en el suelo, sus facciones afinadas por un fuego que arde sin llama, como una hoguera avivada en las fraguas del grito. El abuelo dejó de simbolizar los afanes mundanos, o, mejor dicho, siguió simbolizándolos, pero teñidos de cinismo y desencanto. *Cruzando fronteras y exilios interiores*, así lo imaginaba, explorando en cada rostro, en cada gesto femenino, el destello de un amor que se escapa como arena entre los intersticios de los dedos.

Esta revelación, lejos de satisfacerme, azuzó mi curiosidad: la figura del abuelo, que hasta entonces había constituido una excusa más o menos explícita para recrear paraísos definitivamente perdidos, comenzó a descubrirme aristas y recovecos; el desconcierto de mis catorce años no bastaba para explicar aquella frase («he perseguido el amor y he creído rozarlo con las yemas de los dedos»), aquellas ansias de infinitud, aquella desazón que yo hacía propia y que, poco a poco, se iba metiendo en mi carne y envenenando mi inocencia. Quise saber más, quise conocer en qué entretenía el abuelo sus vigiliadas, identificar mi desconcierto con el de un hombre que había dejado de existir mucho antes de que yo naciera, y que, sin embargo, se prolongaba en mí. Los catorce años son una edad proclive a hacerse preguntas, un terreno abonado para la duda y la desazón («llorando lágrimas de desazón», había escrito el abuelo).

—¿Tu abuelo? Creo que se dedicaba a la fotografía. En el desván montó un pequeño estudio, todavía debe de andar por allí su vieja cámara, un armatoste inservible.

Mi padre se refería al abuelo sin nostalgia, entre el hastío y la indiferencia, y le sorprendía (pero era una sorpresa que no lograba sobreponerse a su apatía) mi interés por el pasado, un pasado que para él no tenía otra utilidad que la meramente decorativa. La vieja cámara del abuelo estaba, en efecto, en el desván, esperando que alguien la rescatara del polvo y la desidia, aguardando en un rincón la mano que le sacudiera el sopor de los años, con su trípode, su fuelle de cuero, el marco del chasis donde se colocaban las placas que recogerían una realidad estática pero a la vez cambiante, un fragor sordo de mundos que discurren veloces ante el objetivo que los atrapa y los reduce a las dimensiones exiguas del papel. Imaginé al abuelo parapetado detrás de la cámara, aquel armatoste inservible, procurando extraer el secreto de las cosas, intentando acallar su desazón a través de un oficio que era crónica de la realidad y búsqueda de belleza, exilio interior a través de imágenes que quedan congeladas para una posteridad incierta. Parapetado yo también detrás de la cámara, espiaba el ayer tan lejano, la memoria de un hombre que ahora regresaba de una región remota para adiestrarme en la inquietud y el desconcierto. Quise saber más, quise recomponer el rompecabezas de una vida ya vivida y clausurada, pero que todavía daba sus últimos coletazos a través de una cámara que transfiguraba los objetos y los envolvía con una luz no usada.

Quería saber, y no vacilé en compartir lo poco que sabía o sospechaba con Iñaki, mi único amigo en aquella edad sin amigos ni confianzas. Iñaki era mayor que yo, apenas un par de años que parecían un par de siglos, una barrera inexpugnable que separaba la astucia del candor, el magisterio del aprendizaje. Iñaki ejercía sobre mí una especie de jefatura espiritual, sus opiniones (por lo general tan descabelladas como las mías) se revestían con ese vago prestigio que otorgan la experiencia y el ardor. Iñaki vivía por entonces el despertar de su virilidad, su piel había adoptado

un tono cobrizo y una sombra de vello que contrastaba con la suavidad enclenque de la mía, y su voz ya resonaba con el hierro y la blasfemia, formas de osadía que yo creía reservadas a los mayores. Iñaki me había introducido en los misterios del tabaco y la masturbación, en ese reino de humo azul y éxtasis que, una vez conquistado, me arrastraba por los meandros del remordimiento. Iñaki presenciaba mis balbuceos y escaramuzas hacia el pecado con la sonrisa del guía experto que ya ha regresado pero que aún tiene ganas de volver, preferiblemente acompañado.

—Pues claro, si tu abuelo era un personaje célebre. En mi casa hay una caja llena de tarjetas guarras firmadas por él. Mis padres las esconden, pero yo ya tengo aprendidos todos los escondrijos.

Una tarde bajamos a la playa, y ocultos entre las rocas examinamos las fotos. Iñaki me las iba pasando con morosidad, y yo las recibía con un temblor oscuro y virginal, como trofeos de una cacería irrepetible. Iñaki guardaba las fotos (él no las llamaba fotos, las llamaba tarjetas o estampas, en un intento de dignificarlas) en una caja de lata que antaño había guardado sobres de manzanilla, una cajita desvencijada y salpicada de herrumbre de la que iba extrayendo imágenes cada vez más obscenas, mujeres que al principio velaban su desnudez entre gasas y tules, pero que en seguida descubrían la rotundidad de los senos, las axilas intonsas y negrísimas como sus pubis, los labios carnosos y entreabiertos, la tristeza lánguida y sepia de la desnudez, una picardía sórdida, pero sobre todo triste, de mujeres solas ante la cámara, culos muy redondos ensayando posturas grotescas, señoritas de mirada ciega mirando hacia la nada, asomando una lengua entre las comisuras de los labios, una lengua que no se sabe si murmura impudicias o resuelve problemas de álgebra, y el esplendor de los cuerpos, el hastío de los cuerpos abiertos como flores ajadas, en una parodia del amor. Había también fotografías de parejas que fornicaban con desesperación o cansancio, y era su lucha una lucha de clases en la cual el señorito ataviado de esmoquin penetraba a la cocinera sobre el fogón, o la dama llena de melindres y corpiños sucumbía ante el empuje de su chófer. Iñaki, de vez en cuando, me obligaba a reparar en detalles patéticos: la mujer que simula un orgasmo que más bien parece una plegaria, la violencia de los genitales mitigada por el virado en sepia.

—Qué te parece tu abuelito. Menudo pícaro, eh.

Una ráfaga de viento silbó entre las rocas y penetró en la cueva con un frío de cuchilla. Se oía el rumor de las olas como una cadencia inofensiva, agua resbalando sobre una superficie de arena, espuma que estalla entre las piedras y que muere convertida otra vez en agua. Con una mezcla de zozobra y espanto descubrí que todas las fotos tenían un elemento común: detrás de la carne crispada, detrás de las acrobacias de piel y sexo, había un tapiz deshilachado que mostraba a un hombre en cucullas, aferrándose a un cuerpo cuyos cabellos ya eran hojas de laurel, cuyos miembros ya eran áspera corteza, cuyos pies ya se hincaban en el suelo y en torcidas raíces se volvían. Apolo lloraba lágrimas de impotencia, su brazo se alargaba hacia Dafne, que ya no era Dafne sino un árbol sin vida y sin sangre en las venas. Comprendí el sarcasmo de aquellas fotos, su mensaje desolado de miembros que desfallecen sobre un fondo de pasiones insatisfechas; comprendí la paradoja de un hombre que asiste a la pantomima del amor, que halla, incluso, cierto placer en retratar el amor mercenario con el que luego hará negocio, pero que, asimismo, ofrece en un segundo plano una moraleja lúcida que habla de la imposibilidad de ir más allá de ese velo de carne. Comprendí, creo que definitivamente, la vocación platónica de mi abuelo, ese exilio del alma que lo había conducido al exilio geográfico, a un vagabundeo a través de Europa en pos de vagos ideales. Iñaki aguardaba expectante mi veredicto; sus ojos tenían un brillo especial —no sé si maligno— sobre la noche que ya se cernía a lo lejos.

—Vamos, di algo. Qué opinas de las estampitas.

Había un vestigio de premura y temor en sus palabras. El crepúsculo incendiaba el aire y envolvía de bronce su piel, pero también la mía, por primera vez mi piel era experta y joven como la suya. Miré a Iñaki con fijeza, y mi voz sonó a hierro y blasfemia: el aprendizaje había concluido.

—Opino que están fenomenal. Qué te parece si seguimos el ejemplo de mi abuelo y nos dedicamos a fotografiar mujeres desnudas.

Sentí que el alivio ensanchaba mi pecho (mi pecho creciendo por encima de los pulmones, mi

pecho creciendo por encima de los huesos y de la infancia) cuando Iñaki cabeceó en señal de sumisión. En menos de una semana ya sabíamos manejar la cámara, habíamos aprendido a preparar la emulsión de bromuro y a disolver en ella el nitrato de plata que nos iba a permitir obtener fotografías como las del abuelo. Convencimos a Sofía, una chica atolondrada a la que ambos habíamos amado en soledad, para que posase ante la cámara, ligera de ropa y en actitud insinuante.

—No te preocupes, Sofía: estamos haciendo retratos artísticos. Quién sabe, a lo mejor algún director de cine los ve y te contrata para hacer películas.

Teníamos que inventar mentiras piadosas para vencer sus reticencias. Sofía tenía cabellos que al oro oscurecían, igual que la Dafne de Garcilaso, unos cabellos que creaban efectos de luz, y una mirada tierna y envilecida a la vez que revestía las fotografías de una extraña autenticidad. Pasábamos horas y horas ensayando posturas, ángulos inverosímiles que la cámara recogía con frialdad y displicencia. Sofía aparecía en las fotos con vestidos vaporosos arremangados hasta la cintura, con escotes de encaje que mostraban, como por descuido, un seno de perversa blancura. Sofía se tumbaba en un diván, se recostaba en la pared o se arrastraba por el suelo, obedeciendo las indicaciones de Iñaki, y yo espiaba sus movimientos a través de la cámara que más tarde nos la devolvería en una tonalidad sepia, como un anacronismo o una reliquia sucia. Sofía fue aprendiendo a posar con la práctica diaria, pronto dejó de necesitar nuestros consejos, y la cámara se convirtió en una caricia sobre su piel, una mirada neutra y sin matices que acogía el regalo de su anatomía, centímetro a centímetro, el atrevido pudor de sus manos apartando la tela enojosa, la sabiduría de unos dedos que entreabren las puertas y una lengua que asoma entre los labios. La cámara dejaba de ser entonces un armatoste inservible y se volvía moldeable como la cera, no había rincón que escapase a su escrutinio cruel. Iñaki y yo permanecíamos como testigos mudos o convidados de piedra en una ceremonia que no comprendíamos; Sofía sonreía y nos animaba a repetir la sesión, una y otra vez su cuerpo se mostraba desvalido ante el ojo de cristal de la cámara.

—Por hoy lo dejamos, Sofía. También hay que descansar un poco.

Después, en el laboratorio, enaltecidos por la luz roja, asistíamos al desvelamiento de las fotos: Sofía aparecía paulatinamente sobre el papel como una presencia ajena que ni siquiera nos rozaba, tan lejana como las señoritas retratadas por el abuelo, que persiguió el amor sin alcanzarlo jamás. Quizá ése había sido su destino: viajar de cuerpo en cuerpo, envuelto en el vacío sepia del fracaso. Quizá ése iba a ser también mi destino.

Había algo de complacencia canalla en asumir un futuro tan ingrato, y puesto que yo jugaba a ser canalla no me molesté en evitarlo. Recuerdo que cierto día bajamos a la playa, para hacer unas fotos de Sofía sobre los acantilados, revolcándose en la arena, con el pelo mojado y los pies hundidos entre las olas. Una luz grisácea se apoderó del paisaje, instalándose de manera subrepticia hasta inundarlo con un manto de tinieblas. El viento nos sacudió como un latigazo; los acantilados desplegaban su grandeza de piedra, y la luna no tardó en aparecer. Ebrios de felicidad, nos refugiamos en una cueva, con la salmodia del mar al fondo, y encendimos una hoguera para que el sueño no nos visitase en medio del frío. Las horas se desgranaban, una tras otra, entre la exaltación y el tedio, y la risa nos fue dejando una mueca repulsiva en los labios. Harto de aquella conversación estúpida, fingí que me vencía el sopor; Iñaki y Sofía se susurraban obscenidades, su voz era apenas un cuchicheo que sonaba como el crujido de una cucaracha cuando la pisan y que de repente estallaba en una carcajada. A mis oídos llegaban frases, retazos de un diálogo intuido sobre el runrún de las olas. Oí a Iñaki reclamar el impuesto de la carne, y a Sofía resistirse, en espera de una declaración romántica que la justificase; oí el forcejeo de sus brazos y sus piernas, las risas que ya no eran estallidos sino sofocos, y oí la voz de Iñaki entorpecida por el deseo, farfullando un te quiero que excluía la sinceridad pero que al fin le abría las puertas del santuario. Oí los primeros gemidos, el sudor que impregnaba las pieles cubriéndolas de arena, las palabras inconexas, y tuve que reprimir las ganas de gritar, de suplicarles que pararan, ahora ya era demasiado tarde, ignorarían mi súplica o simplemente sentirían que su deseo se avivaba, al comprobar que alguien los estaba observando. Sentí cómo mi garganta se agarrotaba ante la magnitud del silencio. Iñaki y Sofía eran ya un solo cuerpo trabado con lenguas, pies y brazos, una exaltación de bronce sobre la noche que recriminaba mi cobardía, que me escarnecía y humillaba por no tener valor para intervenir.

Agazapado en la arena, sin una cámara que mirase por mí, presencié aquel espectáculo de fiebre y locura, y supe, con una espantosa certidumbre, que también mi existencia, al igual que la del abuelo, sería un largo exilio a través de los cuerpos, un intento de alcanzar el ideal de Dafne, sin poder impedir su metamorfosis en laurel. Asistí inerme y derrotado al triunfo de los otros e intuí, de una vez para siempre, que mi destino excluía aquella forma de dicha. Volví la cabeza hacia la playa: una franja de arena se estiraba hasta el infinito, ansiosa por albergar mis huellas. Sabía que, si empezaba a correr, los cuerpos de Sofía e Iñaki adoptarían una tonalidad sepia, pero también sabía que si permanecía quieto defraudaría al abuelo. Corrí hasta la extenuación, corrí en pos de mi destino, corrí sobre la arena palpitante que acogía mis pasos y me indicaba la ruta.

SANGRE AZUL

*A Marcel y Emily, por el tiempo perdido
y borrascoso.*

Recuerdo, a pesar de la memoria y de los años transcurridos, la noche exacta de mi concepción, la noche en que un hombre cualquiera sembró su semilla dentro de mi madre, en el reducto blando de una carne que me serviría de sustento durante casi nueve meses. Mi madre abandonaba cada noche el caserón familiar, bajaba por el camino que serpentea entre los acantilados y se reunía en la playa con un hombre de fisonomía borrosa, siempre distinto y sin embargo intercambiable, que la rodeaba con sus brazos y la ensuciaba de saliva. Eran noches vertiginosas, envilecidas por esa promiscuidad que suele dar al traste con los más altos linajes. Mi madre padecía ese pudor inverso que padecen algunas mujeres núbiles, la nostalgia de un raptor que las arrebatase de la férula paterna y las llevase lejos, a una región ignorada de los mapas, abundante de oro, incienso y mirra. Este conflicto lo resolvía acudiendo a la playa, perdiendo cada noche su virginidad y recuperándola a la mañana siguiente (su virginidad era el ave fénix de aquellas excursiones), abrazándose a la cintura de un hombre sin rostro, protegidos ambos por el anonimato de los flujos y los gemidos. Sobre la arena húmeda, sobre la línea sin horizontes del mar, rejuvenecida por el milagro de la procreación, envuelta en un halo de bisutería, semen y nocturnidad (el oro, el incienso y la mirra de sus sueños, pero en versión menesterosa), recibía mi madre a sus amantes. Yo crecí en su vientre a lo largo de otras noches también impregnadas de arena y saliva, crecí en el vientre de mi madre fertilizado por la semilla de varios engendradores, en una gestación alborotada por las vigiliadas y las noches de plenilunio. Mi madre procuraba disimular su preñez (inútilmente: la hinchazón del vientre me delataba) incorporando a sus encuentros clandestinos el entusiasmo de una doncella: en cierto modo, ese entusiasmo la convertía, pese al embarazo y a los muchos hombres, en una doncella que se regeneraba cada noche, sacrificada en una ceremonia ritual.

Yo, entretanto, crecía en sus entrañas. El cuerpo de una mujer, visto desde dentro, permanece indemne a los pecados que su dueña haya podido cometer. Recuerdo aquellos meses de gestación sin dificultad (sólo la memoria añade dificultad al pasado): vivía en una habitación de paredes blandas, bogando en una especie de claridad submarina, como un naufrago más bien perezoso. De vez en cuando, hombres distintos me visitaban en mi refugio, me imponían su presencia furiosa, pero efímera, y me ensuciaban, antes de retirarse, con el testimonio blanco de su aburrimiento o su codicia. Yo seguía creciendo, impasible a las efusiones del exterior, fecundado en noches sin otro aliciente que la mera ferocidad.

Sobre la chimenea del comedor, esculpido en una piedra porosa que se iba dejando limar por la desidia de los años, se hallaba el escudo de armas de nuestra familia, el blasón que nos distinguía de los demás en una edad que ya no propiciaba las distinciones: en un campo de plata, dos llaves de azur se entrecruzaban, custodiando un tesoro extinto; entre las llaves, había tres flores de lis también en azur, una arriba y dos abajo, y en cada flanco del escudo, tres lucelas del mismo color, como flores mustias que han ido perdiendo sus pétalos. El abuelo Félix celebró mi llegada al mundo cogiéndome entre sus brazos y llevándome en volandas al comedor (yo no deseaba ir, aún sentía nostalgia de la placenta, aún no había asimilado la hostilidad de un mundo confuso, multiforme y menos caliente que el útero); durante casi media hora, me mantuvo delante del escudo, como si

quisiera compensar mi bastardía con un baño de heráldica. El comedor albergaba un mobiliario acorde con el blasón: había un aparador con vajillas de porcelana (una porcelana inglesa que reproducía obsesivamente la misma escena cinegética); había unos sillones frailunos, suntuosos de terciopelo; había un piano con la tapadera abierta, mostrando su dentadura impávida. Pero si uno se agachaba al suelo, descubría, debajo del aparador, el panorama latente de una pobreza que se anunciaba a través del tamo; si uno se sentaba en los sillones, notaba el contacto ajado y como mugriento del terciopelo; si uno tocaba el piano, escuchaba la estridencia de las notas desafinadas, el estupor de las teclas sin sonido. Agazapado entre las grietas de la piedra, el fantasma de la decadencia se extendía sobre el mobiliario (tampoco las vajillas cinegéticas escapaban a su acoso: una capa de polvo así lo testimoniaba), apagaba el calor de la chimenea, amortiguaba el rumor de un pasado espléndido. El abuelo Félix tenía una nariz borbónica, un cuerpo amplio y como encallecido por la artrosis; llevaba una bata granate, un tanto ajada por la mugre (padecía la misma enfermedad que el terciopelo de los sillones), que le otorgaba un vago aspecto cardenalicio. Recorría el comedor conmigo en brazos (sus manos tenían un contacto pútrido, como el de esas hojas de lechuga que no sirven para la ensalada), simplificado por la penumbra, y me narraba las grandezas de nuestro apellido en un idioma cuyos rudimentos yo aún ignoraba. Al conjuro de su voz, aparecían y desaparecían cortejos y camarillas, alabarderos y ujieres, el esplendor herrumbroso de una edad ya irre recuperable, un desfile suntuoso de caballos encabritados y tálburis. El abuelo Félix hablaba de tiempos perdidos (y no había leído a Proust), de palacios en ruinas, de caras pintadas por Velázquez y por Madrazo, y a su invocación acudían, como en un aquelarre, los espíritus de antaño, bruñidos por el barniz de la Historia, acicalados por el almidón y el incienso de las iglesias. El abuelo Félix tenía una fisonomía hermética, unos ojos enterrados entre la piel llena de arrugas, ojos de reptil o de estatua, apenas humanos, que ni siquiera parpadeaban.

Según el *Diccionario Heráldico y Genealógico* de Alberto y Arturo García Carraffa (volumen septuagésimo segundo), nuestra familia es originaria de los valles asturianos, frente a otros tratadistas que prefieren situar su cuna en Galicia. Las crónicas hablan de un tal Diego Vázquez de Prada, un hidalgo discolo y beligerante, que perturbaba con luchas banderizas la paz de los alrededores. Tan gravísimos estragos causaba, que Fernando el Católico hubo de abandonar la Corte y pasar a Asturias, para poner remedio al encono de este antepasado nuestro, cuya fama se iba propagando por las comarcas vecinas, transmitida de boca en boca. Diego Vázquez de Prada combatía contra otro bando en el que militaba un cuñado suyo, conocido vulgarmente como el Notario de Tuñón, a quien perseguía con tan inhumano y feroz encarnizamiento, que lo obligó a refugiarse en una cueva con sus deudos y partidarios. Sabiendo que el terreno no favorecía un ataque, y por evitar la previsible emboscada de su cuñado, Diego Vázquez de Prada encendió hogueras en las entradas de la cueva, asfixiando con el humo a los que allí se guarecían, y asesinando con espada a los que pretendían escapar. La reacción que produjo en los asturianos este suceso impío, y la inminencia del castigo anunciado por el Rey, determinaron que Diego Vázquez de Prada huyera al litoral, donde mandó construir su casa solariega. Un nieto suyo, Andrés de Prada, hizo olvidar los desmanes del abuelo, llegando a servir en la Corte del Emperador Carlos Quinto. Los Prada incluyen en su árbol genealógico obispos de hábitos crapulosos, corregidores que tradicionalmente ejercieron el derecho de pernada sobre las aldeanas menos remisas, oidores, Ministros Togados en Indias, consejeros áulicos y Maestres de las Órdenes de Santiago y Alcántara. El caserón familiar de los Prada, huésped de tantos y tantos siglos, conciliaba dentro de sí el olor de los palomares frecuentados por palomas nómadas que se detienen a defecar antes de continuar su viaje con la tibieza de los pajares donde germina el heno y se perpetran desfloraciones. En el jardín del caserón, enraizado en una tierra cada vez más salobre, umbroso de hojas y alegorías, ramificado como un árbol genealógico, crecía un castaño. Visto desde el gran ventanal del comedor, se le notaba nostálgico de un clima menos marítimo. Estaba preñado de pequeños erizos verdes, palpitante de castañas, que eran como corazones diminutos encerrados en una corteza de caoba.

—Ese castaño lo plantó ahí nuestro antepasado Diego Vázquez de Prada. Es tan viejo como nuestra estirpe.

El abuelo me hablaba en un susurro, mientras el ama de cría me amamantaba en sus senos, que

contenían, milagrosamente y a pesar de mi voracidad, una leche dulce, reparadora y nutricia. Mi madre acababa de fugarse con un viajante de productos farmacéuticos, rematando así una biografía indigna de una mujer que incorporaba a su nombre el apellido de los Prada; se había fugado de noche (no podía ser de otro modo: era noctívaga por capricho o naturaleza), infartada de cláxones y de risas, en el automóvil del viajante, un *Ford* de radiador niquelado, ronroneante de velocidad. El abuelo apretaba los dientes, furibundo por la deserción de una hija a la que pronto desheredaría, y procuraba distraer mi orfandad con el recuento de las hazañas familiares (pero yo seguía sin comprender su idioma). Al conjuro de su voz surgían visiones heráldicas, progenies presididas por el azar (yo mismo era el fruto de un azar entreverado de orgasmos), coronaciones fortuitas, paternidades póstumas (yo mismo era el hijo de un padre muerto en el anonimato), intrigas palaciegas, la comitiva fúnebre de unos seres que ya navegaban en la corriente caudalosa del olvido. El perfume del pasado se derramaba por el comedor, otorgando una nueva calidad a los objetos, mezclando su sabor con el sabor de la leche prestada (la leche que yo succionaba del ama de cría), haciendo más nutritivo ese alimento con el que yo me iba desarrollando. El abuelo recitaba nombres inverosímiles en la penumbra del comedor, Amadeo de Saboya, Alfonso Trece, los recitaba con labios que hablaban de genealogías extintas, Alfonso Doce, Isabel Segunda, como en letanía, y los monarcas respondían a su llamada y desfilaban ante mi mirada incrédula, como espectros con casacón dieciochesco y sombrero bicornio. Cuando fui un poco mayor, el abuelo me llevó a la alcoba de los retratos, que tenía una atmósfera sofocante, como de membrillo pocho, en la que se mezclaba el olor rancio del óleo, el olor sepia de los daguerrotipos, el olor medicinal del magnesio y el olor repugnante del tiempo detenido. Los retratos de nuestros antepasados se sucedían a mis ojos, como secuencias de una película muda, pavorosa y melodramática, con un argumento de endogamias e hijos subnormales. Nada de esto preocupaba al abuelo Félix: su única obsesión consistía en inculcarme su propia fiebre a través de un aprendizaje sin fisuras que anulase mi bastardía, ese torrente de sangre espuria que me recorría por dentro.

—Fíjate en este dibujo, Juan. Así eres tú por dentro: mitad sangre azul, mitad sangre plebeya.

Me mostraba un libro de anatomía con láminas transparentes que se superponían entre sí, completando los entresijos del cuerpo humano. El abuelo Félix iba pasando las láminas, en una autopsia incruenta (pero la alevosía no requiere sangre) que removía músculos, vísceras, osamentas, hasta dejar exento el sistema cardiovascular, con sus redes simétricas de sangre venosa y arterial. El abuelo identificaba la sangre venosa (pintada de azul, exhausta tras un recorrido minucioso, sucia de metabolismos y desagües) con esa mitad noble que aún se conservaba incólume dentro de mí, y me reprochaba esa otra mitad de sangre roja, tributaria del pecado, vociferante de animalidad y fornicaciones nocturnas. Inevitablemente, sus palabras me viviseccionaban, mostrándome el croquis perfecto de mis venas y arterias, el tejido azul y rojo que reproducía con exactitud las enseñanzas anatómicas. El abuelo Félix vindicaba la pureza azul de los Prada sobre el estigma de mi bastardía:

—Piensa en el escudo de piedra del comedor, en el castaño del jardín, en todas esas cosas inamovibles que nos perpetúan por los siglos de los siglos.

Así iba anulando el fervor rojo de mi sangre. Los acontecimientos, sin embargo, desmentían su prédica: el tamo crecía debajo de los muebles, una lepra de mugre se extendía sobre el terciopelo de los sillones, y el polvo se iba sedimentando en las vajillas cinegéticas, en los jarrones inútiles que rellenaban los rincones, esos jarrones en los que yo soplaba, para ensuciar mis pulmones con la polvareda del pasado. Al caserón familiar ya no acudían las visitas de antaño, ya no se oía el rumor de las reuniones vespertinas, cuando el abuelo *recibía* y el piano sonaba con pавanas y música de Granados mostrando la sonrisa limpia de su dentadura, una sonrisa sin notas desafinadas, armónica como el universo. El abuelo Félix hablaba de aquellas reuniones mundanas, exaltadas por un patriotismo de domingo, en las que se discutía de literatura y peinados, de sinfonías y estupros. El abuelo Félix hablaba de tiempos anacrónicos con una impudicia más obscena que la desnudez, de mujeres adúlteras que compartían su cama con dosel, de labriegos que le rendían pleitesía, de niñas profanadas a cambio de una calderilla exigua. Yo crecía fascinado por las historias del abuelo, asqueado por las historias del abuelo, y me iba desprendiendo poco a poco de la niñez sin darme cuenta.

—En esta sala organizábamos los bailes. La servidumbre se repartía por los rincones, con bandejas llenas de viandas.

Pero la realidad me mostraba una sala vacía, sin arañas de cristal, sin divanes, sin servidumbre. Los fámulos habían desertado a medida que el dinero comenzaba a escasear, y las arañas de cristal, los divanes, los objetos valiosos estaban empeñados o vendidos en lotes que el abuelo confeccionaba obligado por la necesidad. Hubo un día, finalmente, en que nos quedamos solos en el caserón, extraviados en aquella geografía desolada. Empezaron a llegar facturas de acreedores remotos (el que tiene que cobrar una deuda se ampara en la distancia, para que su irrupción resulte más inexplicable), apercibimientos de embargo que recibíamos por conducto notarial, o a través de funcionarios del juzgado que nos miraban con unos ojos ferroviarios, tan monótonos como su oficio. Sólo el castaño del jardín, fecundado de hojas y de sombra, nos transmitía su seguridad en el futuro, su seguridad inservible, de árbol genealógico. Cuando llegó el invierno, el abuelo cayó postrado en la cama (aún conservaba el dosel que cobijó tantos adulterios), corroído por una gangrena que no le dejaba respirar. «Cáncer óseo», diagnosticó el médico, pero los médicos no conocen las enfermedades del alma.

Nevaba sobre las ventanas, nevaba sobre el inmenso mundo, que nos había dado la espalda. El abuelo agonizaba entre delirios de morfina, amortajado en las sábanas que olían a carne corrupta, paulatinamente hundido en el colchón que acabaría tragándose como las aguas del estanque se tragan el nenúfar cuando un sapo se posa sobre él. Yo lo cuidaba entre la caridad y la repulsa, apartándole la ropa sucia de excrementos (en la bragueta se le posaban unas moscas invernizas, casi metálicas), intentando rehuir esa mirada recriminatoria que tienen los enfermos, esa mirada fija, esmaltada de rencor y morfina, que parece reprobar nuestra salud, tan insufrible para ellos como la contemplación de los cuerpos para el lascivo. El cáncer, entretanto, no cedía en su labor, iba cubriendo de llagas al abuelo, amoratando su piel (entonces sí, su piel era inequívocamente azul, congestionada de títulos nobiliarios), abultándole las piernas con una podredumbre que aleteaba por debajo de la piel (un día le empezaron a nacer gusanos), sembrando una carcoma que tenía el sonido dulce de la muerte y de las prosapias definitivamente clausuradas.

—No dejes que te echen de la casa, Juan. Piensa en el escudo del comedor, en el castaño del jardín. Resiste hasta la muerte.

Me lo decía en sus intervalos de lucidez, acuciado por un dolor intensamente azul, por una rigidez casi faraónica. Afuera nevaba sin remisión sobre el castaño, sobre los hombres, sobre el paisaje inagotable. Un frío también azul se me metió en el vientre, produciéndome retortijones. En la hora definitiva, la nariz borbónica del abuelo parecía legítima, incluso solemne, como revestida de una pátina pictórica. La claridad dudosa del amanecer infamaba las sábanas con una luz aséptica, emergida de algún continente blanco. El abuelo alargó hacia mí unas manos resquebrajadas de venas (allí se amontonaba toda su sangre azul), crispadas por la parálisis, en un signo que resumía su filosofía vital. Antes de morir, sus ojos se iluminaron con un brillo de villas fastuosas, de batallas carlistas, y el pergamino de su rostro dibujó por un instante tres flores de lis. El abuelo se había reunido con los suyos en una eternidad con manteles blancos y candelabros de bronce. Admiré la terquedad de aquel hombre, que moría aferrado a lo que más quería (en realidad, lo único que quería), inflamado de tronos, adormecido entre linajes y terciopelos. La luz del amanecer envolvía el comedor con una nube de oro viejo, como de altar barroco. El abuelo me miraba desde el otro lado del tiempo, orgulloso de perdurar en mí a través de esa porción de sangre azul, incontaminada de bastardía, que fluía dentro de mí. Oí el rumor de una excavadora deslizándose sobre la nieve.

—Venga, sin contemplaciones: duro contra ese árbol.

Un hombre vestido con una gabardina gris (el acreedor que irrumpía para ejecutar sus créditos) daba instrucciones al conductor de la excavadora. Vi cómo la pala mecánica se elevaba y arremetía sobre el tronco secular del castaño. El hombre de la gabardina, poseído por un frenesí destructivo, jaleaba los embates de la excavadora; le salía de la boca una nube de vaho.

—Vamos, otra vez, con más ímpetu.

Ante la nueva sacudida, el castaño vaciló en su firmeza, mantenida durante tantos y tantos siglos. El ramaje se agitaba con un temblor de nieve, desprendiéndose de las castañas que aún palpitaban

dentro de su funda con espinas. A la siguiente acometida asomaron las raíces. El abuelo me espoleaba con su silencio (había muerto con los párpados abiertos, que es como mueren los herejes y los mártires), rogándome que detuviera aquella catástrofe. El castaño ya se derrumbaba sobre la nieve, agraviado por el peso de las genealogías, cuando salí del caserón y me enfrenté al hombre de la gabardina.

—Lárguese de aquí, usted no tiene derecho.

El hombre apenas me prestó atención. El vaho que le salía de la boca tenía ahora la levedad de las almas que resucitan. Lo agarré de una manga y lo zarandeeé.

—Le he dicho que quite sus sucios pies de mi propiedad.

Hizo un ademán desdenoso con el brazo, y me sacudió un cachete sin demasiadas contemplaciones. Una sangre brusca me brotó de la nariz; tenía un sabor amargo, mezclado con el de las lágrimas que hasta entonces no había derramado, un sabor rasposo al paladar, como el de un vino que cría posos, y fluía sin descanso, ensuciándome los labios, los dientes, la barbilla, goteando sobre la nieve purísima, ensuciando con su mensaje rojo mi niñez ya definitivamente liquidada. Renuncié durante un buen rato a detener la hemorragia, esperando inútilmente que se agotase la sangre roja y comenzase a fluir mi porción de sangre azul, ese vestigio íntimo de nobleza que, por cobardía o por mera imposibilidad física, tardaba tanto en asomar (¿me habría engañado el abuelo?), hasta que el hombre de la gabardina se compadeció de mí y me tendió un pañuelo no demasiado limpio. La nieve absorbía las gotas de sangre y recuperaba su blancura impertérrita.

LAS NOCHES GALANTES

El que admira a alguien por algo necesita, para vivir a gusto, compadecerle por alguna otra cosa.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

«Inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas. Que mi palabra sea la cosa misma, creada por mi alma nuevamente. Que por mí vayan todos los que las conocen, a las cosas». Así rezaba yo, noche tras noche, con una sensación anticipada de frustración, como quien, situado entre el fervor y el escepticismo, aguarda el advenimiento de un milagro. Al otro lado de la calle, a tan sólo diez metros de distancia, don Hipólito Prados, cima de nuestra poesía local y espejo donde yo anhelaba contemplarme algún día, trabajaba en su gabinete, ajeno al desaliento, emborronando cuartillas con el generoso raudal de sus endecasílabos. «Inteligencia, dame el nombre exacto, y tuyo, y suyo, y mío, de las cosas, alúmbrame con la llama de la poesía, esa luz insomne que prende y ya jamás se consume, otórgame el sagrado don de la palabra escrita», repetía una y otra vez, haciendo del poema de Juan Ramón un ejercicio de devoción profana, mientras don Hipólito Prados, el favorito de las musas, sustituía la carga de tinta de su estilográfica y tamborileaba con los dedos sobre la madera del escritorio, marcando la prosodia de sus versos. El gabinete de don Hipólito Prados, iluminado por una lámpara menesterosa, aparecía ante mis ojos enmarcado por el recuadro de la ventana, como replegado en sí mismo, inaccesible tierra incógnita allá al otro lado de la calle, oasis de luz en la noche definitiva.

Mi habitación se hallaba justo enfrente de aquel gabinete, separada por una especie de plazoleta (en realidad un ensanchamiento de la calle) que el Ayuntamiento había bautizado con el pretencioso nombre de Plaza de Hipólito Prados. Y allí estaba yo, como un reflejo sordo e insignificante, agazapado en el anonimato, incubando la esperanza absurda de que, quizás algún día (la remisión al futuro es la coartada del fracaso), por alguna inexplicable alquimia, yo también sería un poeta famoso, penetrado de genialidad, al igual que don Hipólito, y fantaseaba con la posibilidad remota de que mi existencia se contagiase de la existencia de mi maestro, hasta que nuestras almas, liberadas de sus envolturas materiales y como consecuencia de una extraña simbiosis, se pudiesen intercambiar. De este modo, nuestros cuerpos se turnarían a la hora de custodiar la antorcha del numen poético, igual que se turnan o suceden los centinelas en su labor de vigilancia. Pero mientras aquella simbiosis no se produjera, don Hipólito y yo seguiríamos ocupando, como entes disociados, nuestras posiciones tan opuestas, él a un extremo, aureolado de inmortalidad, yo al otro, derrochando mi juventud entre conjuros inútiles.

Don Hipólito Prados despertaba en mí esa admiración incondicional, mezcla de romanticismo y fijación morbosa, que conduce a la idolatría, a esa necesidad urgente de conocer y hasta de compartir las interioridades del otro, sin desdeñar la intromisión y el espionaje, una fascinación fanática y muchas veces incongruente que aspira al conocimiento pleno de la persona admirada, desde sus preferencias artísticas hasta la frecuencia de sus latidos o las variaciones que un catarro introduce en el metal de su voz. Don Hipólito Prados trabajaba en su gabinete con dedicación de orfebre, con esa constancia conmovedora y artesanal que sólo poseen los miniaturistas. Don

Hipólito Prados inventaba cada noche, en la soledad gremial de su gabinete, un soneto cuajado de metáforas más o menos campestres que su intuición de poeta iba engastando en el lugar preciso, hasta completar los catorce versos. Don Hipólito cincelaba sus sonetos auspiciado por el lirismo de la noche, por esa fragancia exhausta que sólo la nocturnidad nos brinda. Don Hipólito escribía sus endecasílabos con la aplicación del amanuense que se gana un sobresueldo copiando inventarios notariales. Escribía, en definitiva, sin esa exaltación que solemos atribuir a los poetas, en un proceso parsimonioso donde cada verso se hacía más largo que la condena de Sísifo. Don Hipólito iba construyendo su obra sin someterla a los altibajos de la inspiración, como quien es consciente de estar completando una misión histórica. Quizás en esto consista la profesionalidad.

Don Hipólito Prados, maestro de poetas locales, arrastraba un pasado de enfermedad y peregrinaje que añadía interés a su biografía. Después de una juventud provinciana, consumida entre poemas patrióticos y juegos florales, don Hipólito había abandonado la ciudad que lo vio nacer, a la búsqueda de fortuna. En ciertos círculos proclives a la calumnia se le atribuía un enriquecimiento muy poco literario (olvidaban que Rimbaud también había cultivado el delito): contrabando de armas, desfalcos millonarios y otras trapisondas de este jaez. Por el contrario, la versión oficial —difundida por el propio don Hipólito— hablaba de vagabundeos cosmopolitas y de una tuberculosis contraída en circunstancias anacrónicas, en plena era de la estreptomycin, que le había obligado a mantener reposo en sanatorios de difusa localización. Sea cual fuere la verdad, ambas suposiciones —la oficial y la oficiosa— se complementaban y contribuían a formar una imagen casi mítica, llena de claroscuros y zonas de sombra, como conviene en la creación de cualquier mito. De regreso a su ciudad natal, don Hipólito Prados había adquirido una casona de piedra, con escudo nobiliario y aldaba de bronce, y en ella se había recluido, consagrado a una obra en su mayoría inédita, pero presumiblemente genial, una obra con vocación totalizadora cuyas líneas maestras don Hipólito adelantaba en entrevistas concedidas a los micrófonos de la radio local, entrevistas en las que empleaba una voz amable, salpicada de toses y esputos, los achaques propios de una tuberculosis mal curada. No se sabía a ciencia cierta en qué consistía la obra de don Hipólito (en sus declaraciones, algo reticentes y aturulladas, él hablaba de una colección de sonetos que «celebrasen cada piedra, cada gota de agua, cada átomo de luz», en velada alusión a un proyecto panteísta o meramente enciclopédico), y, sin embargo, era esperada como agua de mayo, con esa expectación un tanto arbitraria que participa de la fe religiosa y que los humanos sólo depositamos en las empresas más inverosímiles. Muy de vez en cuando, aparecían en el periódico sonetos firmados con seudónimo cuya autoría algunos malintencionados no dudaban en atribuir a don Hipólito. Eran, por lo general, sonetos llenos de imágenes agropecuarias, indignos de su talento (del talento que yo le suponía) y lastrados por un lirismo ramplón:

*La noche derramó sobre la tierra
su cargazón de sombra y desamparo.
Todo podría ser mucho más claro
si el hombre se olvidase de la guerra.*

Sonetos casi siempre disertativos, poco convincentes en su enumeración de casticismos; sonetos pedestres, poseídos de un optimismo sonrojante que celebraba las bellezas del paisaje:

*Corazón de latidos, cómo acuna
con su canción más esperanzadora
el sueño de la tierra veladora,
solitaria de amor bajo la luna.*

A la publicación de estos sonetos se seguía una polémica de atribuciones, exabruptos y palinodias que solía concluir con una carta de exculpación, enviada al periódico por don Hipólito, en la que, en un tono melindroso, rechazaba la paternidad de aquellos sonetos espurios, si bien reconocía ciertas afinidades con el versificador anónimo, y hasta posibles coincidencias en el punto

de vista. Las cartas de don Hipólito, lejos de disipar las sospechas, alimentaban una picaresca que no beneficiaba precisamente su reputación, consolidada sobre cimientos no demasiado firmes. Como antídoto a esta picaresca, se promovieron desde los sectores oficiales actos de homenaje para compensar la violencia de algunos escritos difamatorios. Durante aquel mes de agosto, especialmente ajetreado en el capítulo de descalificaciones, el Ayuntamiento decidió terciar en la polémica, nombrando a don Hipólito hijo predilecto de la ciudad y bautizando una plazoleta con su nombre, en señal de desagravio. Asimismo, la Sociedad de Viudas Románticas, integrada por algunas de las damas más conspicuas de nuestra sociedad, decidió confiar a don Hipólito la dirección de sus actividades culturales. La Sociedad de Viudas Románticas se había formado, años atrás, como respuesta inevitable de ciertas mujeres a la nostalgia de una juventud interrumpida por el luto. La Sociedad de Viudas Románticas era una especie de sindicato para señoras embellecidas por la muerte y las herencias que desplegaba una serie de actividades benéficas, ejecutadas con esa eficacia levemente sexual que sólo las viudas practican. La Sociedad de Viudas Románticas congregaba en su seno a mujeres de condición patricia que acallaban su insatisfacción a través de un culto fetichista al marido extinto. Todas las noches, durante aquel mes de agosto, las viudas se reunían en la casona de don Hipólito, enaltecidas por un silencio que tenía algo de sumisión o espera lúbrica. Acudían con una puntualidad indeclinable, envueltas en el vendaje negro de sus vestidos, clandestinas y algo temblorosas, como vírgenes en el tálamo. Media hora antes de su llegada, don Hipólito ya había interrumpido su labor creativa y se había emperejilado a conciencia, hasta adquirir ese aplomo viril, corregido por un cierto afeminamiento, que constituye el éxito de cualquier hombre que aspire a desenvolverse con naturalidad entre una nube de mujeres promiscuas y sentimentales. Yo, por mi parte, aguardaba pendiente del reloj el momento en que, siguiendo las instrucciones de don Hipólito, debería incorporarme a mi puesto de mayordomo apócrifo. El trabajo de mayordomo lo realizaba de balde, a cambio de poder participar, siquiera por unas horas, de una existencia superior y cultivar esa máxima que nos aconseja ser sublimes sin descanso. Don Hipólito, que jamás había contemplado la posibilidad de contratar servidumbre, aceptó mi oferta a regañadientes, sorprendido de suscitar entre el vecindario lealtades rayanas en la esclavitud: después de algunos forcejeos, consintió en utilizarme como elemento decorativo en las veladas que se organizaban en su casa. Aunque al principio me costó actuar con desenvoltura, no tardé en asimilar todo un repertorio de reverencias y en granjearme la confianza de mi maestro, quien, sin desembolsar un duro, podía presumir de mayordomo y gozar de un gran predicamento entre las viudas, ya de por sí predispuestas al halago. Don Hipólito me franqueaba la puerta de su casona, basílica secreta donde se cocinaban los ingredientes de la poesía, y me daba los últimos consejos, abreviados por la premura, mientras en la calle *se* escuchaba, cada vez más nítido, el taconeo de las viudas al caminar.

—Y nada de protagonismos, ¿eh, chaval? Tú te limitas a recibirlas, las conduces al salón y santas pascuas. Luego, cuando yo te haga una señal, sirves el champán. No quiero intervenciones de puro lucimiento, ¿entendido?

Yo asentía con la modestia de un criado bien remunerado. Don Hipólito usaba conmigo el despotismo propio de los hombres aquejados de vanagloria y tuberculosis. Claro que, sin ese despotismo, don Hipólito hubiese carecido de ese especial atractivo que poseen quienes se creen predestinados a la gloria. Don Hipólito era un hombre enflaquecido por la fiebre, algo canijo, con una calva donde relucía toda la poesía del mundo y una voz de rapsoda matizada de resonancias castrenses. Don Hipólito usaba gafas con montura de carey y lentes profundas que le agrandaban los ojos (sobre todo la córnea), hasta convertirlos en los ojos desorbitados de un besugo.

—Descuide, don Hipólito. Yo me quedo quietecito en un rincón y hago la estatua.

Más o menos conforme, don Hipólito se retiraba al salón, como intentando disfrazar la visita de las Viudas Románticas con una nota de imprevisión. Las viudas no tardaban en golpear la aldaba, y yo les abría con gran ceremoniosidad, doblaba la cintura sin flexionar las rodillas y mantenía erguida la cabeza, procurando no desviar la mirada hacia el tropel de piernas que se me ofrecía, enfundadas en medias de seda. Doña Estrella, presidenta de la Sociedad, encabezaba la comitiva y se encargaba de formular la pregunta de rigor:

—Buenas noches. ¿Puede recibirnos don Hipólito?

Lo preguntaba con ese desapego nacido de la hostilidad o la indulgencia con que las marquesas tratan a las clases inferiores, desapego que en el fondo encubre una oscura forma de lujuria.

—Por supuesto, señoras. Si son tan amables...

Extendí el brazo en dirección al salón, apuntando a la puerta de doble hoja que las separaba de don Hipólito. El grupo de las viudas formaba un todo homogéneo, difícilmente individualizable, que me turbaba con su belleza, propia de seres que contemplan el sufrimiento ajeno sin que les inspire sentimiento alguno de piedad, una belleza insolente, colectiva y como satisfecha de sí misma que encendía en mí una chispa de deseo, un afán de profanación que nunca se llegaría a consumir. Las viudas avanzaban, envueltas en ese halo de profanación que las hacía próximas y a la vez tan distantes, como vestales ensayando los pormenores de un rito. En sus escotes, afloraba la ofrenda de los senos, esa luna creciente que pugnaba por hacerse llena y vencer la aspereza del luto. Don Hipólito se hallaba sentado ante su piano de cola, entre el terciopelo del taburete y el marfil del teclado. Sus dedos tejían arpeggios y se movían como arañas enormes y despellejadas; eran unos dedos sarmentosos, dedos de Chopin que otorgaban un prestigio doblemente anacrónico a mi maestro.

—¡Mis queridas amigas! Ya comenzaba a dudar de su puntualidad.

Doña Estrella alargó su mano enguantada de negro, y don Hipólito la besó con una fruición que denotaba vasallaje. Las viudas, antes de ser invitadas a hacerlo, se acomodaron en las butacas dispersas por el salón con una seriedad adusta, aprendida en tantas noches de velatorio y fidelidad póstuma. Al cruzar las piernas, mostraban unas rodillas casi sacrílegas, de tan blancas y redondas. Don Hipólito reservó para la presidenta de la Sociedad el taburete del piano, único asiento que quedaba libre, y luego recorrió con una mirada no exenta de vanidad el gineceo que se congregaba en su salón, sintiéndose sin duda un nuevo Hércules agasajado en el país de las Amazonas.

—Queridísimas señoras —dijo, después de algunos carraspeos—: muchas gracias por arroparme con vuestra impagable compañía en esta noche de un mes de agosto que ya presto concluirá, para traer a nuestros lares una vida más llena de afectos y fragancias, de amor y de fervores. Un agosto que ya ha convertido las esmeraldas de las tierras en oro de trigales, y los pámpanos frescos de las vides en orondos racimos de venturosa vendimia, para que así se vuelva a producir el milagro de la Eucaristía.

Las veladas poéticas que don Hipólito dispensaba a la Sociedad de Viudas Románticas adquirían pronto una temperatura inequívocamente sexual, a fuerza de insistir en los aspectos más bucólicos de la naturaleza y de salpicar su monólogo con una tos cavernosa, como nacida de los pulmones, que a veces se le subía hasta la boca en forma de esputo que él se apresuraba a recoger entre los dobleces de su pañuelo, igual que una niña guarda flores secas entre las páginas de un libro. Los esputos de don Hipólito, flores diminutas y ensangrentadas, se desecaban entre los dobleces de la tela, como testimonios vegetales de una enfermedad lírica que no se terminaba de curar. Las viudas asistían a estos accesos entre la repugnancia y la fascinación, y sujetaban entre sus brazos el cuerpo desvencijado de don Hipólito, orgullosas de poder asistir en su agonía a un Bécquer de nuestro siglo. El salón se llenaba de bacilos de Koch, que flotaban en la atmósfera como partículas de un polvo dorado, una especie de polen que impregnaba el luto de las viudas y las fecundaba con la semilla del amor y la literatura. Don Hipólito, con la excusa de su tisis, lograba remover en las viudas ese poso de curiosidad que toda mujer siente hacia el enfermo, y hacía de esta facultad un ejercicio de seducción que desarmaba las defensas de aquel grupo de viudas románticas y las rejuvenecía, transportándolas al día en que murieron sus esposos, a la hora más juvenil de su existencia.

—Don Hipólito, no se nos muera, por Dios —le decían, y le daban golpecitos en la espalda, como ayudándolo a expectorar.

Yo, mientras tanto, permanecía quieto en un rincón del salón, escuchando la respiración oxidada de don Hipólito, no sabiendo si atribuir la virulencia del ataque al curso de la enfermedad o a sus dotes interpretativas, a su capacidad para recrear un mal ficticio y ganarse así el ánimo de las viudas, que ya lo habían recostado sobre un diván y le aupaban la cabeza con cojines y almohadas.

Don Hipólito me hizo una señal de difícil interpretación desde aquel catafalco improvisado y yo, de inmediato, me acerqué con una bandeja repleta de copas de champán, sorteando la multitud de las viudas.

—No se preocupen, queridas amigas —las tranquilizaba don Hipólito—. Se trata de un acceso de tos sin importancia. Vamos, beban una copita a mi salud, verán que formidable lenitivo.

Y para que no quedaran dudas al respecto, ahogó su tos con un sorbo de champán que en parte se le derramó por las comisuras de los labios. Las viudas le lanzaron miradas de reproche, llenas de un brillo febril que aleteaba en el fondo de sus pupilas, como si don Hipólito les hubiese contagiado su enfermedad. Doña Estrella fue la primera en apurar su copa y arrojarla por encima del hombro, poseída por el frenesí de una bacante. A continuación, dejó escapar una carcajada sucia y gutural.

—Usted lo que quiere es emborracharnos y llevarnos al huerto, don Hipólito. Menudo cachondo está usted hecho.

Lo dijo con una seriedad que desmentía la anterior efusión de alegría. El calor de agosto se depositaba sobre las copas y burbujeaba en el silencio del champán. Don Hipólito iba adquiriendo un aspecto macilento, muy a tono con su enfermedad, y ya apenas si podía tomar aire. El cerco de las viudas se estrechó sobre el diván, aquel sarcófago de terciopelo granate, y se agrupó sobre el cadáver prematuro de don Hipólito. De repente, las viudas empezaron a desabotonarse las blusas y a exhibir sus cuerpos despojados de luto, regenerados ante la proximidad de la muerte. Don Hipólito, inflamado de pleura y deseo, alargó los brazos sin demasiada convicción, como si aceptar el placer le acarrearía un tormento insoportable. La piel de las viudas tenía una consistencia blanca, casi espectral, una textura virginal y adolescente; sólo la mancha del pubis ponía un estigma de luto en su desnudez. La escena tenía ese aire profano e irreal de las pesadillas, el aroma fosilizado de los sueños concebidos durante la infancia y, por desgracia, definitivamente desterrados. Las viudas se fueron echando sobre el diván, una tras otra, con una seriedad demasiado monótona, demasiado siniestra, hasta cubrir por completo a don Hipólito. Doña Estrella se acopló al agonizante y lo sometió a una gimnasia de jadeos y exequias.

—Ahora recíteme uno de sus sonetos, don Hipólito. Quiero escuchar uno de sus sonetos mientras disfruto de usted.

Don Hipólito permaneció en silencio, inerte ya, desamparado por la tos y los endecasílabos. Sentí una tristeza mortal, pero también un regocijo íntimo, al comprobar que la inmensa obra de don Hipólito, esa obra que yo había alojado en el templo de mi imaginación, elaborada lentamente, gota a gota, se desvanecía de pronto, al hilo de la realidad dictada por doña Estrella. Comprendí, con esa sensación agri dulce que produce el asesinato de nuestros ídolos, que don Hipólito Prados había sido una proyección artificial de mí mismo, una cáscara sin fruto que ni siquiera ocultaba un misterio. Don Hipólito había padecido la mediocridad que padece el común de los mortales, esa impotencia para nombrar las cosas que yo creía una enfermedad exclusivamente mía. Le habían faltado las palabras, ese tesoro gratuito que se puede gritar con impunidad pero que casi nadie se atreve a gritar, porque es escurridizo y candente y su sonoridad nos hace temer el día en que, por contraste, amaneceremos mudos y nos tendremos que alimentar con palabras ajenas, con la repetición de otras palabras que jamás nos pertenecieron, que fueron pronunciadas por otros y que, al ser repetidas, implican una claudicación. Ese día terrible en que nuestros pulmones, encenagados de silencio, sentirán el filo de lo inevitable, esa enfermedad incurable que nos va despojando de palabras, que nos enmudece y sepulta en el ataúd del olvido.

—Vamos, a qué espera, don Hipólito. Recíteme un soneto.

El cadáver de don Hipólito iba adquiriendo la rigidez de un reptil en hibernación. La comitiva de las viudas desfiló ante él, sellando sus labios con un beso casto, una caricia de luto y crespones sobre su boca de muerto, vacía de endecasílabos, sucia de tos y tuberculosis, envilecida de silencio y mediocridad. Me marché corriendo, satisfecho por haber colaborado con mi pasividad en el funeral. Sólo un temor ensombrecía mi dicha: la sospecha del contagio, la sensación de haber heredado de don Hipólito el germen de la impotencia creativa. Ese germen que borraría ya para siempre el nombre exacto de las cosas.

LAS NOCHES HEROICAS

Un gran poeta resulta la menos poética de las criaturas. Los poetas mediocres, en cambio, son absolutamente fascinadores. Cuanto peores son sus rimas, más pintorescos parecen.

OSCAR WILDE

La niebla blanqueaba aquellas noches de noviembre, amortiguaba mis pasos furtivos y ponía en las campanadas del reloj del Ayuntamiento una nota de tedio y herrumbre. Recuerdo ahora aquellos paseos nocturnos como un peregrinaje en pos de la nada, una incursión hacia territorios utópicos que se repetía cada noche, invariablemente, con esa terquedad que obliga al asesino a repetir su crimen. Yo, por entonces, acababa de abandonar la niñez, o me hallaba en pleno abandono, y quizá fuese aquel anhelo de alcanzar otra edad lo que me impulsase a atravesar la ciudad en busca de unos héroes que sólo existían en mi imaginación. El adolescente necesita idear héroes de carne y hueso que le alivien el peso de la mediocridad, hombres ajenos al pavor o al desencanto a los que aferrarse, igual que un náufrago se aferra a su tabla de salvación. Yo, a falta de otras formas de heroísmo, cultivaba la poesía, que es como cultivar el fracaso y la esterilidad, y mis héroes eran los poetas locales, esa multitud dispersa de hombres que combatían la realidad hostil a través de sus versos, esa diáspora de hombres sucios y conspiratorios que emergía de la noche para gritar basta y esgrimir las armas luminosas de la metáfora, la sagrada liturgia del ritmo, frente a tanta tiranía. Poetas, legión de hombres aureolados de sonetos y valentía, colocando la dinamita de sus endecasílabos en los cimientos del poder. Creía yo —ingenuo de mí— que todos aquellos hombres luchaban contra la mediocridad impuesta por el Régimen y la torpeza del totalitarismo, cuando en realidad estaban manteniendo una batalla agónica consigo mismos y contra esa torpeza íntima que arrastraban como un pecado o un tumor maligno que había que extirpar, pero cómo. Mis poetas locales, aquel coro de ángeles caídos, fascinadores en su condición de proscritos, tapaban los andrajos de su poesía con los remiendos de una oposición política más o menos vociferante, más o menos necesaria. A la postre, los versos les salían a tropicónes, mancos, cojos y desgarrados, como criaturas abortivas. De todo esto yo todavía no me daba cuenta, porque las ruinas de la heroicidad cubrían los escombros de la mala literatura, aunque ya se sabe que no hay adolescencia sin desengaño.

Pero yo, por entonces, aún era inmune al desengaño, y cada noche me arrojaba a la calle y caminaba en dirección a la Ciudad Vieja, sepultada entre la niebla y la serena quietud del románico. Mis pasos seguían su rumbo incongruente a través de un laberinto donde sólo el silencio se hacía notar con nitidez. Algunas farolas añadían dramatismo a la noche con su luz vertical y apolillada. Al final del paseo me aguardaba la casa de doña Loreto, musa recurrente de la poesía local. La casa de doña Loreto, en pleno corazón de la Ciudad Vieja, tenía algo de basílica consagrada a un culto pagano, a esa forma de fanatismo que los intelectuales practican. Doña Loreto se había granjeado en su juventud cierta fama de cupletista con amplitud de registros, que había animado a sus mentores a probar suerte al otro lado del charco. Allí, doña Loreto se había abierto paso desde el abismo de los

cabarés arrabaleros al oropel de los grandes teatros y las giras triunfales. Doña Loreto, durante su época de mayor esplendor, asentó sus reales en la ciudad de México y entró en contacto con la España del éxodo y del llanto, ese hormiguero de escritores, políticos, artistas, señoritos y ganapanes que deambulaba por el exilio. Doña Loreto, virgen promiscua y sentimental, mantuvo tratos carnales con todos ellos, sin concederse un respiro, con el arrebató inocente de la novia que ofrece su tálamo a todo un museo de muertos prematuros e ilustres. De aquellas noches literarias donde el amor se hacía solemne, doña Loreto se trajo a España, como ejercicio de la nostalgia, una colección de retratos con autógrafo que no tardaron en ser enmarcados y distribuidos por los rincones más visibles de su casa. Las fotografías de aquellos prebostes de la cultura extendían su panoplia de rostros difuminados por la lepra de los años, esa mancha cruel del tiempo que convierte los recuerdos en un mausoleo sepia, donde las sonrisas degeneran en rictus y las pupilas, deslumbradas por el fogonazo de magnesio, adquieren un brillo blanco y lúgubre. Doña Loreto aparecía al lado de Max Aub y Luis Buñuel y Juan Larrea y Domenchina y Altolaguirre, ligera de ropa, esplendorosa de carne y lentejuelas, dispuesta a compartir un fragmento de gloria, robando el protagonismo a su compañero de turno, que casi siempre tenía cara de aprendiz de fontanero o de recluta condenado al calabozo, más que de intelectual republicano. Así de paradójicos suelen ser los héroes: desmesurados cuando los evocamos con fervor, insignificantes y un poquitín paletos cuando la realidad —esa enemiga de la gloria— los arroja de su pedestal y nos los brinda, exentos del barniz que la distancia les concede. Aquellos héroes de allende el océano morían asesinados en las fotografías de doña Loreto. Sus rostros tenían la palidez espectral del olvido.

—¡Pero muchacho! ¿Otra vez tú por aquí? Ya sabes que en la tertulia no se admiten chiquillos.

Doña Loreto salió a abrirme en bata y camisón. Hablaba con una marcialidad adusta (la marcialidad de la viuda que reparte su viudez entre varios hombres) que, sin embargo, no lograba corregir el barroquismo de su anatomía. Doña Loreto ejercía una autoridad propia de la mujer que ha desvirgado a muchos hombres, a muchos héroes y a lo mejor también a muchos dioses; esto la revestía a mis ojos con un encanto que la aproximaba al reino intacto de la poesía. Doña Loreto se perfumaba con *Diamant Noir*, una colonia inaccesible a las pieles más vulgares; era una virgen apócrifa, instalada al borde de la cuarentena, y yo —huelga decirlo— era un doncel genuino, instalado al borde del deseo.

—Anda, pasa rápido, antes de que vengan. Pero luego, si te pillan, no les vayas con el cuento de que yo te di permiso.

—Descuide, doña Loreto. Ya me las arreglaré.

En medio del vestíbulo, sobre una cómoda que hacía las veces de altar, había un retrato enmarcado en plata de Iván Feliciano, poeta del salmo y la blasfemia, voz profética que marchó al destierro cuando la Guerra, y que, desde su lejano refugio, estuvo mandando durante años mensajes que alimentaban el rencor de quienes, a falta de otro cambio más íntimo, querían cambiar el orden de las cosas. Iván Feliciano, maestro de poetas locales, me miraba desde la rigidez de su retrato, esquila de defunción que certificaba su muerte y arrojaba sobre mí el viento del pasado, ese viento que se hizo vendaval y borrasca, empujando a tantos españoles hacia la puerta que mira al mar y a las estrellas.

—Doña Loreto, usted conoció a Iván Feliciano en persona, ¿verdad?

—¿Que si lo conocí? Pues claro que lo conocí, muchacho —Doña Loreto hablaba con una irritación presuntuosa—. Fuimos amigos íntimos, incluso algo más que amigos. Él acudía a mis funciones y leía proclamas contra el Tirano. El público le aplaudía a rabiar, se incorporaba de sus butacas e interrumpía las alocuciones. Tenía la voz rota, desgastada por los sinsabores de una vida demasiado larga... Cuando hablaba, se me ponía un nudo en la garganta. Era un maestro de poetas, el más grande entre los grandes. ¿No has leído ninguno de sus libros?

Alguno había leído en ediciones clandestinas que llegaban desde México, en una especie de estraperlo literario, pero preferí ocultar esa lectura que nada había aportado a mi formación. La poesía de Iván Feliciano, llena de puntos suspensivos y signos de admiración, solía adoptar un tono energúmeno que no acababa de encajar entre mis preferencias.

—Vergüenza debería darte —me reprochó doña Loreto—. Jamás hubiese sospechado Iván

Feliciano que sus paisanos le traicionarían. Bonito ejemplo.

Iván Feliciano se había iniciado en la poesía con *Versículos y blasfemias del peregrino*, un libro contagiado de un modernismo reflexivo, al hilo de la época. A raíz de la Guerra Civil, su obra se fue agriando hasta hacerse imprecatoria, recorrida por una ráfaga de derrota y resentimiento. Iván Feliciano se había definido a sí mismo como «un hombre con un grito de estopa en la garganta y una gota de asfalto en la retina». Estopa y asfalto: malos ingredientes para el quehacer lírico.

Supongo que doña Loreto aún confiaba en mi conversión, de ahí que me permitiera participar, siquiera como testigo mudo, en las tertulias que se celebraban en la buhardilla de su casa. Doña Loreto me trataba con esa resignación caritativa que empleamos con la oveja descarriada que ya pronto ingresará en el redil, desdeñando las ventajas de la vida montaraz. Ella sabía que para alcanzar el reconocimiento había que someterse a los designios de la mayoría, y pensaba que la fascinación que sobre mí ejercían los poetas locales terminaría por acallar mi talante díscolo, esa suspicacia que me hacía desconfiar de los meritorios hallazgos de Iván Feliciano. Si deseaba ser aceptado en el gremio de los héroes, tendría que ampliar o corregir mis inclinaciones estéticas.

—Terminarás pasando por el aro: Iván Feliciano es imprescindible.

Doña Loreto subía delante de mí por las escaleras que conducían a la buhardilla. Las caderas se le insinuaban por debajo de la bata y el camisón con una opulencia que parecía presagiar una segunda juventud. A ambos lados de la escalera, en las paredes, colgaban retratos de poetas difuntos o asesinados por el olvido, ese veneno al que casi nadie escapa.

—Tú ahora te escondes detrás de las cortinas y santas pascuas. Ah, y no se te ocurra rechistar. Como te pillen, se arma la marimorena. Últimamente andan preparando algo sonado, un robo o no sé qué demonios. Ya sabes cómo les gusta conspirar a estos poetas de chicha y nabo.

Todos los poetas de medio pelo tienen de intrigantes lo que les falta de poetas. Mientras doña Loreto me acomodaba en el hueco que había entre la pared y las cortinas, temerosa de que asomaran las puntas de mis zapatos, me sentí afortunado por poder inmiscuirme en la intimidad de mis héroes locales, escuchar sus vanaglorias y mezquindades, espiar sus proyectos, asistir al ocaso de una ilusión largamente elaborada. Doña Loreto me mandó juntar los talones y poner los pies en escuadra; antes de correr la cortina, me puso un dedo en los labios. Aquel dedo me trajo por un instante el calor vertiginoso de su carne, el temblor de una viudez que se me ofrecía, aburrida de su propia castidad. Doña Loreto olía a *Diamant Noir*, a una juventud ahogada entre malos poetas, pero dispuesta a resucitar siempre.

—Doña Loreto, es usted muy guapa —dije, casi sin darme cuenta, y noté que las anginas se me inflamaban, allá al fondo de la garganta.

—No te burles de mí.

—No me burlo, doña Loreto.

Retiró el dedo de mis labios y lo sustituyó por sus labios. De repente, me sentí encadenado a una sustancia que no era la mía, pero que me pertenecía en exclusiva, a pesar de los poetas difuntos. Brevemente, pero me pertenecía. En la buhardilla había una estufa de carbón que repartía un mensaje de buena voluntad. Doña Loreto me envolvió con sus brazos, tibios y maternos.

—Me tengo que ir. Están al llegar.

No acerté a formular una protesta. Conservaba en mi boca el rastro ardiente de una saliva que me sellaba las palabras. Doña Loreto sacó de un aparador una botella de Chinchón y tres vasos que colocó sobre la mesa camilla.

—Ya sólo vienen tres. Cada vez hay más deserciones —se justificó—. Los poetas locales escasean.

Hablaba de los poetas con una ironía suavizada de ternura, con esa tierna ironía con que hablamos de los fantasmas y de los ángeles custodios. El timbre sonó inesperadamente, una, dos, tres veces, como un aviso que recurre a la insistencia para cobrar entidad.

—Ahí los tenemos. Escóndete, haz el favor.

Doña Loreto bajó a la carrera hacia el vestíbulo. La buhardilla quedó por un minuto vacía, alumbrada por una lámpara que arrojaba una luz cruda sobre el mobiliario, apenas reseñable: un aparador, una mesa camilla con aparato de radio, tres sillas con respaldo de enea y una estufa de

carbón. Me imaginé a los contertulios rindiendo honores a su anfitriona en el vestíbulo, disputando sus favores, ansiosos por ocupar pronto un lugar en el mausoleo de los poetas ilustres. Subieron las escaleras con una lentitud premeditada, reflejándose en los retratos que surgían a su paso, esos retratos que los contemplaban desde la otra orilla de la muerte. Aunque lo ignoraban, ellos ya estaban contenidos en aquellos retratos a través de sus versos, recién salidos de su pluma y sin embargo difuntos ya, como criaturas concebidas en un féretro de papel y tinta, alimentadas en el tintero vacío de quienes nada nuevo tienen que contar. Entraron en la buhardilla arrastrando sobre el suelo de madera los pies con ese cansancio del héroe que acaba de sufrir —o mejor aún: que está sufriendo— una derrota inexorable. Encabezaba el trío Wenceslao Santos, anarquista de sainete, envuelto en su capa española, esa bandera de gallardía (así la había denominado Manuel Machado, autor poco frecuentado por el bueno de Wenceslao), y embozado tras una barbita que aspiraba a ser la barba populosa de Iván Feliciano, pero que, de momento, se conformaba con parecer la barba de un hidalgo pobre y algo judío. Wenceslao Santos se paseó triunfal por la buhardilla, pavoneándose de sí mismo, con el ceño hermético y esa barba semita entreverada de amarillo, como puesta a remojo en un caldo de cocido.

Wenceslao Santos escribía una poesía cereal, agropecuaria y esdrújula, que pretendía ser dádiva y se quedaba en propina, una morralla de impresiones paisajísticas y estados de ánimo que recogía todas las influencias posibles, desde Fray Luis al surrealismo, sin desdeñar la retórica libertaria. Wenceslao Santos se había iniciado ya cuarentón en el arte de Erato, pero la tardanza la compensaba con una producción ingente. A Wenceslao Santos la voz —una voz conspiratoria— parecía brotarle por debajo de la barba de hidalgo pobre:

—Hoy es el gran día, muchachos. Por fin las obras de Iván Feliciano volverán a las manos que pertenecen: las manos del pueblo.

Wenceslao Santos ejercía una especie de magisterio espiritual sobre sus acompañantes, que aguardaron a que él se despojara de la capa y se sentara para ocupar sus lugares alrededor de la mesa camilla. Wenceslao Santos, inflamado de un fervor popular, peroró:

—El pueblo, esa sagrada nebulosa de la que salen mundos espirituales y estrellas guiadoras. ¡Cómo me gusta sentirme pueblo, encenderme en sus esperanzas, quemarme en sus furores magníficos! ¡Pueblo, pueblo! ¡Cómo me une esa palabra a todos los hombres; cómo me deja sentir partícipe de sus virtudes, de su genio, de su bondad, de todo lo bello que hay en suspensión en ese mar de sudor y sangre!

Concluido el discurso se abrió un silencio embarazoso que Luis Palmero, el segundo en edad, dignidad y gobierno de aquel trío, procuró abreviar jugueteando con el dial del aparato de radio.

—¿Puede saberse qué cojones estás haciendo? —lo increpó Wenceslao.

Luis Palmero, enfermo de pólipos y afonías, se azoró un tanto:

—Intentaba sintonizar alguna emisora. Tiene que estar a punto de salir el último parte.

La agonía de Franco era el folletín apasionante de cada día, la dosis de diversión e intriga que se suministraba por cuentagotas, como una novela por entregas.

—Bicho malo nunca muere —dictaminó Wenceslao Santos—. Además, nuestra misión no consiste en esperar el exterminio del Tirano. Hemos elegido la vía de la acción, y hoy nos corresponde actuar. Iván Feliciano tiene que volver al pueblo.

Luis Palmero asintió con la docilidad del pecador que recibe su penitencia. Acababa de cumplir los treinta y siete años, cifra que confesaba con un cierto pudor, puesto que coincidía con la edad que tenía Rimbaud a la hora de su muerte: treinta y siete años que le habían bastado (me refiero a Rimbaud, no a Luis Palmero) para revolucionar París, enamorar a Verlaine, traficar con armas en las costas de Somalia y contraer un carcinoma que, a la postre, lo arrastraría hasta la tumba. La biografía de Luis Palmero, mucho más modesta que la de Rimbaud, abarcaba algún que otro poema en revistas casi clandestinas y unos pólipos en la laringe que enronquecían su voz y le añadían un matiz herrumbroso, como de escritor borracho y perseguido por la adversidad. Luis Palmero vestía con un desaliño premeditado, con pantalones vaqueros y camisas desabotonadas, y se abrigaba el cuello con sucesivos fulares, uno encima de otro, andrajos que le colgaban hasta la cintura, sucios de sudor e ideales traicionados. En sus ratos de ocio (que eran casi todos), ponía música a los

poemas de Iván Feliciano y luego los cantaba con acompañamiento de guitarra. Sus canciones hablaban de paraísos populares y utopías anarquistas, todo ello aderezado con unas metáforas que hacían sonrojar. Era la suya una música para consumo endogámico, envilecida de desarraigo, quejumbrosa y pretendidamente subversiva. Luis Palmero vivía su anonimato de cantautor de barrio con la misma intensidad que otros viven el fervor de las multitudes, y, mientras, los pólipos de la garganta se le iban derramando por todo el cuerpo, hasta enquistarle el alma, en una especie de suicidio simbólico. Una voz oficial recitó desde la radio el último parte médico:

—La fase crítica en el curso postoperatorio de Su Excelencia el Generalísimo está evolucionando desfavorablemente, como consecuencia de los fenómenos tóxicos derivados del proceso peritoneal que motivaron la última intervención.

Hubo un cruce de miradas entre Luis y Wenceslao que denotaba la alarma de quienes necesitan darse prisa en actuar si no quieren llegar demasiado tarde a su destino. Jesús Posada, el tercero en discordia, esbozó una sonrisita que, aunque buscaba el cinismo, le quedó intempestiva, cobarde y algo femenina. Jesús Posada, el más joven del grupo, andaba ya rondando la edad de Cristo, y sin embargo, todavía posaba de adolescente e intentaba cultivar la estética del artista que no envejece. Jesús Posada, Dorian Gray de pacotilla, vivía la bohemia golfa del que combate el sistema por considerarlo feo sin saber que él mismo, con su actitud, está incurriendo en otra forma de fealdad más grosera, que es la fealdad del que no sirve para nada, la fealdad del mantenido que vive de la limosna paterna, la fealdad suprema del artista que aspira a la rebeldía pero que, en vez de trasladar su rebeldía a la creación, se desinfla en gestos y actitudes vanas. Jesús Posada, adolescente viejo y concluso, cifraba en el color de su chaqueta todas sus posibilidades de rebeldía, y hacía de la languidez y el amaneramiento una metafísica estéril que lo abocaba a la nada. Jesús Posada padecía el *spleen* que padecen los inútiles, el *spleen* de las noches inacabables y las desolaciones secretas, ese aburrimiento que produce el haber nacido para la sopa boba y el narcisismo. Jesús Posada encubría la vacuidad de su vida con impertinencias inofensivas y una ambigüedad andrógina que al menos le servía para mariposear y adquirir cierto prestigio en los círculos de intelectuales homoeróticos, que ya iban creciendo por doquier como setas. Jesús Posada sólo había escrito treinta y tres poemas en diez años de dedicación literaria, treinta y tres despropósitos que hablaban de mares de anémonas, crepúsculos enfermizos, vírgenes entre adelfas y nenúfares y el eco de las caracolas marinas.

—¡Mira que si se nos muere el Tirano! —exclamó.

Wenceslao Santos, visiblemente enojado, lo fulminó con la mirada, mientras destapaba la botella de Chinchón y vertía parte de su contenido en los tres vasos. El Chinchón puso un rumor acuático en el silencio radiofónico de la buhardilla. Wenceslao, Luis y Jesús se aferraron a sus vasos respectivos y se trasegaron el licor de un solo trago, con una premura desgana y viril. Yo contemplaba la escena desde el refugio que doña Loreto me había preparado detrás de la cortina.

—¡No me volváis a hablar de la muerte del Tirano! —se crispó Wenceslao, y lanzó un puñetazo a la mesa camilla que hizo retemblar la botella de Chinchón—. Nosotros vivimos gracias al Tirano. Si el Tirano las espicha, se jodió el negocio.

Nadie osó contradecir a Wenceslao. Cabizbajos y algo apabullados, Jesús y Luis aceptaron su condición de meros subalternos en la conjura. Me sorprendió la lucidez de mis paisanos, poetas que hacían depender su gloria de un solo hombre, de una figura ya casi mitológica que servía mejor a sus intereses que a los de la poesía oficial y laudatoria. Pensé —aunque la confusión de mis pocos años me impedía formular mi pensamiento de manera precisa— que, quizá, quienes mantenían viva la figura de Franco, más que los médicos que velaban su agonía, eran todos los poetas dispersos por la geografía de la clandestinidad, ejército de hombres sin oficio ni beneficio que, a semejanza de oscuros funcionarios, formaban una burocracia inversa, pero asimismo necesaria, que había hecho del Régimen un monumento en realidad inexistente. Pensé —y mi pensamiento albergaba la sombra de un pavor— que, casi con toda seguridad, aquel ejército de hombres que escribía versos subversivos y panfletos con rima asonante se estaba labrando un futuro que sólo perduraría mientras ese otro hombre moribundo lo sustentase con el testimonio de su vida. Aquel ejército de poetas, aquella turba de escritores provincianos o cosmopolitas, venecianos o castizos, era el reflejo

simétrico y, por lo tanto, natural, del Régimen. Wenceslao Santos sirvió otra ronda de Chinchón. El alcohol aureolaba a los tres poetas, que ya respiraban el aliento frío de la muerte.

—Vamos a repasar el plan de asalto —propuso Wenceslao a sus pupilos, desplegando sobre la mesa camilla un pliego de papel que contenía un croquis detallado—. Supongo que ya sabréis de memoria el contenido de la misión. Hay que rescatar del archivo de la biblioteca la obra de Iván Feliciano. No debemos consentir que la desidia la devore. Según mis informes, esos cabrones tienen cerca de cincuenta ejemplares de su *Antología*. Cincuenta ejemplares que nos esperan, si mis datos son correctos, en el anaquel segundo, comenzando desde arriba, del armario señalado con la letra J. Yo aguardaré en la calle y os cubriré las espaldas, por si algún imprevisto sucede. Tú, Luis, forzarás la puerta de la biblioteca con una ganzúa y te encargarás de inmovilizar al vigilante: suele dormir como un bendito, así que no creo que haya problemas; en cualquier caso, pégale un porrazo en el cogote, que es un cloroformo infalible. Y tú, Jesús, en cuanto veas al vigilante grogui, ya sabes, raudo y veloz a través de este pasillo —Wenceslao acompañaba sus explicaciones con un manoteo de estrategia que a veces se interrumpía para indicar puntos del croquis—; la tercera puerta a mano izquierda, ahí está al archivo. Pégale una patada con dos cojones, que la cerradura salta enseguida. Pero con dos cojones, eh, no me andes con mariconadas, que te conozco, que cuando te da por ahí pareces una señorita finolis. ¿Has traído el saco? Así me gusta, Jesús, buen chico. Pues buscas el armario indicado y el anaquel que corresponde, y ándate con ojo, eh, no sea que en lugar de la *Antología* nos traigas una remesa de catecismos, que te pego más hostias que pelos tienes en la cabeza. Y, por cierto, a ver si te cortas la melena de una vez, que pareces la novia del Capitán Trueno. A ver, dudas. Si tenéis alguna duda, preguntad ahora, no lo dejéis para más tarde, cuando ya no haya remedio.

Wenceslao concluyó su alocución con un ademán dulce, casi sacerdotal, que desmentía su barba de judío. Luis y Jesús asintieron con esa tardanza circunspecta con que asienten quienes ya han escuchado la misma monserga cientos de veces. El aparato de radio —que nadie se había preocupado de apagar— interrumpió su sonsonete sinfónico para emitir el último parte médico:

—La evolución de Su Excelencia el Generalísimo continuó empeorando progresivamente, aparecieron trastornos en la conducción intraventricular e hipotensión arterial mantenida, y al poco sobrevino...

Wenceslao giró el botón de contacto con la saña del que quiere postergar una claudicación. Luis y Jesús adoptaron una actitud castrense, vagamente sumisa.

—¿Pero qué coños pasa aquí? —los abroncó Wenceslao, al borde de la histeria—. ¿Cuántas veces os tengo que decir que el Tirano no se muere ni por recomendación del Papa? ¿Cuántas, vamos a ver?

Lo dijo con una vehemencia que le brotaba de las vísceras, como si se jugara en el lance el pan de sus hijos. Al ponerse la capa, la hizo ondear con un revoloteo de pajarraco herido. Luis y Jesús guardaron el silencio que la ocasión requería mientras Wenceslao terminaba de colocarse la esclavina. La buhardilla tenía una atmósfera turbia, un espesor canalla y solanesco.

—¡Loreto, nos vamos! —gritó Wenceslao, muy en su papel de comandante de una expedición que parte a lejanos territorios.

Doña Loreto, viuda ficticia de tantos héroes transoceánicos, subió a la buhardilla, perfumada con un optimismo que hacía resurgir su juventud. Ofreció sus besos a los poetas expedicionarios como si les ofreciera un ramo de flores, y ellos comulgaron los labios cálidos de la mujer que amaban, siquiera platónicamente.

—Iván Feliciano estaría orgulloso de vosotros —dijo, sin excesiva convicción.

Los conjurados descendieron por la escalera que conducía al vestíbulo con un estruendo de madera y martirio: Wenceslao, Luis y Jesús eran los mártires de una religión ya extinta. Yo salí de mi escondite cuando los oí alejarse por las calles empedradas, tráfugas de la historia, furtivos en la noche que los amenazaba con tristes presagios. Doña Loreto, en bata y camisón, dejaba entrever el tesoro blanco de su carne. La buhardilla se llenaba con su aroma, que mezclaba en una misma y difusa sensación el perfume reseco del pasado con la fragancia fresca de un porvenir que reclamaba mi protagonismo. Encendí la radio, por si acaso los partes médicos deparaban alguna novedad. Una

voz mínima, enronquecida de catarros y condolencias, farfulló:

—Españoles: Franco ha muerto. El hombre de excepción que ante Dios y ante la Historia asumió la inmensa responsabilidad del más exigente y sacrificado servicio a España ha entregado su vida, quemada día a día, hora a hora, en el cumplimiento de una misión trascendental.

Miré a través de la ventana a la calle, andrajosa de niebla y luto. Las farolas habían perdido su luz, y sobre el suelo empedrado ya casi no se distinguían las figuras de aquellos tres héroes, confabulados en su misión intrascendente. Doña Loreto se acercó a la ventana; noté la inminencia de sus senos como un corazón dúplice que me reclamaba entre latidos. Wenceslao, Luis y Jesús quedaban ya lejos, borrosos de niebla, extraviados en la hojarasca del olvido. Doña Loreto se apartó la bata con un suave movimiento de los hombros y me deslumbró con la luz de su cuerpo. La voz de la radio proseguía:

—... Es el llanto de España, que siente como nunca la angustia infinita de su orfandad; es la hora del dolor y de la tristeza, pero no es la hora del abatimiento ni de la desesperación.

Doña Loreto llenaba con el ardor de sus besos mi orfandad de héroes, ahora que los héroes habían muerto. Wenceslao, Jesús y Luis se habían perdido en la noche, desesperanzados y abatidos, rumbo a su misión anacrónica, y ya nunca volverían, ya jamás recobrarían su aureola de heroísmo y coraje. Ya no eran héroes, ya no eran necesarios. Se perdían en la noche y nadie los reclamaba. Doña Loreto me abrazó, como queriendo protegerme contra las tormentas torrenciales de la vida, esa lluvia pertinaz que es el tiempo; tuve la impresión de estar cometiendo un adulterio retrospectivo, agravado por la traición y la irreverencia. Porque, al besar a doña Loreto, estaba profanando el mausoleo de los héroes muertos para siempre.

VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN

Ni siquiera la grave enfermedad de Su Excelencia canceló las reuniones que nuestra ministra organizaba las noches de plenilunio. Eran reuniones rituales, presuntuosas, imitadoras de un clima proustiano que nunca alcanzaban (por oligofrenia de los invitados, no por negligencia de la anfitriona), envilecidas de nocturnidad y alevosía, pero reuniones, al fin y al cabo, en las que, a poco que uno se esforzara, se podía medrar y conseguir algún que otro enchufe. Nuestra ministra había elegido como escenario para estas reuniones (y aquí habría que censurarle sus ínfulas artísticas) los salones de nuestra pinacoteca, tan concurridos durante el día por multitudes fervorosas y, sin embargo, vacíos durante la noche; allí, entre cuadros de Goya y del Tintoretto, entre algaradas de guateque y solemnidades de entierro, discurrían nuestras veladas, que casi nunca acogían a más de doce o quince personas, en su mayoría diplomáticos longevos, cardenales de incógnito (el birrete se lo tapaban con un peluquín), aristócratas poco observantes de la etiqueta y señoritas infractoras del sexto mandamiento. Nuestra ministra y anfitriona se esforzaba, durante los veintiocho días que la luna tardaba en completar su ciclo, para que nada quedase al albur de la improvisación; algunos murmuradores quisieron relacionar esta escrupulosidad con ciertos achaques fisiológicos, igualmente respetuosos del ciclo lunar, que ya aquejaban (o, mejor dicho, dejaban de aquejar) a nuestra ministra. Sea como fuere, las noches de plenilunio siguieron convocando a un círculo de allegados en las dependencias de nuestra pinacoteca; los elegidos (y ya mencioné antes que la elección ministerial no abarcaba a más de quince personas) nos congregábamos allí, infatuados de nuestra privanza, como licántropos de un culto antiguo y casi sublime. Podría el mundo derrumbarse a nuestro alrededor, que nosotros no faltaríamos a la cita.

Ni siquiera, ya digo, la grave enfermedad de Su Excelencia (glosada en tertulias y partes radiofónicos) canceló dichas reuniones. Un portero más o menos remolón, más o menos solícito, acudía a nuestra llamada, y, antes de dar las tres vueltas de llave que franquean el portón principal de la pinacoteca, nos pedía que pronunciásemos la contraseña convenida (así, nuestro culto se preservaba de advenedizos e intrusos). La luna se posaba en los jardines con una violencia de vidrios rotos. En aquella última reunión, la contraseña procedía del *Eclesiastés* :

—*Mataiotis mataioteton kai panta mataiotis.*

El cancerbero, instruido en los rudimentos del dialecto ático, hizo girar la llave en la cerradura y me abrió el portón desgadamente (los goznes rechinaban, lo cual contribuía a la desgana), como recriminándome haber interrumpido su sueño. Sostenía un quinqué que iba alumbrándome el camino; distinguí unas facciones legañosas, torpes, embrutecidas por un rencor milenario. Con un gruñido apenas humano, me indicó que le siguiera; de un bolsillo de la librea le asomaba un paño rojo que al principio confundí con una caperuza de bufón: luego, más alarmado, comprendí que se trataba de un gorro frigio.

—Siga todo recto, y tuerza al final a la derecha —me dijo, sin levantar la vista del suelo; a la luz del quinqué, su mirada era vieja y renegrida como la de un labriego retratado por Solana—. La

señora ministra lo espera en la sala de pintura flamenca.

Siempre elegía nuestra ministra dicha sala como escenario de sus veladas, por preferencias no sé si sexuales o políticas; algunos desaprensivos afirmaban que las escenas del martirologio, en su profusión de virginidades ultrajadas y martirios, la ponían cachonda. Me alejé del portero, que seguía lanzándome miradas conminatorias, agravadas por los resplandores del quinqué; mis pasos tenían un eco pusilánime, no sé si femenino, sobre las baldosas contagiadas de aristocracia y silencio. Más que por las instrucciones del portero (y aquí recordé con un escalofrío el gorro frigio que le asomaba en el bolsillo), me guié por la música de una pianola que desgranaba los compases de una polca. A ambos lados del corredor, colgadas de las paredes, las pinturas se dejaban mecer por el arrullo de la música y cerraban los ojos.

—¡Mi querido amigo! Ya pensábamos que no venía.

La ministra se me acercó, con su risa de caballo a cuestas, y me estampó un par de besos con aquellos labios suyos, húmedos como belfos. Iba vestida con un traje verde botella, muy escotado y con cola (el escote mostraba una piel gallinácea que daba grima, la cola se arrastraba por el suelo y barría el tamo y las pelusas que no habían barrido los criados), y llevaba unos guantes de malla que me parecieron obscenos y prostibularios. La ministra no paraba de relinchar o reírse; tenía el rostro embadurnado con una espesa capa de polvos y colorete, pero por debajo del maquillaje daba la impresión de no haberse lavado. Hablaba sin pausas, como una pastilla efervescente que se disuelve en agua y desborda el vaso.

—No sé si conoce a todos mis invitados.

En un recodo de la sala, al reclamo de las bandejas que portaban los criados, había un grupo de marqueses viciosillos, de éstos que aprovechaban la invitación de la ministra para cogerse una cogorza procaz y reventar huevos crudos sobre *Las Tres Gracias* de Rubens. A la mañana siguiente, aparecía el cuadro enjalbegado de yema y clara, con los tropezones de la cáscara esparcidos por doquier, pero nadie se daba cuenta del desaguizado (los culos que pintó Rubens llaman demasiado la atención como para reparar en un destrozo mínimo), con lo cual el crimen quedaba impune y el funcionamiento de las instituciones asegurado.

—Sí, creo que los conozco a todos de sobra.

También estaba allí el inefable Ramírez, rodrigón de la ministra y eterno centinela de su virtud, sentadito en una silla de tijera de las que usan los celadores del museo. Ramírez, rodrigón de la ministra, era un viejo más bien babosete, huesudo, de grandes ojos saltones y cejas sin peinar; durante la época gloriosa de la resistencia al anterior régimen, había sufrido cárcel y tortura (al parecer, le habían limado los tendones de Aquiles en una checa), y se había quedado sin sensibilidad en los talones, por lo que necesitaba estar permanentemente sentado. Cuando se ponía de pie, si alguien no lo sujetaba, se marchaba hacia atrás y caía sin remisión, a plomo, rebotando sobre el suelo. Aprovechando que la ministra se hacía la longui, los invitados disfrutaban de lo lindo levantándolo de la silla y soltándolo de golpe, para ver cómo el rodrigón se estrellaba contra el esquino de algún cuadro. Era un juego canalla y muy poco caritativo (más o menos como el de arrojar huevos sobre Rubens), pero disculpable, ya que Ramírez, amén de chismoso y cascarrabias, monopolizaba los arrebatos lúbricos de nuestra ministra.

Los criados, entretanto, nos acercaban las bandejas repletas de ron y canapés de pavo frío; actuaban con una desgana unísona, sin molestarse en disimular los bostezos y la mala leche contenida. Iban ataviados con pelucas empolvadas y con libreas antaño lustrosas, en cuyos bolsillos asomaban pedazos de tela roja. Gorros frigios, sin duda.

—A quien quizá no conozca es al doctor Viriato Losada —dijo la ministra, acallando mis funestos augurios.

El doctor Viriato Losada tenía un rostro episcopal, blanco y orondo como una vejiga mal afeitada; llevaba chaleco con leontina y una levita con costras y vestigios de suciedad, como si alguien se la hubiese gargajeado. Me saludó con una voz engreída y gangosa, una voz de fonógrafo húmedo que me destempló.

—Lo hemos contratado para arreglar el problema de la sucesión —se justificó la ministra, en un tono compungido—. Su Excelencia cada vez anda más pachucho, y sería una catástrofe que muriese

sin descendencia. El pueblo, ya sabe usted, necesita un mesías que lo guíe. Ningún mesías mejor que un retoño de Su Excelencia.

Según explicó la ministra (el aludido cabeceaba, visiblemente complacido), el doctor Viriato Losada, precursor de las modernas prácticas eugenésicas, era autor de folletos en los que exponía sus teorías sobre la calipedia, o sea, sobre el arte (no sé si casto o lascivo) de engendrar hijos hermosos y fuertes, varones o hembras, al gusto del cliente. Los criados curioseaban y no perdían ripio de las palabras de nuestra ministra; las bandejas de ron y pavo frío se vaciaban al instante, víctimas de una voracidad poco solidaria con aquellos hombres que se alimentaban de sobras y subsistían con la calderilla de las propinas.

—El proceso es laborioso —pontificó el doctor Viriato Losada—. El semen de Su Excelencia, como usted comprenderá, sale algo más ralo de lo que aconsejan los cánones. ¡Y no vea usted qué números para extraerlo! ¡Ni con jeringuilla, fíjese lo que le digo, ni con jeringuilla!

Imaginé a Su Excelencia, derrengado en una cama de hospital y sometido a una profilaxis de ventosas, tubos y émbolos que no lograban arrancarle su semilla, pero de inmediato aparté esta escena de mi cabeza, por desasosegante o blasfema. El doctor Viriato Losada proseguía:

—Una vez obtenido el semen, hemos tenido que seleccionar los mejores receptáculos. Miles de mujeres acudieron al reclamo, procedentes de todos los rincones del país. Miles, pero sólo diez resultaron elegidas.

El ron tenía un sabor a bodega vieja y naufragios; apenas ingerido, extendía por dentro su ramaje caliente y me aureolaba de ímpetus y extemporáneas valentías. La pianola tocaba una mazurca; a Ramírez, el rodrigón, alguien lo había estrellado contra una tabla flamenca.

—¿Ha dicho diez? —balbucí, entre alarmado y perplejo—. ¿Y qué haremos con diez herederos?

El doctor Viriato Losada se permitió una risita desdeñosa. Era feo y antipático como la arquitectura de los jesuitas.

—No sea cretino, hombre —me increpó—. Alguna muchacha nacerá también. Y los muchachos que sobren los pasamos por la guillotina y santas pascuas.

La ministra aplaudió, enfervorizada por la proximidad del exterminio, cual Herodes femenino. Me pareció ver al fondo a una Inmaculada de Murillo que, indignada por el proyectado infanticidio, abandonaba un rato su cuadro y ascendía al cielo.

—El doctor Losada es un experto en obstetricia —terció la ministra; había endurecido su voz con palabras agrias—. Hay que agradecerle los desvelos que se toma con este asunto.

Los criados, respondiendo a una maniobra unánime, se habían retirado con sus bandejas. El doctor Viriato Losada seguía en su experimento los métodos de una tal Madame Blavatsky, reputada ginecóloga y teósofa: para una óptima gestación, recomendaba a las embarazadas que paseasen las noches de luna llena por parajes artísticos y amenos.

—Por si no lo sabe —el tono de la ministra se hacía más y más beligerante—, es saludable pasear a las embarazadas en las noches de luna llena, para que se saturen de leche.

Embrutecido por el ron, asentí. La velada había adquirido ese aire disperso que precede a la disolución o el abandono; se oían risotadas y exabruptos, jadeos y onomatopeyas, y la pianola repetía machaconamente el *Himno de Riego* para escarnio de monárquicos. Ramírez, el rodrigón de la ministra, suplicaba en vano que alguien lo ayudara a levantarse del suelo.

—Esta noche las hemos conducido a la sala de Velázquez, aprovechando que la luz de la luna entra por las claraboyas. —Debí de poner cara de desconcierto, porque de inmediato la ministra me aclaró—: Me refiero a las futuras madres.

El doctor Viriato Losada propuso que hiciéramos una visita a las gestantes. Antes de escuchar nuestro beneplácito, arrancó a andar con pasos patosos y bamboleantes, como de tortuga orgullosa de su condición quelonia. La ministra lo siguió, arrastrando la cola del vestido, hinchando la pechuga como una nodriza en paro. El museo, blanqueado por una luna cenital, parecía albergar todas las fantasmagorías del mundo. La rotonda reservada a Velázquez, grande y recoleta (si la contradicción es admisible), imponía ese respeto que ya sólo imponen las capillas de los cementerios antiguos y los sobresueldos procedentes del fondo de reptiles. Una claraboya recogía la luz nutritiva y blanca que bajaba del cielo. Ajenas a las lanzas enardecidas, a las meninas y bufones,

a esos juegos especulares que pintó Velázquez, había un grupo de mujeres, feíllas pero no del todo desaprovechables, en estado más o menos interesante, que caminaban en círculo, con un sonambulismo de fanáticas. La luna se posaba sobre sus vientres y senos, y resaltaba sus facciones arrebatadas por ese delirio que acomete a algunas solteras, llegada cierta edad. Era un paseo circular de vírgenes posesas, enloquecidas por una meningitis mística que, en vez de inflamarles el encéfalo, les había inflamado el vientre y los senos. Era un paseo de vírgenes hinchadas por una semilla intrusa, vírgenes dementes que se llevaban las manos a la cabeza, aquejadas de una extraña jaqueca. Era un paseo de vírgenes que aún no se explican el milagro de la concepción. Algunas interrumpían su deambular y se asomaban a los balcones, apoyadas en sus grandes senos, o dejándolos caer sobre los balaústres, como sábanas puestas a secar. La luna les envolvía la piel con un traje de novias que no conocen el tálamo.

—Pues ahí donde las ve tan lozanas —me confió el doctor Viriato Losada—, sólo se alimentan de horchata. De horchata y de rayos de luna.

La ministra se había acercado a las gestantes y aplicado la oreja a sus vientres, entusiasmándose al escuchar el pataleo de los retoños en formación. Me acometió un sudor populoso al pensar en una prole de niños idénticos que, a su vez, reprodujesen la fisonomía de Su Excelencia. El doctor Viriato Losada consultó su reloj y dijo, sin recatarse de ocultar su impaciencia:

—Por cierto, que ya es hora y pasa de que esos malditos criados les traigan a las gestantes su vasito de horchata. ¡Los muy cabrones! Encima que se les paga, hacen su trabajo de mala gana.

Durante un segundo, el silencio se agrandó, sostenido en el filo de una cuchilla. Luego, se oyó un bisbiseo que fue creciendo, hasta hacerse rumor y más tarde clamor y protesta. Sonaron algunas palabrotas que infamaron el paisaje lunar. Volví la cabeza, y contemplé a una legión nutrida de criados, enflaquecidos y enjutos, como labriegos de un cuadro de Solana, que nos miraban con esa mirada de desapego que emplean los elefantes al pisotear cucarachas. Como detalle pintoresco o meramente folclórico, apuntaré que se habían tocado las cabezas con gorros frigios, rojos como llamas de Pentecostés o excrementos de sangre.

—¿Dónde escondéis la horchata, bellacos? —inquirió el doctor Viriato Losada, que no quería aceptar lo ineludible.

Pero lo que los criados ocultaban entre los repliegues de sus libreas no eran vasos de horchata, sino punzones que enarbolaban, en un gesto liberatorio y no exento de una belleza remota. Las gestantes seguían paseando, ajenas a la rebelión, empapadas de luna, y la ministra les auscultaba los vientres y los senos, esos mismos vientres y esos mismos senos que ya muy pronto los criados pincharían con los punzones, esos mismos vientres que ya muy pronto albergarían cadáveres acribillados, esos mismos senos que derramarían su leche por mil piteras. Y luego, una vez exterminada la prole de Su Excelencia, los criados la emprenderían con nosotros.

HOMBRES SIN ALMA

En aquel entonces era difícil saberlo. Uno va al cine o al teatro y vive su noche sin pensar en los que ya han cumplido la misma ceremonia.

JULIO CORTÁZAR

Acudí al balneario de Melchinar, no tanto por las propiedades diuréticas que se pregonaban de sus aguas como por el deseo de restaurar mi fama de mujeriego. O quizá lo más acertado fuese relacionar ambos motivos, ya que fue coincidiendo con mis achaques renales cuando mis dotes de seductor comenzaron a ser puestas en entredicho por las lenguas maliciosas. Nunca me he caracterizado por acatar las adversidades con estoicismo (y menos aún si esas adversidades se revisten con los andrajos de la decadencia física), de modo que corrí a consultar al urólogo más prestigioso de la provincia, quien me recetó largas caminatas y una visita al balneario de Melchinar.

Lo de las largas caminatas no lo puse en práctica, pues siempre he sostenido que el deporte es el legado más nefasto de la Hélade y una de las mayores lacras que corroen la sociedad moderna, pero en cuanto al veraneo en Melchinar, decidí gestionarlo en seguida, atraído, sin duda, por esa aureola de pecado y disipación que rodea su balneario (célebre es, por ejemplo, la obsequiosidad de las señoritas que regentan los baños).

De la aureola en cuestión nada quedaba, y sobre las *señoritas*, baste decir que los años no habían transcurrido en balde. Por si esto no fuera suficiente, me hospedé en un hotel que más bien cabría calificar de casa de reposo, tal era la rigidez que presidía sus horarios y la escasa animación que imperaba en sus salones. Tras una semana de estancia en semejante asilo, llegué a la conclusión de que aquél no era terreno abonado para el *flirt*: las únicas mujeres que uno podía encontrar allí eran amas de casa respetables y abnegadas, urracas nada ternes que empleaban sus horas entre la somnolencia y el comadreo sentadas al abrigo de una mesa camilla, pudibundas señoras que hacían de la obesidad y la ramplonería los estandartes de su virtud... En fin, un auténtico erial para quienes adoramos como principal prenda en una dama la frivolidad.

Por supuesto, no me resigné a integrarme en aquel ambiente amuerado y monacal. Todas las tardes, después de la siesta, me enfundaba mi traje de espiguilla, me ataba una corbata al cuello y, convenientemente perfumado, salía a tomar café a una terraza situada en pleno centro de Melchinar. Desde semejante atalaya, uno podía deleitarse en la contemplación de esas mujeres que yo llamo de rompe y rasga, de físico bien amueblado, conscientes de su atractivo, que realzan sus turgencias con vestidos muy ceñidos y estridentes maquillajes. Como el buitre que sobrevuela la carroña, así yo me apostaba estratégicamente en alguna mesa de aquella terraza, y saciaba mis ojos hidrópicos en el panorama de carnes prietas y bamboleantes que desfilaba ante mí.

Pronto comprobé, sin embargo, que me tendría que conformar con mirar, porque catar no iba a

catar nada. Las melchinariegas eran, ya digo, unas féminas de campeonato, pechugonas y tremolantes, pero a la hora de aceptar piropos, preferían los procedentes de hombres apocados, lisonjas pusilánimes de lechuguinos y petimetres, individuos del tres al cuarto, de anatomías enclenques, que, pese a todo, chiflaban a las melchinariegas. Ante tan irracional preferencia, quienes, como yo, gozamos de complexión sanguínea y cintura poderosa (ojo, no me malinterpreten: en ningún momento he dicho que estuviese gordo), teníamos que agachar la testuz y recoger las migajas.

Ahora bien, uno siempre ha presumido de tener su orgullo: más vale honra sin barcos que barcos sin honra. Despechado, consumía las tardes en un continuo deambular por el casco antiguo de Melchinar (¡quién lo diría: un servidor dando paseos sin rumbo fijo, igual que un pato mareado!), sin descartar nunca la posibilidad de una aventura, aunque nada tuviese de galante. Cierta día, en un arranque de osadía, me interné en un dédalo de callejuelas empinadas y tortuosas, de ésas en las que nunca luce el sol y que exhalan un tufillo a humedad y podredumbre inconfundible. Andaba yo absorto, haciéndome cruces de mi inoperancia erótica, cuando descubrí en el dintel de un portal desvencijado un letrero en el que rezaba: *Cinema Ideal*. Me llamó la atención la ausencia de taquilla, que era sustituida por una máquina tragaperras conectada a un torniquete que impedía el paso a los *jetas* de turno. Al lado de esta máquina, en un recodo oscuro, se hallaba la cartelera, anunciando una vetusta película protagonizada por Bela Lugosi, cuyo título, si no recuerdo mal, era *La legión de los hombres sin alma* (*White zombie*, en el original), un título que me remitió a las matinales de la infancia, llenas de escalofríos y persecuciones trepidantes. Consulté el reloj, y viendo que la sesión de las cinco estaba a punto de comenzar, decidí consumir el sopor vespertino en la soledad de aquella recoleta sala de cine: introduje las monedas indicadas en la ranura de la máquina e hice girar el torniquete. Un pasillo angosto y lleno de recovecos se abrió ante mí; la falta de iluminación me obligó a avanzar a trompicones, palpando como un ciego las paredes, que estaban salpicadas de desconchones. Después de un par de minutos de estrecheces que a punto estuvieron de desatar mi claustrofobia, el pasillo desembocó en una especie de vestíbulo, al fondo del cual podían vislumbrarse unas cortinas de un terciopelo ajado por la mugre. Aparté las susodichas cortinas e hice desfilas la mirada —un tanto desaprobatoria— por la geografía de la sala: tratábase de un cine a la antigua usanza, con un techo muy alto, paredes con molduras de escayola, suelo de madera carcomida y abundantes hileras de butacas, cuya uniforme monotonía era alterada de vez en cuando por la presencia de alguna cabeza remolona y sesteante. Avancé con estúpida prevención a través del pasillo central; bajo mis pies, el entarimado gimió con un rumor de intriga gótica. Después de algunas vacilaciones, opté por la fila siete, que no estaba ni muy lejos ni muy cerca de la pantalla. Observé que las butacas estaban forradas con el mismo terciopelo desgastado de las cortinas; en algunos respaldos había desgarrones en la tela, y por ellos se escapaba un amasijo de muelles y borra. Antes de sentarme, eché un último vistazo a la platea, y examiné con extrañeza (por no decir repulsa) los rostros macilentos, casi famélicos, de los asistentes a la función, que a su vez me devolvieron una mirada tímida, envidiosos sin duda de mi lozanía y apostura. En la misma fila que yo, un par de butacas a la izquierda, estaba sentado un hombre mal entrazado, cuyo aspecto externo en poco difería del resto de la concurrencia: gesto apocado y cobarde, piel mustia, facciones escurridas, cuerpo enteco y un atuendo decididamente desfasado. Contemplé con desdén aquella figura desgarrada y luego desvié la mirada, ignorando su cercanía. Faltaban apenas diez minutos para el inicio de la película, cuando mi compañero de fila carraspeó y, con voz trémula, me dijo:

—Buenas tardes, caballero.

No supe si atribuir aquel saludo a la buena educación o, por el contrario, a la impertinencia del desconocido. Ante semejante dilema, le respondí con un escueto *buenas tardes* mascullado entre dientes (lo cual lo convertía en un gruñido), con el propósito de estrangular, ya desde la raíz, una hipotética conversación para la cual me faltaban ánimos. El desconocido, sin embargo, fingió no haber reparado en mi renuencia, y, después de carraspear por tres veces consecutivas (tanto ejem- ejem comenzaba a soliviantarme), se dirigió de nuevo a mí, ahora con un atrevimiento que rayaba en la insolencia.

—A juzgar por su aspecto, apostaría mi honor a que es su primera visita a este cine —farfulló

con una voz como de ultratumba.

A juzgar por su aspecto: aquel ser insignificante me había tocado la fibra sensible, me estaba llamando *gordo*. A veces me sorprende la incapacidad de la gente para distinguir la gordura de un físico poderoso y castigador. Ante tamaña falta de delicadeza, reaccioné con la contundencia propia de un hombre de mi talante:

—¿Aspecto? ¿A qué se refiere con eso del aspecto? ¿No estará usted insinuando que me sobran carnes? —escupí, procurando dominar la ira.

El semblante de mi interlocutor se demudó (su palidez, ya de por sí morbosa, se tornó cadavérica); tras algún titubeo, acertó a enhebrar una excusa servil que yo acepté con reticencias. A continuación, para aplacar mis ímpetus, el desconocido aduló mi anatomía y procedió a las presentaciones: se apellidaba, si la memoria no me engaña, Salazar. Con infinita repugnancia, descubrí que el cuello de su camisa podría haber albergado dos pescuezos como el suyo, de tan escuálido y gallináceo como era; especial repeluzno me causó la nuez, que con movimientos espasmódicos parecía querer romper la capa de piel que la recubría.

—Verá —la cháchara de Salazar ya comenzaba a abrumarme—: cuando me refería a su aspecto no pretendía (libreme Dios) cebarme en su gordura, por otra parte inexistente, sino en la robustez y gallardía de su cuerpo, que, como ya se habrá percatado, en muy poco se parece al mío, escuchimizado y reducido a lo imprescindible...

—Precisamente me ha quitado la palabra de la boca —lo interrumpí con crueldad—: con esa facha que usted tiene no se va a jalar un roscó.

Salazar acogió mi comentario con expresión patética, próxima al gimoteo, en un claro intento de moverme a la conmiseración. Yo, por supuesto, no me dejé embaucar. La charla de Salazar, hasta entonces ampulosa y barroca, cobró inopinadamente un tono intimista y confidencial, nada forzado, por otra parte.

—Si usted supiera, amigo mío, la tragedia que arrastro... ¿Sabe? Hace apenas un mes yo era un varón cabal y rompedor, el capricho de las nenas, para que usted me entienda. Entonces (maldita sea) se me ocurrió meterme en esta sala de cine para descansar del asedio femenino: seguro que la razón que lo ha impulsado a entrar es la misma, ¿verdad? —Vagamente, asentí, un tanto hipócrita—. Pues fíjese bien: la primera vez que vi la película no encontré en ella nada de particular; ya sabe a lo que me refiero: la típica historia de muertos vivientes, con una hueste de zombis irrisorios comandada por el inefable Bela Lugosi. Había, no obstante, algo alarmante, no sé cómo explicarlo, un elemento que provocaba mi desasosiego: los zombis en cuestión vagaban a sus anchas por la pantalla, y, de vez en cuando, sin venir a cuento, dirigían sus miradas a la cámara, unas miradas, oh señor, obsesivas y sin un solo parpadeo, que tenían algo de estremecedor, de obsceno incluso, si usted me permite la palabra. Yo, al principio, me lo tomé a chirigota, y pensé que todo sería por culpa de los actores, por su afán de protagonismo o sus nulas dotes interpretativas. Pero no, había algo más; esto lo fui descubriendo en sesiones sucesivas: aquella legión de hombres sin alma que da título a la película no miraba a la cámara por un mero defecto de sobreactuación, había un atisbo de urgencia, una llamada perentoria en el brillo opaco de sus pupilas. Los devaneos de la carne dejaron de interesarme, me desligué de todo compromiso amatorio y me consagré en cuerpo y alma a indagar el misterio de esas miradas: todas las tardes encaminaba mis pasos hasta esta callejuela recóndita, introducía en la máquina de la entrada las monedas de rigor y me sentaba, ansioso de que apagarán las luces y comenzase la función, para contemplar la mirada entre desesperada y apremiante de aquellos hombres sin alma, que atravesaba la pantalla y se remansaba en el aire, como una especie de mensaje en clave que sólo a mí correspondía descifrar. Jamás me ocupé de hallar una razón a la ausencia de acomodadores: la idea fantasiosa de un cine que funcionase por sí solo, sin el gobierno de una mano humana, contribuía a acrecentar el enigma. Sí me preocupé, en cambio, por investigar si el resto de espectadores (que, sospechosamente, eran siempre los mismos) sentían idénticas impresiones que yo. No tardé en descubrir que, en efecto, todos obedecíamos a un mismo impulso: el embrujo que irradiaban desde la pantalla aquellos ojos. Pronto surgió entre nosotros la complicidad, esa camaradería pacífica y soterrada de aquéllos a quienes une un destino ignoto o incierto, pero fatal, en cualquier caso. Los días se sucedían, y las miradas de los zombis

eran cada vez más lastimeras, parecían exigir de nosotros algo más que una mera actitud pasiva. Llegó, incluso, el momento en que las escenas de la película cambiaban, como por arte de magia, en detrimento de la acción: ahora, más de la mitad del metraje estaba reservado a las miradas insidiosas y como hipnotizantes de los muertos vivientes. Al final de la proyección, los adeptos nos reuníamos en brumoso conciliábulo y llegábamos a la conclusión de que había algo ominoso en esas miradas, algo sobrenatural y turbador que impedía que nos mantuviésemos al margen, implicándonos con todas las consecuencias. Más o menos por aquella época comenzamos a enflaquecer: alguien se atrevió a formular la hipótesis de que esas miradas tenaces nos erosionaban poco a poco, casi imperceptiblemente, sustrayéndonos células, absorbiéndonos el alma... La hipótesis quedó en el aire: nadie se atrevió a suscribirla, pero, desde luego, no cayó en saco roto. La experiencia personal de cada uno nos demostraba que, por mucho que engulléramos, no lográbamos recuperar el peso perdido. Este recelo fue convirtiéndose, con el decurso del tiempo, en sensación física: aquel adelgazamiento progresivo no podía deberse a otra razón que al embrujo de las miradas. Un impulso masoquista nos empujaba, a pesar de nuestros recelos, a seguir asistiendo, con inquebrantable asiduidad, a nuestra cita. El terror fue instalándose entre nosotros como un compañero más; cierto día, se produjo la primera baja: Arozamena, un hombrecillo insignificante que trabajaba de contable en una fábrica de fajas y sostenes, pereció ante la mirada alevosa e insistente de los zombis. Pero no se crea que permaneció exánime en su butaca hasta el final de la película, no señor: su cuerpo (desprovisto ya de alma) fue transportado al otro lado de la pantalla, y sin previo aviso, apareció ante nuestros ojos incrédulos, acompañando en su vagar a los demás zombis, con esa mirada extraviada y demente que tanto nos fascina y atemoriza a todos. Pero espere, que ahí no concluyeron los prodigios: Arozamena fue el pionero, la primera víctima de una larga cadena de inexplicables tránsitos y deserciones: a él lo siguieron Mendoza, Morán y Bernaola, a una media de uno por día. No descartaría la posibilidad de que hoy me correspondiese a mí desaparecer; en cualquier caso, acato mi destino con docilidad: después de todo, quizá sea mas reparador incorporarme a las hordas de zombis, vivir al otro lado de la pantalla, que consumirme aquí, en el mundo de los mortales, sin ningún asidero al que poder aferrarme para no ser devorado por este torbellino de pesadillas. Créame, amigo mío: aléjese de aquí, ahora que todavía puede permitirse ese lujo; retorne a la normalidad, si es que aún le resta cordura. Márchese, si no quiere convertirse en un hombre sin alma...

Salazar cortó abruptamente su monólogo, porque acababan de apagar las luces, y la pantalla ya se iluminaba con los títulos de crédito de la película en cuestión. Como no podía ser de otro modo, me tomé a broma aquellas fantasiosas revelaciones, incubadas en largas horas de soledad y borrachera. No era Salazar el primer enajenado que se aprovechaba vilmente de mi receptividad para encajarme una charla metafísica o una trivial chifladura, que para el caso vienen a ser lo mismo. Haciendo caso omiso de sus consejos, me retapé en mi butaca y me dispuse a rememorar los ya remotos paisajes de la infancia, cuando el candor y la sencillez de espíritu me permitían disfrutar de películas como aquélla, que hacen de la escasez de presupuesto su más destacable cualidad. A mi lado, Salazar se removía inquieto en su butaca y resoplaba nervioso, o bien comenzaba a jaderar, en una extraña parodia del acto sexual. En más de una ocasión, estuve a punto de llamarlo al orden, tachándolo de informal y reprimido, pero preferí abstenerme, pues la experiencia me ha demostrado que los reproches enojan a los locos, y de todos es sabido que no existe loco más peligroso que un loco enojado. Así pues, no sin antes expresar mi desagrado ante lo que consideraba un ultraje, me resigné a ver la película con el murmullo de fondo de Salazar. *La legión de los hombres sin alma* (*White zombie*, en el original) no defraudó mis expectativas, ni tampoco las rebasó: tratábase del típico producto de serie B, con algunos ribetes de lirismo, realizado para mayor gloria del actor húngaro Bela Lugosi, especializado en caracterizaciones truculentas y terroríficas: la intensidad de sus ademanes, la pétrea configuración de su fisonomía, las resonancias metálicas que enturbian su acento lo convierten en un villano sólo comparable al ilustre Vincent Price. Por lo demás, la trama de la película era bastante convencional: una pareja de enamorados llega a Haití, donde se topa con un enigmático personaje (el mencionado Lugosi), ataviado con un sombrero de ala ancha y una capa de hechura española, al que sigue un grupo de

mueritos vivientes que lo obedecen en todo. Bela Lugosi es inventor de un método a través del cual se adueña del alma de sus víctimas (un método, por cierto, de lo más rudimentario, consistente en entrelazar los dedos de las manos y en poner cara de pocos amigos) y no tarda en enamorarse de la joven recién llegada. Valiéndose de diabólicas artimañas, le sustrae el alma, pero al final su prometido logra salvarla de las garras del malvado personaje. Cada cinco minutos, aproximadamente, hacían acto de presencia una patrulla de zombis que, tal como me había indicado Salazar, dirigían su mirada al objetivo de la cámara, más que por exigencias del guión, por un afán mal encubierto de que el espectador se fijase en ellos. A mí, en concreto, cada vez que aparecían en pantalla, la risa me rebullía en las tripas (forma más anárquica de interpretación era difícil imaginársela), justo lo contrario que le ocurría a Salazar, que se encogía en su butaca, sudoroso y trémulo, con los ojos desorbitados y santiguándose, a la vez que musitaba una letanía o un exorcismo. Francamente mosqueado, le ordené que se callara en un par de ocasiones, pero con ello sólo conseguí acrecentar su nerviosismo.

—¿Pero es que no se da cuenta, alma de cántaro? —me reprendía, sofocado y descompuesto, colgándose de las solapas de mi chaqueta—. Ése de la izquierda, el que ahora nos está clavando sus pupilas, es el infausto Arozamena, de quien antes le hablé, y el de más allá, Bernaola.

Harto de soportar tantas memeces, aparté de un manotazo a Salazar, que ya se me antojaba un fardo lleno de huesos, y, abandonando mi butaca, me senté un par de filas más atrás. No dudé en calificar esta maniobra de milagrosa, ya que Salazar, al no tener a quién acudir, interrumpió sus gimoteos, y durante el clímax final de la película (en el que las apariciones de los zombis se multiplicaban) guardó el mas riguroso mutismo. Una vez concluida la proyección, cuando se encendieron de nuevo las luces de la sala, me incorporé de la butaca, dispuesto a sermonear a Salazar por su falta de compostura. Figúrense mi sorpresa al comprobar que su butaca estaba vacía, aunque el terciopelo (todavía caliente) conservase la huella de sus posaderas. Lo llamé con cierto apremio, incitándolo a que saliese de su escondite, pero no obtuve respuesta.

—Es usted un tipejo indeseable —lo insulté, descargando la mala leche contenida durante la hora y media que había durado la película.

El resto de espectadores escucharon mis denuestos como quien oye llover y desfilaron ante mí, arrastrando las plantas de los pies por el quejumbroso entarimado. Pese a la satisfacción que me reportó el desahogo de los insultos, no pude evitar que mi rostro se ensombreciera, ya que mi barriga (perdón, quiero decir, mi zona abdominal) había perdido volumen. Reprimiendo un escalofrío, casi a hurtadillas, me apreté el cinturón un poco más, para sujetar los pantalones, que amenazaban con dejarme en la estacada.

* * *

Al día siguiente volví al *Cinema Ideal*, no porque ningún oscuro magnetismo me lo exigiese, sino más bien porque, una vez más, mis requiebros fueron ignorados por las melchinariegas, cuya fatuidad no conoce límites. Detesto las moralejas, así que procuraré que el final de mi relato no adolezca de ese vicio aleccionador; mi propósito —humilde propósito— será dotarlo de un epílogo más o menos convincente. Pues bien, como les iba diciendo, volví al día siguiente al *Cinema Ideal*: seguían poniendo *La legión de los hombres sin alma*, y el aspecto de la platea continuaba siendo el mismo: amplias zonas desiertas, con alguna que otra coronilla asomando tras los respaldos de las butacas. Los espectadores se caracterizaban (en esto no habían cambiado) por su extremada delgadez, eran vivas reproducciones del cretino de Salazar, a quien, por cierto, no distinguí entre la escasa concurrencia. Las luces se apagaron y la película comenzó: de nuevo la pareja de enamorados llegando a Haití, de nuevo la apoteosis de Bela Lugosi, con su muestrario de muecas y gestos desternillantes; acto seguido, irrumpieron los zombis lanzando miradas intempestivas a la cámara. De repente —imágenes mi estupor—, la figura de Salazar surgió en la pantalla como por arte de ensalmo, crucificándose con su mirada despiadada y acusadora. Intenté huir de la sala, pero

el pavor me impidió realizar el más mínimo movimiento: eso sí, sudé copiosamente, y mi respiración fue cobrando herrumbre y dramatismo, hasta devenir acezante: cualquiera que me hubiese escuchado, habría pensado mal de mí. Cuando concluyó la proyección, noté que, al igual que el día anterior, los pantalones me quedaban flojos, y sentí una extraña sensación de vacío a la altura del pecho, como si alguien me estuviese arrebatando un pedazo de alma. De regreso a la habitación del hotel, corrí a reflejarme en el espejo del lavabo: mi tez había perdido sus tonalidades sonrosadas, hasta adquirir una enfermiza transparencia, y mis facciones comenzaban a revestirse con esa exaltación propia de los visionarios. Soy consciente del porvenir que me aguarda, y quizá por ello acudo cada tarde al *Cinema Ideal* con entereza y estoicismo, a la espera de que *ellos* me reclamen al otro lado de la pantalla. Mientras tanto, aprovecho mi irreversible proceso de adelgazamiento (y que conste que jamás he estado gordo) para imponer mis encantos a las esquivas melchinariegas. Es curioso constatar cómo estas mujeres, que desdénaron al macho ibérico que era yo hasta hace bien poco, se desviven ahora por el chisgarabís raquíptico y sin agallas en que me veo convertido, entregándose por entero su honestidad, o lo que de ella reste, si es que resta algo. Cualquiera día de éstos, valiéndome de mis argucias de embaucador, las llevaré al *Cinema Ideal*, para que vean *La legión de los hombres sin alma*: ¿qué mejor venganza para unas mujeres veleidosas, sin el menor asomo de criterios estéticos?

EL SILENCIO DEL PATINADOR

Siempre pensé que el misterio era negro. Hoy me encontré con un misterio blanco. Uno se encontraba envuelto en él y no le importaba nada más.

FELISBERTO HERNÁNDEZ

En un rincón del ropero, semiocultos entre jerséis arrebujaos, se hallaban los patines, silenciosos de acero y velocidad. Los patines tenían un no sé qué de prótesis metálica, como unos zapatos inventados para prolongar el baile de un bailarín tullido. Brillaban en la oscuridad con un brillo engreído que me recordaba el charol o la chapa reluciente de un automóvil. Por su forma de escarabajo, me recordaban también a esos cochecitos de feria que evolucionan torpemente en una pista exigua y se dan topetazos entre sí, para hilaridad o desesperación de quienes los conducen. (Yo, de pequeño, solía patinar sobre la superficie helada de los estanques, y me chocaba adrede con las niñas, sólo por sentir el sudor impúber de sus cuerpos o envolverme en la tibieza interminable de sus bufandas). Camuflados entre la ropa, los patines asomaban sus punteras metálicas en un calambre de inminencia, como espadas prestas a iniciar su esgrima. A eso de las seis, cuando comenzó a clarear, me levanté de la cama (el somier delataba mi deserción con quejidos de amante despechada) y avancé de puntillas hacia el ropero. Mamá se removía inquieta debajo de las sábanas; su cara, cubierta por algún potingue del color de los gargajos, parecía una máscara de arcilla puesta a secar. Me fastidiaba que mamá siguiera durmiendo conmigo (sobre todo porque roncaba), pero jamás me atreví a censurar su excesivo celo, más que nada por evitarme el mal trago de sus depresiones y lloriqueos. Abrí las puertas del ropero, ensordeciendo el chirrido de las bisagras con un concierto de carraspeos; en su interior, había un espejo de luna, enturbiado de suciedad y herrumbre, que me mostró el reflejo pusilánime de un espantapájaros con alopecia. Al principio, me sobresalté, pensando que algún intruso hubiese utilizado el refugio del ropero para pernoctar (el corazón, entonces, se me aceleró con un palpar de jilguero agonizante), pero enseguida me recompuse y caí en la cuenta de que aquella imagen era mi propio reflejo, adelgazado por la clandestinidad nocturna y el ayuno involuntario. Mamá comenzó a rezongar incongruencias entre sueños; saqué del ropero los patines (las ruedas tenían un aspecto apetitoso, como de caramelo, a la luz dudosa del amanecer), procurando hacer el menor ruido posible, y me los calcé con un temblor casi sacramental. El metal brillaba en la penumbra con un escalofrío de navaja abierta, y transmitía a mis pies desnudos un mensaje de beligerancia y austeridad. Mamá, desde la otra orilla del sueño, pronunciaba balbuceos ininteligibles, y daba vueltas de campana sobre el colchón, restregando el potingue facial en la almohada, que se llenó de grumos verduscos como flemas. El aviso de una náusea me recorrió las tripas en zigzag, hasta aposentarse en la bolsa del estómago. Abandoné la habitación con todo el sigilo que me permitían los patines y me deslicé por los pasillos aún dormidos de la casa, que tenían una soledad de museo, espesa y quizás algo funeraria. El tictac de algún reloj inexistente añadía al silencio un prestigio pendular y mitológico; bajo su auspicio, parecía como si los muebles suspiraran o hasta se permitieran el lujo de bostezar. Quitó el tranco a

la puerta de la calle, giré el picaporte (había días en que el picaporte estaba de mal talante y me ofrecía resistencia; otros, en cambio, se hacía dúctil y manejable, al estilo de un viejo camarada) y salí a la avenida desierta. Las escaleras del porche entrañaban una cierta dificultad, porque las ruedecitas de los patines se atrancaban en el borde saledizo de cada peldaño y me obligaban a improvisar acrobacias circenses. La avenida, recién regada por el camión del Ayuntamiento, me ofrecía la alfombra infinita del asfalto. Inicié mis ejercicios diarios de patinaje con un entusiasmo exento de cursilería, aspirando el aroma del asfalto mojado, escuchando el susurro que producían las ruedecitas al deslizarse sobre aquella superficie rugosa. Un leve cosquilleo se transmitía a través de mis pies descalzos, subía por la cara interna de las pantorrillas y se aposentaba entre los muslos, como una caricia grata y remotamente sexual. Patinaba sin apremios ni desazones, con ese virtuosismo sereno del compositor que juguetea ante el piano, tejiendo acordes o recorriendo el teclado sin otra pretensión que la meramente lúdica. Muy de vez en cuando (nunca me gustaron los alardes exhibicionistas) trazaba en el aire un tirabuzón, o me recreaba en el llamado «baile de la peonza», que consiste en girar sobre el propio eje del cuerpo con un solo pie de apoyo, un frenesí de vueltas giratorias que me emborrachaba el alma y me hacía sentir gaviota, asteroide, catequista con visiones seráficas, yo qué sé cuántas cosas. Siempre había algún barrendero que asistía a mis evoluciones con una mezcla de perplejidad y escándalo, o alguna señora entrada en años que acudía a misa de siete y que, sin reparar en la gracia musical de mi arte, me increpaba por salir a la calle en pijama. Yo seguía a lo mío, avenida adelante, infringiendo semáforos, atentando contra las normas de tráfico, venga a pisar la línea continua, venga a invadir el carril de la izquierda, saboreando el manjar de la impunidad. De pronto, comenzaban a desfilar los primeros camiones, aquel infierno de cláxones y gasolina quemada, y había que cederles el sitio. Los patines me transportaban, de regreso a casa, esta vez por la acera, tableteando al atravesar las juntas de los baldosines: el avance, más lento debido al obstáculo de las juntas, tenía, sin embargo, el placer añadido de la demora, ese regusto ferroviario del traqueteo. Entre mis patines y yo se había entablado esa complicidad resignada y entrañable que generan la convivencia marital y los tumores benignos (para quien los sobrelleva, cuando sabe que hay otros que han incurrido en el lenocinio o el cáncer). Los patines me aureolaban y fortalecían, me proporcionaban el consuelo que nadie jamás me había brindado; en una palabra: me hacían sentir importante, e incluso vagamente humano.

Volví justo cuando la mañana emergía con un rumor de actividad prematura. La casa, todavía en silencio, parecía una oreja inmensa recogiendo los ruidos callejeros y regurgitándolos con una sequedad abrupta, como un cañón que lanza andanadas sin una estrategia previa. Mamá fingía dormir, pero abría un ojo intermitentemente y me espiaba a través de él, un ojo espantoso, como de besugo que se pudre en un banasto; un ojo que, además, reflejaba la luz que ya se filtraba por entre las rendijas de la persiana, adquiriendo una esfericidad vidriosa. Tanto disimulo me enojaba por varias razones: a) me fastidiaba sentirme vigilado; b) el fingimiento ni siquiera tenía visos de verosimilitud; y c) sabía de sobra que mamá llevaba un rato despierta, pues no había resistido la tentación de hacerme la cama con esa meticulosidad que la caracterizaba.

—Huy, hijo, pero si ya te has levantado. No me había dado cuenta.

Lo dijo con una ingenuidad que sonaba falsa, algo alevosa incluso, como una moneda de hojalata. Yo le contesté alguna vaguedad y saqué del ropero mi viejo traje de franela gris, compañero de tantos sinsabores. Mamá se limpiaba con el camisón los restos del potingue facial; tenía el cabello totalmente despeinado, y por debajo de las greñas le asomaba el cuero cabelludo, una piel granulosa, salpicada de puntitos negros, que me recordó un ala de pollo después de ser chamuscada en el fuego. Reprimí un gesto de repulsa.

—Para otra vez, cuando te despiertes, avísame, para que te vaya calentando la leche.

Cabeceé maquinalmente, en señal de asentimiento, procurando acallar mis instintos matricidas. Mamá apartó de un empujón las sábanas y desapareció, rumbo a la cocina. Tenía andares de gallina clueca, con el culo abultado y prominente y los pies demorándose en su recorrido por el aire antes de posarse en el suelo. Dejaba siempre en las sábanas un amasijo de suciedad, una especie de légamo producido por sus pasiones, el rastro inequívoco de una reyerta consigo misma. Me metí en el lavabo y me expuse a la inclemencia de los grifos, con la esperanza un tanto ilusoria de aliviar la

repugnancia. El agua me mojó el cuello de la camisa, poniendo sobre mi piel una soga líquida, una guillotina de humedad que me acompañaría durante horas. La toalla con que me sequé olía a algas fermentadas, y tenía, distribuidas por doquier, manchas viscosas y negruzcas, como si hubiese albergado a una familia de renacuajos.

—Ven a la cocina, hijo, no me dejes sola.

Mamá había llenado un cazo de leche y lo había puesto a calentar, mientras se pintaba las uñas con un esmalte carmesí. Empapaba el pincelito en el frasco y luego se lo pasaba por aquellas uñas astilladas con mucho cuidado de no rebasar la cutícula. Mamá se pintaba las uñas con una minuciosidad artística, apartando cada poco la mano para dominar su labor desde perspectivas distintas, como quien pinta un paisaje romántico o esculpe —ay— un desnudo de mujer. Cuando concluyó, extendió las manos a la altura de la cara, con los dedos muy separados, para que se le secara el esmalte. A juzgar por su ademán, parecía estar diciendo: «A mí, que me registren». Pero ni siquiera el policía más envilecido y concupiscente se hubiese tomado la molestia de registrarla.

—Por cierto, se me olvidaba; ayer recibiste una carta.

Los pies me pesaban mucho, allá al final de las piernas, nostálgicos de los patines. Mamá metió la punta del dedo meñique en el cazo de la leche (lo justo para sumergir la uña recién pintada en el líquido que yo tendría que ingerir) y comprobó su temperatura. El esmalte carmesí, todavía fresco, se desleía y trazaba una estela temblorosa sobre la superficie blanca, algo así como una mancha de acuarela diluyéndose en el agua. Cuando mamá retiró el dedo meñique, el rastro del esmalte ya se había mezclado con la leche en una simbiosis perfecta, otorgándole cierta tonalidad rosácea. Mamá se chupó el dedo meñique con labios golosos; un churretón de esmalte le ensució las comisuras.

—Estuve a punto de tirarla a la basura, pensando que sería propaganda. Se salvó de chiripa.

Mamá vertió el contenido del cazo en una taza de loza inglesa que ilustraba la consabida escena cinegética. Me tomé de un solo trago el brebaje, que tenía un sabor a barniz para muebles no del todo desagradable. Imaginé las paredes de mis intestinos barnizadas por el esmalte de uñas de mamá. No había servilleta para limpiarse, así que tuve que relamerme. Mamá me tendió un sobre rasgado (nunca se privaba de husmear mi correspondencia) y oscurecido por algún que otro lamparón de grasa. En el interior, había una cuartilla doblada por la mitad y escrita con tinta verde, lo cual denotaba extravagancia o infantilismo. Comencé a leer aquella letra ojival que me traía el sabor añejo del pasado, la luz cobriza de atardeceres dispendiados entre risas y deportivos retozos. Noté una extraña sensación, como si a mis pies, de repente, les hubiesen brotado sendos patines, y una súbita propensión a la fraternidad. Había reconocido la letra de Silvia, mi novia del bachillerato, aquella muchachita morena, casi agitanada, que cierto día desmoronó mis aspiraciones más honestas anunciándome su boda con un biólogo marino de brillante porvenir. Lloré comedidamente, sin rebasar los límites que impone el decoro. Con una mezcla mal asumida de orgullo y ternura, deduje que Silvia seguía acordándose de mí, a pesar de los años transcurridos —quince— y las múltiples expediciones de su marido, cada vez más afanoso por emular a Jacques-Yves Cousteau. Con frases trémulas y tinta verde (una sabia combinación), Silvia me proponía una cita en el bar favorito de nuestra adolescencia, al mediodía (consulté el reloj: apenas me quedaban cuatro horas para los preparativos), aprovechando una ausencia de su marido, siempre tan ocupado en investigaciones oceanográficas. Silvia firmaba con una caligrafía enrevesada, como de poetisa tuberculosa. Suspiré con una flojera retrospectiva, pero el suspiro se me quedó pegado al velo del paladar, en aquella piel tan frágil, recién esmaltada. Mamá me contemplaba con celos también retrospectivos, deseosa de inmiscuirse en el coto de mi pasado sentimental, ese coto de renunciadas y castidad. Al fin escupió:

—Por supuesto, no acudirás a esa cita. Menuda pelandusca, la Silvia de marras.

El esmalte de uñas me acorazaba por dentro de valor y rebeldía, me hacía recuperar aquel ardor juvenil que ya creía irremisiblemente perdido. Me reí de mamá delante de sus narices, apartando todo vestigio de amor filial; me ensañé, incluso, prolongando mis carcajadas hasta el agarrotamiento de la mandíbula. Mis pies, aunque oprimidos en la celda de los zapatos, se movían con una libertad de cisnes, con esa gimnasia grácil de los espíritus hermafroditas. Mis pies, mis queridos pies, nacidos con una vocación celeste.

—Te equivocas, mamá. Por supuesto que acudiré a la cita.

A las once y media de la mañana ya me hallaba apostado en la terraza del bar que propiciaría nuestro encuentro. Los veladores, de un mármol desportillado en los bordes, no invitaban a apoyar los codos: sobre la superficie blanca aparecían diseminados, como un sistema planetario sin leyes gravitatorias, redondeles pegajosos que delataban la existencia previa de vasos y botellas rebosantes de licor. Del interior del bar brotaba una música delirante y reiterativa, muy diferente de aquellas canciones del Dúo Dinámico que perfumaron mi juventud. Una mujer rebosante de gestos y opulencia se me quedó mirando como ensimismada; algo incómodo, me remejé en el asiento y le volví la espalda.

—¡Pero es que ya no me conoces! ¿Tanto he cambiado en estos años?

Hice un amago de sonrisa, esa solución bobalicona que adoptan quienes escuchan un chiste sin alcanzar su significado. Aquella mujer me ofrecía la inminencia rotunda de sus senos, una cintura recia, unas caderas nutritivas y avasalladoras. Se agachó para besarme, y su melena me nubló la vista como el ala de un pajarraco. Llevaba un vestido de tirantes muy ceñido que le dejaba al descubierto unos sobacos intonsos y algo sudorosillos. Admiré el desparpajo de la desconocida, la absoluta naturalidad con que suplantaba a Silvia. Opté por el cinismo:

—Pues claro que te conozco. Por ti no pasan los años.

Aquella Silvia transformada parecía no inmutarse. Se sentó a mi lado, y colocó sobre el mármol del velador la presencia grávida de sus senos, como una Santa Águeda presta al martirio. Examiné su exuberancia inverosímil, en abierta contradicción con mis recuerdos, que me brindaban la imagen de una Silvia flacucha, de una delgadez enfermiza. La Silvia actual, hábil impostora de la mujer tantas veces convocada por la nostalgia, cruzó las piernas con una prontitud feroz, mostrando por una fracción de segundo un fragmento de pubis intonso, más intonso todavía que los sobacos. Aquello atentaba contra las normas más elementales del pudor. Aprovechando mi desconcierto, la impostora me abrumó con un torrente de palabras, una verborrea sin pausas ni inflexiones que llegó a marearme. Un camarero de perfil desvaído interrumpió su cháchara.

—Yo tomaré un café bien cargado. ¿Y tú?

Pedí —más bien farfullé— que me trajeran una gaseosa. El camarero limpió con una bayeta húmeda la superficie del velador; pude comprobar que los redondeles de licor ignoraban aquellas pretensiones higiénicas tan poco convincentes. La impostora reanudó su monólogo; tenía una dentadura demasiado impoluta, parecida al teclado de un clavicordio. Unos labios sensuales, carnosos como filetes, enmarcaban aquella lengua parlanchina y servían de soporte a la dentadura, que encubría un mensaje de voracidad. Silvia —aquella Silvia apócrifa— exhalaba (todo hay que decirlo) un olor divino, fruto de los sofocos del verano, que se dispersaba en vaharadas y que yo me encargaba de aspirar profundamente, con gran aparato de aletas de nariz y tórax. El olor de una gata en celo.

—¿Qué tienes? ¿Problemas de sinusitis? —se informó, no sé si con intención burlesca, pero en cualquier caso consciente de las alteraciones que sus efluvios provocaban en mi organismo.

El camarero nos trajo la tacita de café y el vaso de gaseosa. La impostora se colocaba el mapamundi de los senos en el reducido espacio del escote. Cruzaba y descruzaba las piernas con una agilidad que sólo poseen las desbragadas y los trapeceistas. Quizá se estuviese riendo de mí. Sí, no cabía la menor duda. La impostora comenzó a mordisquearse el dedo pulgar y a entornar los ojos. Se estaba fijando en las entrepiernas de mis pantalones, más desgastadas de lo debido. Se estaba burlando de mis pantalones de franela gris, zurcidos y remendados en las entrepiernas, rozados en los bajos, casi transparentes a la altura de las rodillas. Pero yo no poseía más pantalones que aquéllos. Eran el estandarte de mi pobreza, lo sabía, pero la pobreza hay que sobrellevarla con distinción, con cierto orgullo de clase, si no queremos coquetear con el suicidio, esa forma de claudicación. Silvia seguía jugueteando con su dedo pulgar, con el tejemaneje de sus piernas, con aquel fragmento intonso de su anatomía que se atisbaba allá al fondo, equidistante de los sobacos. Me sentí, de repente, irremediablemente tosco, un ser aislado sin posibilidades de ingresar en sociedad. Sabía que ella trataba de molestarme con una finalidad desconocida; sabía que me despreciaba, igual que otras mujeres me habían despreciado con anterioridad, al reparar en mi vestimenta. Pero

yo no iba a consentir que siguieran mofándose de mí. A la crueldad deliberada de las mujeres había que responder con otra forma de crueldad que no desdijese la grosería:

—¿Es que no tienes otro sitio al que mirar? ¿Tanto te gusta mi paquete?

Silvia desvió los ojos hacia su taza de café y comenzó a lanzar terrones de azúcar en su interior a troche y moche, sin sentido de la medida: uno, dos, tres, así hasta siete. En un santiamén, había convertido la infusión en una papilla. Al arrojar los terrones, algunas gotas de café se habían derramado sobre el platillo, dibujando un charquito alrededor de la taza. Silvia la cogió por el asa, engarabitando el dedo meñique (también se pintaba las uñas con un esmalte carmesí, igual que mamá), y se la llevó a los labios. El charquito marrón del plato, que antes circundaba el culo de la taza, se iba extendiendo igual que un magma fluyente, dibujando formas caprichosas sobre la loza blanca. Con ruborosa satisfacción, rememoré aquel remoto juego de la infancia, consistente en descifrar faunas mitológicas en los borrones de tinta. Entre el cuerpo pechugón de Silvia y mi propio cuerpo se abría un hueco de mármol silencioso que mi imaginación llenó con el cadáver de un Cupido ultrajado por los gusanos. Los senos de Silvia oscilaban con una leve indignación que anticipaba el llanto. ¿Por qué no desencadenar ese llanto?

—Hay que ver lo tetuda que te has puesto. ¿No habrás recurrido a la silicona?

En el aire flotaba una fragancia primaveral que, sumada al olor que exhalaba el cuerpo de Silvia, teñía la mañana con un ramalazo de amor urgente y prostibulario. Cuando Silvia apartó la taza de la boca (lo hizo saboreando la pócima, con el deleite de los muy cafeteros), noté que el azúcar —unos ribetes de azúcar semi-derretido— se le había agolpado en los contornos de los labios, formando una costra que les añadía un volumen viscoso. Silvia (¿he dicho Silvia?) tenía la tez morena, como si se la hubiese frotado con aceitunas (pero a lo mejor también dormía con emplastos, igual que mamá). Se abrió un silencio violento, redimido tan sólo por el gas de mi gaseosa, que comenzaba a disiparse. Me hubiese gustado metamorfosearme en una burbuja de aire, explotar (o mejor aún: deshincharme) y disgregarme en átomos de luz. Añoré la compañía de mis patines, ese paraíso de vértigo y sublimación. Mi deseo de provocar situaciones raras era incontenible:

—Vamos, ¿por qué no me contestas, rica? ¿Te las inflaste con silicona, a que sí? —Y luego añadí, definitivamente instaurado en el reino de la zafiedad—: Y los sobacos, ¿por qué no te los depilas? Respóndeme, coño. Y el ir desbragada, ¿a qué se debe? ¿Desde cuándo ese afán por airear tus intimidades?

Silvia permanecía petrificada, incapaz de asimilar tal avalancha de exabruptos. Sus piernas dejaron de cruzarse y descruzarse, y se cerraron con un chasquido de tenazas. Aunque estuvo a punto de desvanecerse, recuperó al fin la compostura y me dirigió una mirada incendiaria. La costra de azúcar de los labios incorporaba a sus palabras una furia de doncella afrentada.

—Serás asqueroso —me insultó.

Se marchó sin pagar (las mujeres siempre hallan una excusa para el gorroneo), chocándose con las sillas, con los veladores, con el camarero que distribuía refrescos entre la clientela. Moje distraídamente las yemas de los dedos en el café de Silvia: tenía una textura apelmazada y terrosa. Como no había servilletas para limpiarse, me restregué la mano en los fondillos del pantalón.

—Por favor, señores, despejen la calzada. Súbanse a la acera.

Una pareja de policías se abrió paso a codazos, intentando contener los ímpetus de una multitud enfervorizada que se arracimaba en derredor, portadora de pancartas adulatorias y banderines con el blasón del municipio. Recordé que era el día elegido por nuestro candidato electo a la alcaldía para celebrar su triunfo con un desfile de carrozas y bandas musicales. El encuentro con Silvia (¿he dicho Silvia?) había despertado en mí ciertas libidinosidades que ya creía enterradas: aprovechando el desconcierto de la multitud, me fingí víctima de un zarandeo y me desplomé sobre unos cuantos bultos que consideré a primera vista (la clandestinidad de la acción no aconsejaba un criterio demasiado selectivo) idóneos para saciar mis necesidades más perentorias. La calle se llenó con un estruendo de trompetería; el confeti y las serpentinas de papel me devolvieron al ámbito luminoso de la niñez, cuando aún asistía como espectador crédulo a la cabalgata de los Reyes Magos. Nuestro candidato electo desfiló, flanqueado por señoritas algo ligeras de ropa, en un palanquín que porteaban unos sansones de circo. El público, situado al borde del delirio o del síncope, se

apretujaba en la acera y tendía los brazos en un esfuerzo estéril por rozar al elegido, como si su mero contacto tuviese poderes mesiánicos o curativos. El candidato, bien arropado por sus damas de honor, saludaba en una imitación algo chusca de las visitas papales. Para darle más relumbrón al desfile, habían contratado la actuación de una banda de *majorettes* parisinas. Un rugido lascivo, casi animal, brotó de miles de gargantas a la vista de las minifaldas plisadas (que, a veces, como por descuido, mostraban un retazo de braguita malva), las casacas rojas con charreteras y entorchados, aquel contoneo de las *majorettes*, mitad lujurioso mitad castrense. Sentí una especie de orgullo cívico (porque el civismo es una enfermedad que, tarde o temprano, nos acomete) al comprobar que todas se desplazaban al unísono, en formación simétrica, con botas de patinaje. Una lengua de asfalto y confeti se desplegaba a sus pies, ansiosa por acoger las evoluciones de aquella banda de sílfides. Las *majorettes* desfilaron ante mí, propulsadas por la inercia blanda de los patines, como un anticipo de la dicha que Dios nos tiene reservada en el cielo. Con tanta emoción acumulada, había olvidado ya el desafortunado incidente con Silvia, aquella embaucadora que, inexplicablemente, había protagonizado mis anhelos juveniles. La mañana tenía un aroma dominical, esa ebriedad unánime que produce el triunfo. El candidato electo se difuminaba en la lejanía, entre remolinos de fanatismo y celebración, ebrio de sí mismo y de los otros. La calle, después del desfile, quedó sucia de serpentinatas, silenciosa como una ciudad soñada.

Regresé a casa por un itinerario poco frecuentado, rehuyendo el jolgorio que el candidato electo arrastraba por las avenidas. A medida que me acercaba a casa, el miedo al recibimiento que mamá pudiera dispensarme iba haciéndose mayor. Mentalmente, me preparé para soportar las burlas más hirientes, las bromas más brutales, las censuras más intransigentes a mi idealismo, esas censuras que mamá siempre introducía en su conversación. Pero, después de todo, ¿no merecía la pena sufrir la vejación y el escarnio a cambio de mis excursiones matutinas por la avenida, esas singladuras vertiginosas, cotidianas pero deslumbrantes, a bordo de mis patines? ¿No merecía la pena ser humillado hasta la abyección a cambio de ese placer definitivo y reparador del patinaje, a cambio de esos paseos fugitivos a través de una ciudad somnolienta? ¿Acaso el milagro del éxtasis no nos resarce con creces de todas las recaídas en el cenagal de la mediocridad? Por supuesto que sí. Llamé al timbre de casa con prevención, con esa humildad del hijo pródigo que retorna dispuesto a purgar la culpa del desacato. Oí a mamá acercarse con andares artríticos a la puerta, apartar la tapa de la mirilla y atisbar a través de aquel ojo de cristal. Como padecía de cataratas, tardaba en reconocermela.

—Abre, mamá. Soy yo.

La voz de mamá sonó gutural, como emergida de una gruta o del estómago de un reptil:

—Márchese. Ya le he dicho que no, quiero comprar nada.

Me enterneció la animadversión que mamá profesaba a los vendedores a domicilio. La mirilla seguía obstruida por el ojo monstruoso de mamá, ese ojo de besugo agonizante que el cristal exageraba en sus proporciones. Pensé, en un súbito arranque de piedad filial, que tendría que pedir un préstamo al banco para financiarle una operación de cataratas. La pobre lo estaba pidiendo a gritos.

—Oye, mamá, no te obceques, que no soy ningún vendedor. Ya estoy de vuelta: resulta que Silvia había dejado de ser la Silvia de antes. Una larga historia, ya te contaré.

El tono de mis palabras degeneraba hacia la súplica. Al otro lado de la puerta se oía resoplar a mamá. Su pupila permanecía pegada al cristal de la mirilla como una ventosa o un desatascador.

—¿Te encuentras bien? ¿No te habrás puesto enferma?

Una curiosa forma de espanto se filtró entre mis temores. Si mamá se negaba a abrirme, ¿quién me devolvería los patines? Noté una quemazón abrasándome el paladar; la respuesta de mamá no contribuyó a aliviarla:

—Me encuentro perfectamente, mamarracho. Usted no puede ser mi hijo por la sencilla razón de que soy soltera y sin hijos. Y ahora, lárguese, si no quiere que avise a la policía.

Un gato callejero había empezado a lamerme los zapatos (aquellos zapatos, huérfanos de patines quizá ya para siempre). La luz de la mañana tenía una blancura plomiza, sarcástica, una temperatura de fragua o infierno. Iba a decir algo, alegar alguna disculpa, pero sentí los labios sellados por el

desconcierto. Tuve lástima de los patines, que aguardarían en vano en el ropero a que alguien los sacase a dar un paseo. El óxido se iría apropiando de ellos, hasta desmenuzarlos en partículas de herrumbre. Sacudí un puntapié al gato, que salió despedido hacia la carretera (tenía un tacto suave, como de felpa), y me senté a descansar en los peldaños del porche. Recordé con nostalgia los remotos días de la infancia, cuando jugaba en los estanques helados y me chocaba adrede con las niñas, sólo por sentir el sudor impúber de sus cuerpos o envolverme en la tibieza interminable de sus bufandas. Debí comenzar a llorar, casi sin darme cuenta, porque un par de señoritas se detuvieron en mitad de la acera y se interesaron por mi estado de salud; supuse que serían testigas de Jehová, o fundadoras de alguna sociedad benéfica. Casualmente, las dos tenían las uñas (veinte uñas en total, sin contar las de los pies) pintadas con un esmalte carmesí, y se relamían, y me amenazaban con la inminencia dura de sus senos. A regañadientes, acepté sus atenciones.

CONCIERTO PARA MASONAS

Las mujeres tienen también sus logias.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Aunque muchos lo ignoren (otros prefieren ignorarlo), las mujeres también se organizan en logias y cultivan la masonería, fervorosas y abnegadas, como sacerdotisas de un culto anterior al Cristianismo; aunque muchos lo ignoren, aunque el mundo les haya dado la espalda, hay una corriente subterránea de mujeres, cada vez más populosa y vehemente, una especie de sindicato femenino que responde al sacerdocio de las religiones oficiales con una declaración de fe masónica, como viudas en conciliábulo que aprovechan para burlarse de sus maridos difuntos o monjas blasfemas que, convocadas a capítulo, cuchichean y protestan y se enardecen y exigen justicia y proyectan revoluciones que derroquen, al fin, la hegemonía del macho. Hay mujeres masonas, sí, aunque les parezca extraño o meramente irrisorio, como también hay (y espero que la extrañeza y la hilaridad no les impidan continuar la lectura de mi narración) un regimiento de húsares en nuestro ejército, un regimiento antaño activo y belicoso que ocupaba posiciones de vanguardia, pero que hoy languidece, relegado a tareas vicarias de escolta o exhibicionismo. Que yo sea corneta de ese regimiento no me da permiso para comenzar este relato revelándoles la existencia de una masonería femenina, salvo por esa reivindicación del *derecho a la diferencia* que solemos aducir las minorías; que las masonas de mi ciudad me hayan elegido a mí, corneta del regimiento de húsares, como concertista en noches de nieve y clandestinidad, ya constituye una disculpa no del todo incongruente. Para disolver las posibles incongruencias, déjenme que les cuente esta historia desde el principio.

Fueron las masonas (y no yo, sometido a una disciplina cuartelera que no contempla el galanteo entre las actividades formativas del soldado) quienes iniciaron esta relación. Acudieron a mí con ese discreteo que caracteriza a los miembros de una secta y a los pecadores solitarios: primero a través de billetes o notas que me lanzaban, hechos un gurrño, desde la calle, aprovechando que yo me hallaba en la garita de centinela, ejecutando alguna guardia; luego, a través de misivas escritas en un tono entre zalamero y disertativo, casi siempre maternal, aunque con ramificaciones en el terreno lúbrico. Eran, en uno y otro caso, mensajes farragosos, escritos en una caligrafía abreviada, que solicitaban mis servicios como intérprete único de unos conciertos que se celebrarían, Dios mediante, las noches de nieve, tan escasas en nuestra ciudad. Los emolumentos que prometían a cambio, sin incurrir en la tacañería, no eran, desde luego, espléndidos, pero las cartas parecían ofrecer algo más que dinero (al menos eso pensaba yo mientras las leía, recorrido por un calambre de inminencia y deseo), algo que excedía lo material o pecuniario para adentrarse en el ámbito de las sugerencias, de modo que acepté la proposición y puse mi corneta al servicio de las masonas.

Mi corneta, pero también mi apostura, y, por supuesto, mi indumentaria. Esas noches invernales, casi metálicas, en que el cielo presagiaba nieve, me vestía con el uniforme de gala, imprimiendo a cada gesto esa ceremoniosidad marchita que imprimen las novias al ejercicio inverso de desvestirse, justo antes de consumir su sacrificio. Me ponía el pantalón azul ceñido al muslo, las polainas de

charol, me abotonaba la pelliza roja con charreteras de oro y remates de astracán en el cuello y las bocamangas, me ajustaba el barboquejo del colbac (ese gorro que usamos los húsares, forrado de pelo y rematado por una borla roja que pendulea al compás de nuestros pasos), y me colgaba de la cintura la trompeta y el sable, herramientas de mi trabajo o coartadas de mi coquetería. Aguardaba la llegada de la masona que me vendría a recoger contemplando la imagen invertida que el espejo me mostraba, haciendo posturitas (los dedos pulgares afianzados en el cinturón, el ademán castrense o despectivo, la trompeta abrillantada y hermosa como un verso de Rubén Darío), enfermo de fetichismo militar. La secretaria de la logia pasaba a recogerme cuando más arreciaba la nieve, pilotando una motocicleta con sidecar; el ronquido del motor se escuchaba en la lejanía, como una especie de petardeo que rompía el misticismo de la noche. Yo, entonces, a una señal convenida (la bocina sonaba tres veces), trepaba los muros del cuartel y me fugaba en compañía de la masona, que me dirigía una mirada de connivencia y aceleraba la moto, cuyas ruedas iban dejando sobre la nieve unos surcos de suciedad gris y obscena. Las noches tenían una grandeza intacta, ensordecida de luna, y la secretaria de la logia conducía volcada sobre el manillar, con esa fijación rectilínea que sólo practican los ciegos y los suicidas. Avanzábamos a través de geografías dormidas, infartados de cláxones y velocidad, motorizados y esbeltos como criaturas pertenecientes a la mitología; el viento me daba de cara y me ahuecaba la pelliza, haciendo tremolar sus charreteras, y el sable, que no había podido introducir en el angosto receptáculo del sidecar, iba golpeando el asfalto, dejando un rastro estrepitoso de hojalata o cacerola vieja. La secretaria de la logia conducía en silencio, enaltecida por la impunidad que proporciona la infracción de las normas de tráfico; tenía, por debajo del escote pronunciadísimo, unos senos abiertos como un libro desencuadernado, de una carne terriblemente sazónada por el vicio, de ese color mate que es como el de la cera manoseada. Tomábamos las curvas sin excesivas precauciones, y yo me tenía que sujetar el colbac para que no me dejase la cabeza a la intemperie. Los faros de la motocicleta ya alumbraban arrabales y paisajes más o menos campestres.

—Hemos llegado—me anunciaba la masona.

La logia tenía su sede en las entrañas de una colina hueca; había que avanzar por un pasadizo excavado en la roca, con resonancias de bodega o catacumba, desgastado de humedad y espectros. La secretaria de la logia me tomaba de la mano (su contacto tibio, todavía febril por el paseo nocturno, me transmitía ese mismo calambre de inminencia y deseo que antes me habían transmitido los mensajes de las masonas) y me guiaba a través de un laberinto de túneles y galerías, hasta llegar ante una puerta con flejes de hierro que alguien, misteriosamente, nos franqueaba sin necesidad de golpear con los nudillos o pulsar el timbre. Caminábamos por un pasillo mal iluminado, y dejábamos atrás aposentos vacíos, de un mobiliario austero, alcobas donde, a buen seguro, se perpetrarían aquellarres y pecados contra el sexto mandamiento. Al mirar atrás, la perspectiva de salones abiertos y comunicados entre sí daba una impresión de gruta marina o, mejor aún, de serpiente vista desde dentro, alargada hasta el infinito. Llegados a un recodo del pasillo, la secretaria de la logia me estampaba en la frente un sello con la efigie del monarca bocabajo, y a continuación ella hacía lo propio, en señal de adhesión a la República. Seguíamos caminando por aquel corredor inagotable (la vaina de mi sable se arrastraba por las baldosas); al fondo, se vislumbraba otra puerta, gemela de la que habíamos dejado atrás. La secretaria de la logia se ponía seria (su rostro, entonces, adquiría una dureza de profesional que acrecentaba mi estupor o mi deseo) y golpeaba la aldaba tres veces, espaciosamente, como regodeándose en cada golpe.

—Adelante, adelante.

La contemplación de la logia, no sé por qué, me acongojaba el alma y le añadía un principio de apendicitis o almorranas (si es que el alma puede padecer enfermedades tan pedestres). Flanqueaban la puerta dos columnas de riguroso mármol, coronadas por capiteles con inscripciones jeroglíficas. Un friso o arquitrabe (y pido perdón por las imprecisiones arquitectónicas), ilustrado con los doce signos del zodiaco, sostenía un techo curvo, representativo del firmamento, con chinchetas en lugar de constelaciones y papel de plata para fingir los cometas y las estrellas fugaces. En medio de la sala, protegida por un dosel de terciopelo recamado, sentada en un sitial gótico, se hallaba la Presidenta; era una mujer bella y madura, con esa madurez anterior a la menopausia que adquieren

las mujeres cuando han participado en muchas exequias fúnebres, con esa belleza sedentaria, carnal y saludable que ya sólo conservan las esposas de los coroneles retirados y las diputadas del partido conservador. Tenía el pelo partido en crenchas, muy pegado a la cabeza, compacto como un peluquín y coronado por una peineta en forma de delta, con el nombre de Jehová escrito en caracteres hebreos.

La Presidenta de la logia mostraba, al igual que la secretaria, un escote pronunciadísimo, en contraste con el luto de su vestido, un luto indecente de viudas que acaban de enterrar al marido y ya comercian con la blancura cegadora de su carne. Sobre el escote, adornando la piel desnuda, llevaba la Presidenta un collar de perlas que sonreía con su sonrisa de dientes gordos. Cruzaba y descruzaba las piernas, moviéndose inquieta en el sitial, como aquejada de un sarpullido sublime. La habitación se iba llenando de mujeres, también ataviadas de negro, también escotadas y maduras (con esa madurez fúnebre de la que hablé antes), que se fueron sentando en unas sillas de madera labrada, crujientes de carcoma y de siglos, que había esparcidas por la sala. Yo avanzaba con pasos precavidos, temeroso de quebrar el maleficio del sueño, y me subía sobre una especie de ara que custodiaba los sagrados símbolos de la logia: un compás, una escuadra y un ejemplar de sus estatutos. Las masonas, acomodadas ya en sus sillas, mantenían una compostura masculina y casi eclesiástica, como de obispos reunidos en sínodo; algunas, dependiendo de su grado jerárquico, soportaban sobre su pecho una cruz de oro macizo, forjada en alguna fragua remota, una cruz que parecía doblarles el cuello, pesada como el plomo o los manuales de agronomía.

—Empiece cuando quiera —me ordenaba la Presidenta, y, acto seguido, hacía funcionar un dispositivo gracias al cual el techo de la sala se abría como una capota, mostrándonos el cielo originario y no un remedo construido con chinchetas y papel de celofán.

Era mi turno. La nieve bajaba del cielo, lentamente, concienzudamente, y se posaba sobre las baldosas, sobre el dosel de la Presidenta, sobre los escotes de las masonas, que a cada poco tenían que sacudirse el vestido, recorridas de un escalofrío líquido. La nieve caía, fiel a su cita, como un maná antiguo, aquel maná que a los israelitas trashumantes les sirvió de alimento, y que quizás no fuese sino nieve cuajada por las manos nutritivas de Dios. Me costaba grandes esfuerzos apartar la mirada de las masonas, de sus senos que palpitaban, inundados de nieve y pasión, blancos de viudez y delito, pero, a la postre, la profesionalidad se imponía sobre la mera diversión, y enarbolaba mi trompeta, me la llevaba a los labios y, después de los necesarios ejercicios respiratorios, iniciaba mi concierto. El repertorio, claro está, no se extendía más allá de las enseñanzas que me habían impartido en el cuartel: toque de diana, toque de retreta, toque de fajina, toque de asamblea, de oración, de marcha y generala, repertorio que, sin embargo, procuraba enriquecer con variantes no permitidas por las ordenanzas militares. Las masonas escuchaban mi repertorio atentas y respetuosas, guardando un silencio de rumiantes, y levantaban la vista a un cielo populoso de nieve, erguidas por la música de mi trompeta, que, al parecer, les hacía ascender a un reino empíreo, exento de hombres y servidumbres conyugales, un reino de Amazonas dignificadas por el luto y los ritos masónicos. La trompeta sonaba, en mitad de la logia, con una estridencia de pato herido, y las notas que nacían del metal (corcheas y semicorcheas, fusas y semifusas) flotaban por un segundo en el aire y se entremezclaban con los copos de nieve, en una mixtura picajosa y molesta. El concierto transcurría sin pausas, agitado por aplausos extemporáneos que las masonas se permitían, sometidas ya al trance definitivo de la música. Eran, creo que ya lo dije antes, sacerdotisas de una religión secreta, oficiantes de una liturgia que los demás ignorábamos. Al concluir el concierto, la Presidenta me daba un sobre con mis emolumentos (bastante exiguos, pero en la vida hay otros incentivos aparte del dinero) y, con un ademán despectivo, exigía mi retirada. Yo obedecía a regañadientes, sin ahorrarme reverencias, como un moro que lamenta abandonar su harén. Regresaba al cuartel, en un éxodo de calles nevadas (y las polainas de charol no favorecían mi equilibrio: las caídas y resbalones eran frecuentes), con esa sensación humillada de quien ha estado a punto de consumir su deseo y que, a última hora, ha tenido que diferirlo. Me sentía ridículo, de vuelta al cuartel, con mi uniforme de gala y mi sable que se arrastraba sin vigor por el suelo.

Pero mi último concierto no terminó de manera tan abrupta e insatisfactoria. Ya durante los preliminares, noté a la Presidenta más relajada y amable, más pródiga en sonrisas (tenía una sonrisa

pérfida en la que relumbraba un colmillo de oro), y al resto de masonas, más generosas en el aplauso. Extinguida la última nota de mi trompeta, hubo una celebración casi tumultuosa de mujeres que abandonaban sus asientos y me zarandeaban y se sacudían sobre mí la nieve derretida de sus escotes. La Presidenta reclamó orden; hablaba con autoridad mosaica:

—Está bien. Ha llegado la hora de que nuestro corneta deje de ser un profano en estas reuniones. Hoy lo iniciaremos en nuestro rito.

El colmillo de oro le añadía un atractivo de virgen alicatada. La luna entraba por el hueco del techo con la confianza ingenua de un animal.

—Por mí, encantado —dije, en el colmo de la osadía.

La Presidenta me pasó los ojos por encima, en actitud benévola; tenían un color castaño muy delicado que parecía que se iba a desgastar con el roce de los párpados. Inició su interrogatorio, mientras las demás masonas me rodeaban y me hacían cosquillas por debajo de la pelliza:

—¿Das algún valor a las distinciones humanas de clase, raza, sexo o religión? Porque si se lo das, mejor sería que abandonases este lugar, donde las distinciones no tienen cabida.

Yo casi supliqué:

—Créame, Presidenta: no soy esnob ni racista ni misógino ni fanático.

Las masonas agradecieron mi respuesta con un bisbiseo de conformidad. Entraba un aire frío del exterior que se sedimentaba sobre la punta de mi nariz.

—Así me gusta, corneta. —Resultaba enojoso que me designara por mi oficio, y no por mi nombre de pila, pero había que conformarse—. Ahora, antes de darte a conocer los secretos de la masonería y de prestar juramento sobre nuestros estatutos, vamos a someterte a una serie de pruebas. —Habla en un tono premeditadamente lúgubre, inculcándome con su voz un sentimiento de vasallaje—. ¿Siente tu alma terror? Si es así, retírate ahora, porque sólo un espíritu fuerte puede soportar las pruebas a que has de ser sometido.

El frío ya me había incorporado a la nariz un carámbano o estalactita de mocos colgantes. Acepté el reto de las pruebas con un escalofrío de naturaleza vagamente sexual. La Presidenta abandonó su sitial y se acercó a mí con una venda en las manos; la piel de su escote tenía un color de cera manoseada, pero también un aroma arqueológico y profundo. Me imaginé desnuda a la Presidenta, e imaginé su piel entreverada de fósiles, frágil y valiosa como un trilobites. El sueño me rebozaba la cara con su gran lengua de legañas y alucinaciones.

—Déjame que te vende los ojos, corneta.

Las masonas me hicieron dar vueltas sobre mi propio eje, como a una peonza, y me condujeron por pasillos inverosímiles, entre carcajadas que sonaban a burla y blasfemia. Yo me movía con torpeza, palpando las paredes, que eran blandas y calientes como el estómago de un gran reptil en hibernación. De vez en cuando, una mano indómita me atrapaba y me hacía cosquillas o amenazaba con estrangularme o me toqueteaba en sitios poco castos. Una de las pruebas consistía en situarme ante un bastidor forrado de papel de estraza y hacerme saltar a través de él, con la advertencia de que, al otro lado, había una zanja más honda que el mismísimo infierno; salté, guiado por un instinto de supervivencia, y caí sobre un colchón empapado de orines y otras guarrerías españolas. Las masonas celebraban su ocurrencia y me palmeaban la espalda, con mucho cuidadito de no ensuciarse. La segunda prueba, casi tan maliciosa como la anterior, exigía pasar sobre una alfombra rellena de clavos; antes de realizarla, me quitaron las polainas y me dieron besos con saliva en los pies. La tercera prueba, mucho más rudimentaria, consistía en clavarme una aguja en salva sea la parte. Ya por último, compadecidas de mi dolor, las masonas me pidieron que les peinase a todas, una por una, el pelo de la cabeza y el de los sobacos. Yo procuré hacerlo con la delicadeza que la ocasión exigía.

—¡Bravo! ¡Bravo! —aplaudían, estremecidas también ellas por las cosquillas.

Luego me cogieron en volandas, como a un catafalco, y me condujeron por arquitecturas ciegas e irrepetibles. Cuando me apartaron la venda de los ojos, me hallaba sobre un diván de terciopelo granate, en una habitación que olía a cementerio antiguo y a crisantemos. De las paredes colgaban cuadros con la historia de

Judit y Holofernes, y detrás de una cómoda, amontonados en un rincón (como si los hubiera

reunido allí una criada holgazana que ya no tuviese ganas de barrer más), se veían tibias y peronés y calaveras humanas. Me tranquilicé pensando que pertenecían a masonas difuntas que ningún sacerdote había querido inhumar en tierra sagrada.

—¿Y bien? ¿Ya pasé todas las pruebas? —pregunté, derregado sobre el diván.

Las masonas se congregaban alrededor de mí, risueñas y como sabedoras de un secreto del cual pronto me harían partícipe. Cada una tenía en la mano una copita de pacharán de la que bebía a pequeños sorbos, engarabitando el dedo meñique. Sonreían y se corregían el carmín frotando los labios entre sí, como macerándolos, en un ejercicio promiscuo y mortificante que no acababa nunca.

—¿No me oyen? —insistí—. ¿O es que todavía no he pasado todas las pruebas?

El diván tenía incomodidades de sarcófago. La Presidenta se adelantó; tenía la cara congestionada, como de haberse tronchado de risa: hasta el colmillo de oro se incorporaba al regocijo.

—Aún falta la prueba más importante, corneta —su aliento era dulzón, blando y empalagoso—. Te hemos elegido como padre de futuras masonas. Queremos que engendres en nosotras hijas robustas que perpetúen la llama de la masonería. Hijas que instauren un nuevo reino de igualdad y fraternidad entre mujeres. Así que vete preparándote.

Había hablado con palabras agrias, con esa destemplanza que asalta a los jueces cuando pronuncian su veredicto de muerte. Las masonas estrechaban su círculo sobre mí, un círculo opresor y hermético. La Presidenta fue la primera que se levantó la falda; tenía unos muslos abiertos como flores ajadas, blancos como símbolos de un luto inverso.

—Un segundo —farfullé, en un intento de diferir el ataque—. Sería recomendable que intimásemos un poco, antes de entrar en harina.

Rieron con risotadas unísonas. La Presidenta tomó la iniciativa y se abalanzó sobre mí, con esa violencia voluptuosa que casi todos los hombres sólo conocen de oídas.

—Tú a callar, macaco. A callar y a cumplir.

Y se recostó sobre mí, hundiéndome en el terciopelo del diván. Por un momento, según se inclinaba, pude entrever, oculto en el escote, un puñal que me recordó la espada que utilizó el arcángel para expulsarnos del paraíso. Supe entonces, con una espantosa certidumbre, que mi destino, una vez concluida mi tarea, sería engrosar el montón de tibias y peronés y calaveras que había detrás de la cómoda. Y, he de confesarlo, sentí lástima por la prole que naciese de aquel experimento, aquella prole de niñas póstumas que ni siquiera llegarían a saber que su padre había sido corneta en el regimiento de húsares de Su Majestad.

LA EPIDEMIA

Como las desgracias nunca vienen solas, a la calamidad de la guerra se sumó el influjo devastador de la epidemia. El estruendo de los morteros, el lenguaje blasfemo de las balas, la penuria de las trincheras, me iban ensordeciendo la salud y el sosiego, pero hice de tripas corazón y me mantuve al lado de la tropa, entreteniéndole la espera (porque la muerte aguardaba en algún recodo) con mi espectáculo itinerante; cuando aparecieron los primeros síntomas de la epidemia y vi extenderse su ramaje (una gangrena que se inmiscuía en los cuerpos, desmenuzándolos por dentro), ya no pude aplacar el pavor y planeé mi desertión. No me llevé otra compañía que la de mi fiel *Hortensio*, el papagayo que me vendieron a precio de ganga en los malecones de Marsella porque su dueño, un marinero que incorporaba a su fisonomía varias mutilaciones, no había logrado inculcarle los rudimentos del francés; más tarde, averiguaría que *Hortensio* detestaba los idiomas de la Babel moderna, y que, a cambio, profesaba un fervor casi humano al latín (llegó a dominar las voces perifrásticas). A los soldados del frente, este latín vertiginoso de *Hortensio* les alegraba los crepúsculos infinitos, cuando el cielo lloraba sangre y nubes deshilachadas: poco versados en lenguas muertas, solicitaban sin embargo que *Hortensio* les declamase algún pasaje de la *Guerra de las Galias*, a lo que el papagayo accedía de buen grado, intercalando entre la prosa marcial de Julio César alguna meditación del Kempis. *Hortensio* era oriundo de las selvas de Borneo, cultivaba un plumaje multicolor y hablaba por un pico verde y rugoso que parecía una alcaparra; antes de iniciar sus declamaciones, carraspeaba, henchía la pechuga y erizaba unas plumas que tenía sobre la coronilla a modo de cresta o penacho. Las disertaciones latinas de *Hortensio* entraban en los oídos atónitos de la tropa, como un chapurreo de palabras ignotas pero desinfectantes, suscitando una insensata felicidad; *Hortensio*, al concluir sus arengas, hacía un ademán con las alas (era muy aspaventero, quizá vanidoso, si la vanidad puede predicarse de los animales) y reclamaba su estipendio; los soldados, entonces, alentados por una forma extrema de solidaridad que sólo practican los misérrimos, se escarbaban los bolsillos y compartían con *Hortensio* su calderilla, sus chocolatinas, sus cacahuetes rancios. La celebridad del papagayo recorrió las trincheras, las líneas de vanguardia donde morían tantos hombres y tantos sueños; los oficiales del ejército, deseosos de contagiar un entusiasmo siquiera efímero a la tropa, me otorgaron salvoconductos y bendiciones y un biscúter algo destartado para cubrir las distancias que mediaban entre los distintos destacamentos, un terreno erizado de minas, a menudo contradictorio de los mapas que intentaban compendiarlo. Con *Hortensio* encerrado en una jaula de barrotes dorados (pero él me insistía en su latín macarrónico para que lo liberase), llevé a los muchachos del frente el viático de la sonrisa (una sonrisa que no se les extendía a los ojos, víctimas de una muerte anticipada e irremisible). La guerra, mientras tanto, era un hospital inmenso con poca luz y demasiado ruido.

Con la estación de las lluvias, los mercenarios de la estepa se incorporaron al enemigo, trayendo en su petate la aniquilación. Arrastraban una leyenda híbrida de heroísmo y barbarie, de atrocidad y valentía. Los rumores más crédulos (a veces, la credulidad es intuitiva y atisbadora de otras realidades más íntimas) querían hacerlos descendientes de alguna remota raza, refractaria a las debilidades evolutivas y a la civilización, hijos o primos o sobrinos de los habitantes de la Atlántida o el Olimpo. Hablaban un dialecto tosco, anterior a las palabras, que incorporaba señas y gruñidos atávicos; vestían pellizas de leopardo (por la profusión de ocelos alguien los emparentó con Argos), se untaban la piel con grasa de reno (esto los hacía invulnerables al frío y a las balas adversas) y

viajaban en caravanas atestadas de bártulos y dioses penates. Eran hombres lacónicos (mataban sin compadecer a su víctima, fornicaban sin caricias ni jadeos), abismados en un hermetismo de siglos, de facciones groseras y próximas a los primates. Sus mujeres (a las que consumían engendrando en ellas una prole numerosa) eran rojizas, sucias como zíngaras (pero la suciedad también es dulce), hurañas y agresivas; en el trance del coito, les gustaba quedar por encima, como el aceite o las sopranos. Mientras sus maridos, reacios al empleo de la pólvora, se internaban en territorio enemigo, armados de lanzas y puñales y de una cólera tributaria de Aquiles, ellas se quedaban en el campamento, ocultas en los carruajes donde preparaban sus pócimas y recitaban sus conjuros; quienes osaron acercarse a estos carruajes obtuvieron su castigo: las mujeres de los mercenarios se fingieron solícitas y los arrastraron al interior de sus guaridas; allí, entre el olor acre de las reses desolladas y el entrechocar de los peroles de cobre (aquellos carruajes parecían cacharrerías o panoplias domésticas), sucumbieron al apremio de la carne rojiza y sucia —ay, la dulzura del pecado—, mientras otros sucumbían al metal o al influjo pernicioso de la gangrena.

Fue así, por vía venérea, como empezó a extenderse la epidemia; luego, la transmisión del virus se realizaría mediante conductos menos ardorosos: bastaba, por ejemplo, aspirar el aire que acabase de expeler un enfermo, para incurrir en el contagio. Los mercenarios y sus mujeres, portadores del virus que pronto desataría la mortandad, estaban sin embargo inmunizados, y no sufrían sus atroces secuelas. No ocurría lo mismo con los soldados famélicos: los primeros síntomas eran nimios, casi irrisorios, apenas una tos que en nada se distinguía de la de cualquier catarro; en menos de dos semanas, y sin que los médicos pudieran detener este proceso con antídotos o meros calmantes, los pulmones se anegaban de sustancias purulentas, y los enfermos agonizaban entre paroxismos de dolor y delirios que incluían dialectos bárbaros y visiones de razas primigenias. Las miasmas del morbo emponzoñaron la atmósfera: pronto, las faunas aéreas (insectos, golondrinas, aviadores) comenzaron también a claudicar. Los sanitarios aseguraban que el empleo de mascarillas de gas nos preservaría del contagio; la certeza de este consejo adolecía, no obstante, de titubeos, de modo que decidí, como ya anticipé al principio de esta narración, huir en el biscúter que el ejército me había facilitado. *Hortensio*, encogidito en su jaula, rezaba padrenuestros en latín, entreverados con citas de Salustio.

Transitábamos, ya lo consigné, por plena estación de las lluvias. Las vías de comunicación, meros caminos de arenisca o arcilla, se fundían con el paisaje circundante en una amalgama de barro y podredumbre. El biscúter se atollaba en los charcos, o salía despedido a la cuneta, en un ejercicio desastroso (y, desde luego, nada artístico) de patinaje. Se habían producido corrimientos de tierra, y sobre los caminos aparecían diseminadas, como una sementera mortal, minas que había que esquivar con frenazos y giros bruscos del volante. El agua caía monótona, formando cortinas inextricables, sobre el fango y sobre los cadáveres corrompidos que flanqueaban la ruta. *Hortensio*, olvidado ya de los padrenuestros (el miedo le erizaba todas las plumas, no sólo las de la coronilla), murmuraba una letanía jocosa, mezcla de devoción litúrgica y chascarrillos de Plauto. El ronquido del motor, unido al repiqueteo del agua sobre la capota del biscúter, me transmitía una sensación opresiva, como de buzo encerrado en su escafandra; las ventanillas, por supuesto, estaban cerradas a cal y canto, para evitar la filtración de microbios. Una bandada de vencejos suicidas, víctimas de la epidemia, describieron un vuelo rasante y se fueron a estrellar contra el parabrisas con un golpe sordo y resignado. La lluvia tardaba en borrar el impacto de sus vísceras.

— *Vade retro, primus inter pares.*

Esta frase incongruente (pero todas sus frases eran incongruentes o esotéricas) la pronunció *Hortensio* cuando vio aparecer en el camino a una muchacha que parecía escapar de alguna amenaza y reclamar auxilio. Atravesábamos un paraje de vegetación tupida, una especie de túnel vegetal que hacía inservible la luz de los faros. La muchacha en cuestión me pareció guapa, de facciones ortodoxas, discretamente lánguidas; no era, desde luego, rojiza, ni profesaba la suciedad, ni presagiaba ferocidades fornicarias: en general, se me antojó antípoda de las mujeres que acompañaban a los mercenarios. Era alta, flaca pero no exenta de senos (la blusa mojada los ponía en evidencia, también los pezones nítidos), y me recordaba a una muchacha que solía aparecer en mis sueños, huyendo de una patrulla de gorilas (digo patrulla porque iban ataviados con armaduras,

y blandían termómetros a guisa de espadas) que la perseguían entre las dunas de un desierto y al final le daban alcance, golpeándole la cabeza con los termómetros hasta que el mercurio le empapaba los cabellos. También los cabellos de aquella muchacha estaban empapados, pero de agua, y algunos mechones le resquebrajaban la frente, como grietas en una fachada o patas de una mosca sobre un terrón de azúcar. Confieso que le abrí hospitalariamente la portezuela del biscúter; ella entró como una exhalación, para que no penetrase el aire infectado del exterior. Era joven (ya comenzaba a hacerme ilusiones), quizá inexperta o incluso virgen (el cuento de la lechera), y el pecho le palpitaba por debajo de la blusa como un pajarito infartado (las ilusiones llevan a las erecciones). Chorreaba un agua fresca de promesas y voluptuosidad; en el asiento trasero, *Hortensio* recitaba filípicas, en señal de protesta por la intrusión.

—Me persigue un grupo de mercenarios. Querían ultrajarme. Usted me ha salvado, le debo la vida y ese otro tesoro todavía más valioso.

Me enterneció aquel aprecio de su castidad, en una época tan maleada como la que vivimos. Nuevamente, asocié aquella situación con mi sueño de los simios: los mercenarios descendían, a buen seguro, de alguna especie de mono degenerado, y el mercurio de los termómetros admitía simbolismos de índole sexual. Aceleré antes de saludar a la muchacha; los vencejos seguían rebotando sobre el parabrisas, borrachos de dolor, locura o insomnio.

—Pobrecitos —se compadeció la muchacha, separándose la blusa de los senos núbiles—. Y ese mismo destino quizá nos aguarde a los demás. La epidemia no respeta a nadie: primero ataca con una tos insignificante, pero luego esa tos se hace obstinada y va llagando la garganta, la laringe, el esófago, los pulmones, el estómago, los intestinos —enumeraba sin alardes anatómicos, sin afanes descriptivos: sus palabras me arrullaban, como el ronquido del motor—, nos carcome por dentro, no nos deja respirar, ni ingerir alimentos, tampoco nos permite amar.

Por la cuneta se diseminaban, como confirmaciones de su lamento, los cadáveres ya putrefactos de aquellos a quienes había visitado la epidemia; sobre las vísceras encharcadas de pus y viscosidades, revoloteaban, ajenas a la lluvia y al contagio, unas moscas invernizas, casi metálicas, que los mercenarios se habían traído de la estepa. Aunque el entorno no favorecía este tipo de raptos, confieso que dije:

—Escápese conmigo. Tengo salvoconductos, me conocen en el puesto fronterizo. Usted... —Aquí me interrumpió para revelarme su nombre, esbelto como una columna: «Ifigenia», e invitarme al tuteo—. Bien, pues tú, Ifigenia, te harás pasar por mi novia. No pondrán reparos, ya lo verás.

Impulsado por un romanticismo algo fatuo, había subrayado mi ofrecimiento con una mirada de complicidad que dirigí a Ifigenia, a su rostro de facciones ortodoxas, también a los pezones que otra vez se mostraban con nitidez por debajo de la blusa. Ella colocó su mano sobre mi mano (que, a su vez, se aferraba a la palanca de cambios), transmitiéndole un calambre de inminencia y deseo. Bromeó:

—Ya. Y el lorito de carabina, ¿no?

En el asiento trasero, prisionero en su cárcel de barrotes dorados, *Hortensio* protestó por la alusión:

—*Nihil obstat, in dubio pro reo qui tollis peccata mundi; alea jacta est per omnia saecula saeculorum. Sursum corda, senatus populusque. Do ut des: veni, vidi, miserere nobis.*

Ifigenia rió profusamente, con cierto ensañamiento o destemplanza incluso, pero de inmediato, como arrepentida, adoptó otro aire más acorde con su aspecto de muchachita aún no expuesta al sacrificio del tálamo.

—De verdad, eres el primer hombre bueno que conozco desde hace años. —Me pareció excesiva esta afirmación, pero la acogí complacido—. Creo, incluso, que me gustas. —Me froté los ojos sin disimulos, abandonando a su suerte el manejo del biscúter—. Sí, creo que me gustas. No me importaría fugarme contigo. Pero primero tengo que cuidar de mi madre, al menos mientras dure la guerra. Vive al otro lado de la frontera, casi sin alimentos y sin medicinas. Cuando acabe este infierno, vuelve a buscarme. Prometo que te estaré esperando con los brazos abiertos.

Lo prometió con una solemnidad afectuosa, exuberante, como insinuando la posibilidad, quizá demasiado grosera, de otras extremidades igualmente abiertas, igualmente expectantes. Afuera, la

lluvia azotaba la tierra, desdibujaba las distancias, difuminaba el horror de la sangre y la orfandad. Ifigenia me tomó una mano entre las suyas y se la llevó al pecho húmedo, dificultoso de blusas y botones. Abarqué un seno con dedos furtivos (su contacto tibio me recordó el de un nido grávido de polluelos); tenía una prestancia dura, casi agreste, y unas medidas áureas (ignoro si esta expresión se aplica a los libros o a los senos). Ella se reclinó sobre mí y me mordisqueó el vello del pecho, haciendo un ruidito como si masticase pasto. Atrás, relegado al ostracismo, *Hortensio* empezó a enhebrar maldiciones bíblicas y exabruptos de Petronio.

—Ya llegamos al puesto fronterizo, Ifigenia —advertí, procurando sobreponerme al placer de los mordisquitos—. Habrá que bajar las ventanillas para mostrar el salvoconducto.

Ifigenia interrumpió su labor morosa y alimenticia. Tenía unos labios opulentos, en sabio contraste con el cuerpo flaco, y una dentadura quizá demasiado limpia. Exclamó:

—¡Tú estás loco! Si entra una pizca de aire pillamos la epidemia.

Para corroborar su aserto, salió un militar de la garita pertrechado con mascarilla de gas y haciéndonos señas para que no descendiéramos del automóvil. Ifigenia se recostó sobre mí, en actitud concupiscente, para no despertar sospechas en el soldado que intentaba descifrar mi salvoconducto a través de un cristal surcado por goterones que discurrían como mercurio sobre la superficie pulida. La lluvia adquiriría por momentos una violencia oleaginosa. Finalmente, el soldado mandó elevar la barrera y nos despidió con un guiño bastante estulto o salaz.

—¿Ves? Ya te dije que no haría falta bajar la ventanilla.

El resto del trayecto transcurrió en silencio, estremecido por esa forma de melancolía anticipada que tienen las despedidas. Ifigenia se mostraba voluntariosa, maniobrando sobre mi cuerpo en la angostura del biscúter. Atrás, *Hortensio* saludaba nuestros arrumacos con exorcismos despiadados. El cielo abría su estómago gris y bostezaba con bostezos casi azules, premonitorios de la primavera. Ifigenia me besaba con minuciosidad de pájaro o reptil, picoteando con su lengua mis encías, inoculándome andanadas de saliva.

—Hemos llegado, querido. Ya sabes que te esperaré y que te guardaré fidelidad. Pero ahora debo cuidar de mi madre —se despidió, sin atender a mis explicaciones, rechazándome de repente como se rechazan los fardos o los excrementos.

Envilecido por el estupor, la vi alejarse entre unos matorrales (tenía un culo deliciosamente asimétrico) y dirigirse a un carromato sucio de tantos y tantos itinerarios, brillante de peroles cobrizos que se atisbaban al fondo, entre la negrura del toldo. Un súbito olor a reses desolladas me golpeó el olfato. Antes de meterse en el carromato, Ifigenia me lanzó una sonrisa execrable, como formulada desde una dentadura postiza. Sin llegar todavía a comprender, noté el ardor de una saliva ajena ulcerándome el paladar, la laringe, el esófago, los pulmones, el estómago y los intestinos, y tosí por primera vez; *Hortensio*, como un eco o una constatación o una mera burla, también tosió, el muy jodido.

EL GALLITO CIEGO

Los sueños son la actividad estética más antigua.

JORGE LUIS BORGES

Las novelas policiales de Jacinto Borgia, alias El Gallo, en perpetua fricción con la realidad, habían marcado un hito en su género (permítaseme el empleo ocasional de la jerga académica): si hasta entonces el público adicto a esta clase de intrigas se conformaba con lecturas que le entretenían el fin de semana (lecturas estólicas de enredos y crímenes que en el último capítulo eran dilucidados por un detective sedentario y casi siempre pedante), la irrupción de Borgia enfrentó a este público con implicaciones de alta cultura, retóricas muy finas y ambientes nada accesibles para una sensibilidad vulgar. Por de pronto, el protagonista de estas novelas, un *alter ego* del propio autor, padecía cierta ceguera congénita (igual que Borgia) y cierta aversión por el método analítico que lo obligaban a desarrollar sus pesquisas mediante percepciones táctiles o auditivas, sin desdeñar la intervención del paladar y las narices. Por lo demás, la solución del enigma, esa condición ineludible del género, no era postergada para el desenlace, como suele acontecer en esas novelitas británicas confinadas en las estrechas dimensiones de una habitación y un diálogo; tampoco se iba desarrollando de manera paulatina, al hilo de las investigaciones, como preconizan los escritores de allende el Atlántico, casi todos beodos, cínicos y afortunadamente muertos: Borgia planteaba el enigma en el primer renglón, y ya en el segundo (a veces, si la novela era morosa en su desarrollo, la revelación se retrasaba al tercero o al cuarto) se declaraba la identidad del culpable, sus móviles y argucias, bastante zafias por lo común; las doscientas y pico páginas restantes las empleaba Borgia en idear coartadas y pergeñar inmundicias que eximieran de culpa al verdadero asesino y la descargasen sobre el primer inocente que, desprevenido, osase transitar por la novela. El lector avisado no tardaba en advertir otras traiciones al género no menos graves: Borgia, en su afán de encubrir al culpable, incurría en deslealtades que contradecían la lógica; los alardes formales — cultivaba la metáfora y la alusión, nunca la declaración explícita — entorpecían el armazón de sus relatos, e incluso amparaban el empleo de soluciones sobrenaturales que no justificaban las premisas, originando cierto estupor (cierto ambiguo desánimo) entre sus más furibundos defensores. Estas peculiaridades técnicas, unidas a otras meramente argumentales, convertían las novelas de Borgia en un plato para paladares selectos y esnobs.

La popularidad de Jacinto Borgia, alias El Gallo, no procedía, pues, de sus novelas. No, al menos, por vía directa. Es cierto que sus libros (cuatro hasta el momento, formando una especie de tetralogía: *El gusto*, *El tacto*, *El oído*, *El olfato*) habían agotado sucesivas ediciones, pero el dato numérico no se correspondía con un índice correlativo de lectores: las novelas policiales de Jacinto Borgia, alias El Gallo, eran adquiridas por prestigio cultural y recomendación de los críticos, nunca por iniciativa del lector, nunca por espíritu lúdico. Borgia, sin embargo, había logrado contrarrestar las cualidades refractarias de su prosa fingiendo una *pose*; sus apariciones televisivas, inclementes y acérrimas (al espectador le chocaba esa visión de un cieguito ensartando exabruptos, paradojas de

estirpe wildeana, insultos atroces, furores bíblicos, risotadas, todo un repertorio escénico), le habían granjeado cierta aureola de *enfant terrible*, cierta fama iconoclasta y pendenciera: de ahí el mote que no tardarían en incorporarle, más propio de boxeadores o *gigolós* que de escritores. Estimulado por la presencia ubicua de las cámaras (él no las veía, pero se manejaba con soltura ante ellas, eligiendo el ángulo más favorecedor, el perfil idóneo), Borgia pontificaba, gesticulaba, desvariaba, reía maliciosamente, sin conceder treguas a sus contrincantes (tampoco a la audiencia, que necesitaba su tiempo para digerir las *boutades* de El Gallo y recibía con alivio las remesas de anuncios). A fuerza de inmiscuirse en los hogares, Borgia había obrado el milagro: sus novelas, eminentemente intelectuales, eran consumidas (que no leídas) por palurdos y amas de casa que lo adoraban, igual que se adora a las azafatas de un concurso (sus muslos) o al locutor de un avance informativo (su flequillo). A falta de muslos y de flequillo, Borgia exhibía su arrogante agudeza, esterilizada por los rayos catódicos y las retransmisiones en diferido.

Todo este largo preámbulo para explicar que Jacinto Borgia, alias El Gallo, escritor recóndito pero extrañamente multitudinario, cumplía a rajatabla los requisitos que hacen de cualquier plumífero una mina de oro para sí mismo y para quienes lo rodean. Yo, por entonces, acababa de doctorarme y pugnaba por abrimme un hueco en el feudo universitario, ese amplio solar en el que retozan los remolones, los estultos, los recomendados. La carrera del estudioso de la literatura requiere, amén de tragaderas y servilismo, una estrategia y un asedio; ahora voy a hablarles de la estrategia y del asedio, porque con las tragaderas podría escribir un volumen de tono nauseabundo. El estudioso de la literatura debe elegir certeramente a su víctima, esto es, al objeto de su estudio; no basta un autor solvente, talentoso o siquiera genial: importa, sobre todo, que ese autor irradie posibilidades monetarias, que las migajas de su fama (las migajas que, ahíto, arroja de la mesa) te garanticen el cocido. Incomprendiblemente, nadie se me había adelantado con Jacinto Borgia, alias El Gallo. Me froté las manos, anticipando mi ascenso fulgurante a la cátedra. Por supuesto, concerté una cita con el cieguito de marras; arrebatado por una codicia vehemente, olvidé que los gallos tienen cresta y espolón, además de plumas.

Jacinto Borgia habitaba una quinta a las afueras de la capital, exhausta de jardines y simetrías victorianas, en compañía de una servidumbre profusa de mujeres (pero Borgia se mantenía soltero e incólume, según declaraciones televisivas) que lo exoneraba de las tareas más rutinarias: correspondencia, mecanografía, chalaneos con editores, aparte de otras estrictamente domésticas. Borgia me recibió en su despacho, a una hora intempestiva próxima a la medianoche; era septuagenario y traslúcido, protuberante de arrugas, y tenía unos ojos de porcelana viscosa, debajo de los cuales se veía la carne viva y enrojecida de los párpados. Me dijo en un tono hospitalario, pero ominoso:

—Pase y siéntese, joven. Como si estuviese en su casa.

Sus frases, aun las más triviales, tenían un sonsonete parsimonioso y disertativo; masticaba las palabras y las dejaba resbalar bien trituraditas por su labio inferior, muy grande y caedizo. Pensé, no sin repulsa, que quizás ese labio lo utilizase para ensalivar sellos. A un extremo del despacho, la secretaria de Borgia, una joven poco industriosa, languideciente, tecleaba sin ganas sobre una máquina de escribir; inclinaba mucho la cabeza sobre el papel, y su melena, ondulada y esparcida sobre el rostro, se le enredaba entre las teclas como una hiedra de tallos finísimos. Me produjo dentera y un poco de lástima imaginarme a aquella joven con el pelo atrapado por la máquina de escribir. En el despacho, además de la secretaria, había un canario (tenía el plumaje a rayas, como un tigre) encerrado en una jaula con forma de pagoda china, trofeos cinegéticos (canguros disecados, también ornitorrincos y kiwis) y tapices con motivos mitológicos que se movían (los tapices, no los motivos, al menos eso creo) agitados por un viento invisible. Por la ventana entraba un olor muy fuerte, como de magnolias mustias; en un momento dado, al canario le dio un soponcio (ignoro si el aroma de las magnolias lo aturdió, o si alguien le había puesto veneno en el alpiste), pero Borgia no se inmutó, y tampoco lo hizo su secretaria, que escribía a menos de siete pulsaciones por minuto. Borgia aguardaba mis preguntas en actitud expectante, rascándose los párpados en carne viva.

—Adelante, no se azore, joven.

La secretaria llevaba medias de costura, según advertiría más tarde, pero a primera vista pensé que le subían lombrices por las pantorrillas. Era una muchacha rosada y larguirucha, y me recordaba a una señorita que había visto no sabía dónde, quizá en alguna lámina. El canario agonizaba en su jaula, agitado por un tembleque bastante serio. La luna creciente brillaba en los ojos de Jacinto Borgia, alias El Gallo, como el triunfo de una enfermedad desconocida, más o menos parecida a la lepra. Me costaba enhebrar dos frases seguidas, y mis palabras tenían una textura pastosa, como ocurre en las pesadillas:

—¿Por qué en sus novelas siempre carga con toda la culpa a un inocente? ¿No le parece demasiado cruel?

Otra muchacha había entrado en el despacho sin pedir permiso. Era gordita, y se bamboleaba al andar; noté que llevaba la falda llena de desgarrones. Portaba una bandeja con un par de huevos pasados por agua, cada uno en su huevera de cristal.

—Me fastidian los resortes de la novela tradicional —Borgia hablaba con bufiditos; debía de estar contestando a mi pregunta—. En las intrigas policiales al uso se pretende reconstruir ordenadamente el desorden de la realidad. Yo prefiero abolir ese desorden con una irrealidad elegida arbitrariamente. Escojo a un inocente y lo convierto en culpable porque sí, porque me da la real gana. Esta elección, a la postre, no resulta mucho más absurda que la realidad, y, desde luego, es menos despótica.

Había golpeado la cáscara de los huevos con una cucharilla, y ahora escarbaba en su interior. Sacó una sustancia gelatinosa, llena de grumos, con un aspecto no demasiado apetitoso. Pensé que se estaba comiendo sus propios ojos. Súbitamente, poseído por la misma arbitrariedad que imperaba en sus novelas, decidí que aquel hombre escondía alguna impostura. A lo mejor no era ciego.

—Me disculpará si no comparto esta refacción con usted —me lo decía en un tono de melosa blandura, como los embaucadores.

—No se preocupe, ya zampé lo mío antes de venir —mentí. Las tripas se me quejaban y hacían sonar su orquesta.

—Bueno, si le entra hambre, Sandra le subirá comida a su aposento.

Al reclamo de su nombre, la secretaria interrumpió su abúlico teclear. Por debajo de la melena, sus facciones parecían correctas, y sus ojos, redondos, graves, poco asombrados. Al erguir la cabeza, los pelos que tenía enredados entre las teclas se le arrancaron, como cuerdas de una guitarra que saltan.

—Su hospitalidad me abruma, don Jacinto. No era mi intención dilatar esta entrevista hasta mañana...

—Bobadas, bobadas —me interrumpió; su voz, sus ademanes, también obedecían a una impostura cuyos alcances se me escapaban: aquel hombre pacífico, casi benévolo, no se correspondía con el de las apariciones televisivas—. Usted ha venido a quedarse. Tenemos que hablar largo y tendido. La conversación quizá dure meses, años, quién sabe.

Sonrió, alentado por la hipérbole. La muchacha que le había traído la bandeja se contoneaba en presencia de su amo, y se hurgaba las narices; con el piquito de una servilleta le limpiaba a Borgia los restos de huevo que le ensuciaban las comisuras de los labios: tenía unas uñas cuidadosas, esmaltadas de un barniz que me trajo pensamientos impuros. Yo no podía rechazar la hospitalidad de Borgia, y sin embargo un temor o una sospecha me oprimía el pecho. El Gallo cacareó:

—No sea tan tímido, caramba —y, a continuación, guiñándome un ojo, me susurró—: Sandra lo tendrá bien atendido.

Comprobé, incapaz de reprimir un escalofrío, que a los canguros disecados alguien les había pinchado los ojos de cristal con chinchetas. El aroma de las magnolias marchitas me taponaba las narices, como si fuese un catarro o un tapón de corcho.

—Acepto, si usted se empeña.

El Gallo hinchó la pechuga:

—Ya sabía yo que no me defraudaría. —Había tendido la bandeja a la muchacha gordita y se levantaba de su butaca, tanteando los reposabrazos—. Sandra lo conducirá a su aposento. Que tenga felices sueños.

Me indignaba que dijera "aposento" por "habitación", como embadurnándome los morros con su opulencia. Procedente de los pasillos, se oía un rumor de mujeres atareadas en mil y un preparativos, deseosas de satisfacer al huésped, mujeres unánimes en su disponibilidad, serviciales y honestas, pero seguramente un poquitín patosas, más o menos como Sandra, la mecanógrafa de siete pulsaciones por minuto. Calculé horrorizado las horas que Borgia derrocharía dictando sus novelas.

—Acompáñeme, si es tan amable —me pidió Sandra, pero su voz no era rogatoria, sino más bien aséptica e incluso displicente.

El Gallo se había perdido ya en un recodo del pasillo, después de dispensarme su bendición, y caminaba a tientas por la penumbra perfumada de magnolias y de mujeres. Sandra me hizo subir unas escaleras crujientes de carcoma, escaroladas como un tirabuzón; ella guiaba mi ascenso, pisando firme sobre los peldaños, como si aplastase cucarachas, y endureciendo las pantorrillas por debajo de las medias. Fue entonces cuando descubrí que las lombrices de las piernas no eran tales lombrices, sino costuras; esta revelación, placentera como el despertar tras una larga pesadilla, me alentó en mi exploración: Sandra tenía la cintura recia (aborrezco las cinturas de avispa), las caderas amortiguadas por una carne mollar y equidistante. La habitación que Borgia me había reservado parecía asfixiada por un mobiliario panzudo, casi parturiento. Sandra pulsó un interruptor con la misma desgana con que ejercitaba su mecanografía; una lámpara iluminó el mobiliario, y posó su luz (una luz como de jarabe) sobre los vientres de madera. Abriéndose sitio entre los armarios, había una cama con dosel, agravada por un polvo de años o de siglos. Sandra apartó la colcha y alisó las sábanas, que olían a humedad y clausura. El silencio, de repente, se hizo irremediable; todos los muebles (incluida la cama con dosel) suspiraron al unísono. Me detenía cierto escrúpulo de hombre honrado (la universidad aún no había hecho de mí un perfecto miserable), cierta dificultad para formular palabras apasionadas, pero enseguida recordé que mi oficio de carroñero literario no admitía estas debilidades, así que arremetí:

—No me va a decir que prefiere pasar la noche en soledad.

Sólo en estatuas he visto esa mirada tan recriminatoria y despectiva. A Sandra, la blusa le palpitaba por encima del pecho (pero quizá la palpitación se la comunicase el propio pecho) con un fervor ultrajado; como a casi todas las mujeres, el enfado la mejoraba:

—¿Y quién le asegura a usted que vaya a pasar la noche en soledad, so mequetrefe?

Su beligerancia me impedía seguir la estrategia prevista de emborracharla con palabrerías. Di rienda suelta a mi vena satírica:

—No se irá a acostar con el viejales ese, ¿verdad? Ese Gallo ya no tiene kikirikí.

Hasta ese punto, Sandra había hablado con medida (con desprecio, pero con medida); mi alusión a la pretendida impotencia de El Gallo la transfiguró con una inesperada elocuencia:

—Ese viejales, para que se entere, es un genio universal. Un genio de la literatura, no como usted, que se tiene que conformar con los despojos.

No sé de qué irreprochable intuición disponen las mujeres, que siempre ensartan la flecha allá donde más pupa hace. No existe mayor oprobio para un estudioso de la literatura que verse comparado (en situación desventajosa, se entiende) con el autor que alimenta su estudio: es como si al parásito le reprochasen su parasitismo. El comentario de Sandra me había dejado sin ganas de cortejarla; le ordené que se retirara y me acosté sin rezar mis oraciones, para terminar de condenarme.

La tristeza, como el cansancio o el hastío sexual, posee esa cualidad suplementaria que nos predispone al sueño: una extraña forma de extenuación que reclama el aislamiento y la inactividad. Despechado y confuso, me dejé resbalar por la caracola del silencio. Soñé que Sandra ejecutaba para mí una danza lasciva y mareante, ataviada con pezoneras y bragas de latón, a la moda intergaláctica, pero en mitad de la actuación irrumpía un caballo percherón que la tomaba de la cintura y la raptaba; luego, se sucedían algunas visiones con monstruos híbridos de la mitología: todos querían engendrar una prole copiosa en Sandra, pero ninguno se atrevía a quitarle las bragas de latón.

Desperté abrumado por los celos, y mantuve un rato los párpados abiertos, hasta que se disipó la

telaraña del sueño; entonces reparé en el brocado del dosel, que reproducía con hilo de plata un cuadro de Watts, con un Minotauro meditabundo y como desolado a causa de su monstruosidad. Por el pasillo discurría un grupo de gentes que andaban con pasos descalzos y clandestinos. Me levanté pisando despacito y abrí una rendija entre la hoja y la jamba de la puerta; por una claraboya que había en mitad del pasillo se filtraba la luz casi nutritiva de un cielo que amenazaba con arrojarme su luna fría y pegajosa, más pegajosa aún que una sábana mojada. De pronto, vi acercarse en procesión a todas las mujeres de la casa, alumbradas por velas que portaban en la mano, sin palmatoria, impasibles al contacto de la cera derretida. Iban vestidas con un camisón que les transparentaba la piel ramificada de venas y de pecados, y caminaban en fila india, con una cadencia espectral, como almas penitentes vagando por esos caminos de Dios. Cerraba la procesión Sandra, agitada por una fiebre que le nacía de dentro, noctívaga y como ajena a las quemaduras de la cera. Las mujeres desfilaron ante la puerta de mi habitación sin descomponer el gesto, en una quietud resquebrajada por los crujidos de la carcoma. Espoleado por la curiosidad, saqué un brazo por el hueco de la puerta y agarré a Sandra de la garganta (tenía una piel vegetal y granulosa, como la cáscara de un limón, pero más blandengue, más bien como el pellejo de una gallina sin plumas); la atraje hacia mí, obligándola a abandonar el itinerario marcado por las otras mujeres, y la zarandé sin excesiva fiereza:

—¿Sandra? ¿Me oye?

La hilera de las mujeres en camisón avanzaba sin prisa, en estafalaria imitación de los desfiles militares. A salvo en mi habitación, comprobé que Sandra seguía imprimiendo a sus piernas el mismo movimiento de autómata. Yo no noté que estaba descalzo hasta que una gota de cera me cayó en el dedo meñique del pie derecho, que es el que tengo más delicado por culpa de unos juanetes prematuros. En venganza, o como desahogo, le pegué un cachete a Sandra que sirvió para sacarla del trance.

—¿Dónde estoy? —farfulló desconcertada—. Suélteme, no tiene derecho a propasarse.

Cada sílaba sonaba seca, abrupta como el golpeteo de una máquina de escribir. Intenté explicarle lo ocurrido (pero la coyuntura no me favorecía: a falta de pijama, me había acostado desnudo, y ya se sabe lo que hacen algunos cuando se desnudan): me había despertado en mitad de la noche (aunque, en realidad, ¿quién me aseguraba que no seguía soñando?) y había sorprendido ese desfile sonámbulo, sin rumbo aparente, de mujeres en camisón, alumbradas por la llamita temblorosa de una vela; mi propósito —le expliqué— no era otro que el de romper el maleficio y recabar una explicación. A Sandra le apaciguó el bálsamo de mis palabras, el cosquilleo grato de mis caricias. Impelida por una súbita consciencia, arrojó al suelo la vela que le había llenado la mano de ampollas y quemaduras.

—Mierda, cómo escuece.

Le besé con besos diminutos las heridas (picoteaba en su piel lastimada igual que un pajarito picotea el alpiste: no pude evitar un recuerdo conmisericordioso hacia el canario envenenado), y se las limpié con mi propia saliva, que tiene efectos curativos y sale bastante espesa. A Sandra la noté más moldeable que unas horas antes, cuando su estúpida inflexibilidad dismanteló mi acercamiento. Ahora mis caricias obtenían una franca aprobación, ese estado de laxitud que precede a la entrega. También el rencor estimulaba mi audacia: desaforadamente, la estreché entre mis brazos, por debajo del camisón. Su cuerpo mantenía ese contacto granuloso, no demasiado benigno, de los pollos fiambres. Me esforcé por reanimarla con manipulaciones infructuosas: sus senos, por ejemplo, se me caían de las manos, desinflados como vejigas de goma. Protesté:

—A usted le preocupa algo, Sandra. Sincérese.

Por el pasillo se alejaba la procesión nupcial de las mujeres, todas de blanco y todas camino de un tálamo compartido. La luz de la claraboya, en conjunción con la llamita de las velas, les acentuaba la rigidez, las adelgazaba como a cadáveres que salen de la tumba a mover el esqueleto. Sandra se tapó la cara y arrancó a llorar; tenía un llanto intermitente, congestionado, como el hipo de los perritos que se quedan sin dueño, y las lágrimas le asomaban por entre los dedos, lentas y ardientes como churretones de cera.

—Tengo que acudir a la llamada de don Jacinto —confesó al fin.

Me parecía estar profanando un rito de particulares y siniestras significaciones. Ensayé una postura neutra, a medio camino entre la indiferencia y la curiosidad, pero el resentimiento me delataba:

—Siempre supuse que El Gallo ocultaba algún misterio. Me basta verlo en la tele, fíjese lo que le digo, para sospechar que por debajo de la máscara se le amontonan los pecados. Ahora, usted me confirma que además son pecados contra el sexto mandamiento. Detesto a los impostores.

Los ojos de Sandra habían adquirido una fijeza de vidrios ahumados sobre la región pálida de su rostro. La melena se le había desordenado con tanto sobresalto; algunos mechones, recorridos por un hilo de sudor, se le apelmazaban sobre las sienes.

—Nos hace reunarnos en su habitación, una vez a la semana, y formar corro alrededor de él. Me da vergüenza contarle lo que sigue.

Contagiado por su pudor, me cubrí con una sábana los testimonios de mi virilidad. Si por algo aborrezco a los escritores (si por algo los envidio también) es por el empleo soez que hacen de su talento, utilizándolo para favorecer sus conquistas, o, ya más directamente, para imponer su tiranía sexual sobre muchachas incautas que, como Sandra, doblegadas por un sentimiento admirativo, se someten a sus dictámenes.

—No le dé vergüenza, Sandra, a los amigos se les cuentan las cosas —dije, procurando que la hipocresía no me rechinara demasiado entre los dientes.

La habitación había alcanzado una temperatura de confesionario, propicia a los arrepentimientos. Los muebles, a medida que transcurría la noche, exudaban una sustancia oleaginosa, y se reblandecían. Sandra tragó saliva y aligeró la opresión de su alma:

—Como es ciego y no nos ve, nos identifica por el tacto. Dicho así, de sopetón, suena muy crudo, pero le aseguro que él lo hace sin crudeza, y desde luego sin lascivia: nos acaricia el vello del pubis, comprueba su textura capilar y nos designa por nuestro nombre. Siempre acierta, da igual el orden en que estemos dispuestas: cuando llega mi turno, me toquetea un poco e, invariablemente, emite el mismo veredicto: «Sandra». Terminada la revista, elige a una de las muchachas para que le haga compañía durante toda la noche, y a las demás nos despide con palabras muy castas, no se vaya a pensar.

Sandra esbozó una sonrisa amarillenta, pero ingenua. No terminaba yo de creerme aquello de que El Gallo sólo deseara ensayar su memoria táctil, descartando los otros tres sentidos que le restaban. No supe si calificar la escena de hilarante o repulsiva: El Gallo designando a las muchachas, como en un bautismo sacrílego, dependiendo de si el vello era accesible o incómodo, lacio o hirsuto, angosto o extenso. La idea de la impostura me volvía una y otra vez, machacona como el péndulo de un reloj:

—Apostaría mis ahorros —estaba fanfarroneando: el estudio de la literatura no propicia el ahorro— a que

El Gallo ve mejor que usted y que yo. Se finge ciego para cultivar sus manías. Se aprovecha de ustedes, pobres muchachas crédulas. La literatura y la ceguera constituyen sus coartadas. Qué intolerable obscenidad.

Sandra protestó:

—Pero él no se aprovecha de nosotras. Sólo nos identifica y luego nos despacha con viento fresco. Comenté socarronamente:

—¿Y qué me dice de la muchacha que elige como dama de compañía? ¿También a ésa la respeta?

Se abrió una puerta al fondo de la casa, como un cuchillo de luz. Las muchachas en camisón fueron entrando en la habitación de El Gallo, adormecidas por una docilidad gregaria, como corderitas a punto de ser sacrificadas. Sandra sollozaba y murmuraba excusas que me llenaban de modorra. Al fin me confió el secreto:

—Pues claro que la respeta. El pobrecito lo único que hace es contarnos sus cuitas. Un escritor sufre mucho, ¿sabe usted?, y a veces necesita desahogarse con alguien que lo comprenda. Se tira toda la noche intentando explicar el milagro de la creación artística. Quiere que, a su muerte, una de nosotras herede su talento. Pero, para lograr eso, primero necesita instruirnos un poco. —Las

lágrimas le habían derretido el rimel, y trazaban una caligrafía sucia sobre sus mejillas—. Yo antes de conocer a don Jacinto era muy bruta, pero desde que participo en el desfile de las velas y me dejo identificar el pubis, he aprendido a distinguir una metáfora de una metonimia.

¿Cómo convencerla del engaño sin herir su amor propio? Creo que confundí mis ambiciones con un saludable anhelo de sinceridad:

—Ya sé lo que haremos, Sandra. Usted me presta su camisón y su vela, y con ese disfraz me presento ahora mismo ante el jodido Gallo. Le juro que se muere de un patatús, ese impostor, cuando me vea el pubis y lo que viene debajo. Porque yo sigo pensando que ese pájaro ve más que un telescopio.

La noche tenía una densidad de miel, agravada por el aceite que destilaban los muebles y la luz de jarabe. Se oía a lo lejos la voz de El Gallo, nombrando con la serenidad de un oráculo a las propietarias de tanto vello púbico. Aquello era una metonimia, no una metáfora.

—De acuerdo, usted gana —consintió Sandra, y se despojó del camisón sin demasiados melindres, mostrándome un cuerpo nítido, apenas maltrecho por la edad. Recuerdo que sus senos tenían un movimiento autónomo, deliciosamente autónomo, como dos ojos que bizquean.

—Espere aquí. Voy a desenmascarar a ese impostor.

El camisón de Sandra, que olía a magnolias pochadas, me dejaba al descubierto los sobacos peludos, esos antecipos del pubis, y al caminar se me recogía a la altura de las caderas; tenía ese contacto estremecido que tiene la ropa mojada y los flujos vertidos. Pensé, un tanto incongruentemente, que la luna estaba dentro de aquel camisón.

—Deséeme suerte —exigí a Sandra.

—Se la deseo de corazón. Pero tenga piedad de don Jacinto, no se vaya a morir de un infarto.

—Por mí, como si le da un ataque de epilepsia —comenté, alejándome por el pasillo que me conduciría hasta El Gallo.

El suelo se me ablandaba debajo de los pies, como una alfombra gruesa o un lodazal. Fue entonces, ya más sosegado, cuando comprendí que forzando aquella situación no pretendía desenmascarar una impostura. Lo que de verdad pretendía era resultar elegido por El

Gallo, esa noche y las sucesivas noches, como dama de compañía, para escuchar sus prédicas sobre los misterios de la creación literaria; de este modo, cuando él muriera, yo podría relevarlo en el Olimpo de los consagrados, aparecer en las tertulias televisivas, vender libros como rosquillas y rodearme de mujeres que se dejarían identificar por el pubis. Me sentía ridículo, enfundado en aquel camisón que olía a magnolias pochadas, pero me consolaba pensando que algún día el éxito me resarciría de la ridiculez, de la mediocridad académica y la continencia sexual. Llegué al aposento de Jacinto Borgia, alias El Gallo (aquello sí era un aposento), esplendoroso de arañas de cristal, paredes forradas de terciopelo, figuras de marfil tallado y músicas de mandolina; El Gallo dilucidaba las identidades poniendo mucho empeño en la percepción táctil. Todas las muchachas se mantenían inmóviles, reconcentradas en un éxtasis de anticipación y párpados cerrados, ofreciendo la ofrenda múltiple del pubis. Suspiré resignado cuando me tocó levantar el camisón y ofrecer la mía, menos múltiple que las otras. A veces, uno tiene que dejarse sobar, si quiere aprender para siempre la distinción entre una metáfora y una metonimia.

GÁLVEZ

Voy a pintar la historia de un verdadero pícaro a la luz cetrina de la realidad.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

I

Al Café Europeo acudía cada tarde, después de los ensayos, con Enrique Jardiel Poncela, que ya por entonces se había convertido en el autor predilecto de una burguesía infartada de esnobismo y vanguardias. Yo había llegado a Madrid hacía apenas cuatro meses, con los cartapacios atestados de bocetos escenográficos y cartas de recomendación para Tirso Escudero, aquel empresario con aspecto de rabino o matarife que durante tantos años regentó el Teatro de la Comedia, hasta convertirlo en una especie de matadero o sinagoga al que acudía por un instinto gregario un público igualmente devoto de Jardiel que del difunto Echegaray. Trabajar como figurinista y decorador para las comedias de otros (comedias razonablemente estultas, según el juicio que me dictaban el rencor o la envidia) no era, desde luego, mi aspiración última, aunque ese trabajo me hubiese permitido participar de la literatura, esa ceremonia esotérica, nutritiva como un ágape, que algunos iniciados se reservaban para sí. Mi misión allí, en la capital (esto lo intuía con ese fanatismo que sólo practican los escritores sin otra obra que algún poema adolescente y algún artículo en periódicos de provincias), abarcaba por igual el triunfo en los escenarios, la conquista de las revistas literarias, la intromisión en saraos y tertulias; para realizar esta misión, no hubiese desdeñado (no iba a desdeñar) el crimen, el cinismo, la sórdida impunidad. A Jardiel le confiaba mis proyectos (pero sólo en su aspecto más amable, desposeídos de ese afán de supervivencia inevitable en cualquier asalto a la cúspide), camino del Café Europeo, buscando en su magisterio un trampolín que me aupase a ese reino incólume que deseaba habitar. Jardiel adolecía de arrojo y pusilanimidad a partes iguales, y, en general, era un hombre optimista para las cosas pequeñas y pesimista para las grandes, como casi todos los humoristas de su generación. Parecía insatisfecho consigo mismo (andaba de puntillas por aparentar unos centímetros de más), y practicaba en su conversación esa alegría falsa y resentida de los feos. A Jardiel, más que los jóvenes escritores que pudieran suplantarle en el aprecio de su público, le preocupaban esos toreros y esos actores, mostrencos pero guapos, que, inevitablemente, le arrebatában la mujer a la que antes él había intentado cautivar, utilizando su mejor labia. El Café Europeo, en la glorieta de Bilbao, esquina con Carranza, acogía por las tardes una clientela insoportable de veterinarios cazurros, tratantes de ganado y alguna peripatética modesta y bienintencionada. En las últimas semanas, se había instalado allí, en un desafío a las

clases populares, una tertulia de intelectuales monárquicos y falangistas (lo uno no excluía lo otro, más bien lo confirmaba), señoritingos y algo canallas, que empleaban la tarde jugueteando con pistolas y sonetos (pero sin disparar el verso o la bala definitivos), explicando a la parroquia el catecismo de sus doctrinas. Jardiel, que sentía por la política la misma repulsa que por una mujer con bozo, despreciaba sin aspavientos a aquellos escritores fascinados por una gloria pretérita de batallas y oropeles; antes de entrar en el Café Europeo, me decía con una voz cáustica, pero en el fondo resignada:

—¿Sabes, Fernando? Los montones de piedras y las tertulias se forman por acumulación de adoquines.

Él había descubierto años atrás el bullicio laborioso y abigarrado de los cafés y lo había trasplantado a su prosa, que siempre había nacido sobre el mármol de los veladores; ahora le fastidiaba (pero jamás formuló una protesta) que aquellos señoritos de buena cuna invadiesen su territorio y lo llenasen con sus gritos difuminados y sus declaraciones de principios. El Café Europeo era un lugar antiguo, con esa belleza ajada que poseen las reliquias, multiplicado de espejos sin azogue y divanes de un terciopelo erosionado por tantos y tantos culos. Al fondo del local, junto a una escalera de caracol que conducía a los lavabos, los poetas falangistas jugaban al julepe e intercambiaban paradojas. Aquella tarde los acompañaba el fundador de su secta, José Antonio Primo de Rivera, el hijo del Dictador: tenía aspecto de joven adusto, bello y hermético, maleado por una España que no le correspondía a su fervor; decía, entre el humo del Café:

—No nos conformaremos con que no haya tiros en las calles porque se diga que las cosas andan bien; si es preciso, nosotros nos lanzaremos a las calles a dar tiros para que las cosas no se queden como están.

Pero en seguida se ponía a abarrotar cuartillas con una letra sesgada. Al parecer, en los ratos de asueto que le dejaban los panfletos y las soflamas, escribía una novela de la que decía sentirse orgulloso, titulada *El navegante solitario*; quizá el título respondiese a una desazón íntima, a un estado incipiente de perplejidad y desengaño. Jardiel se acodaba en el mostrador y se emborrachaba con un whisky espeso como el orín de un moribundo que le aflojaba la lengua y facilitaba sus aproximaciones a las peripatéticas (él hubiese preferido beneficiarse a una marquesa, pero no daba la talla).

—Enrique, discúlpame un momento: voy a ver qué se cuentan los falangistas.

Jardiel asentía con su cabeza ovina, abismado ya en el vaso de whisky que más tarde le florecería en el pecho, ese acordeón roto. El joven José Antonio levantaba de vez en cuando la cabeza del papel y hacía reflexiones en voz alta; una atmósfera turbia de nicotina y carcajadas acogía su monólogo:

—El romanticismo es una actitud endeble que viene a colocar todos los pilares fundamentales en terreno pantanoso; el romanticismo es una escuela sin líneas constantes, que encomienda a la sensibilidad la resolución de aquellos problemas que no pueden encomendarse sino a la razón. A la elegancia hay que llegar por el camino de la inteligencia, no por el de la emoción.

Hablaba con la unción del poeta injustamente cazado por la prosa, con la vehemencia del prosista injustamente cazado por la política. Sus palabras las comulgaban sus discípulos, transfigurados de sacramento e idolatría. Entre la parroquia de veterinarios cazurros y mujerucas iba creciendo un rumor áspero, herrumbroso, de tripulación a punto de sublevarse. Jardiel, aferrado al whisky, enfermo de paradojas wildeanas, mascullaba:

—La política es la cafeína de los seres débiles.

En derredor de José Antonio, como una guardia pretoriana pero inútil (hacían relumbrar sus pistolas por debajo de la chaqueta, pero en caso de gravedad no hubiesen tenido valor para desenfundarlas), se agrupaban unos cuantos muchachos que aspiraban, como yo, a beber del cáliz de la poesía; todos cultivaban una pose de caballeros prematuros, insuflados de trascendencia y ecuanimidad. Mourlane Michelena, Sánchez Mazas y Eugenio Montes eran las tres columnas dóricas sobre las que se asentaba el arquitrabe de la estética falangista. Michelena cuchicheaba maliciosamente, pero ante las mujeres actuaba con cortesía, con esa cortesía almibarada del doncel. Eugenio Montes era un escritor atrapado por la literatura de vuelo corto; tenía el perfil y el ademán

de aquellos a quienes aguarda un gran porvenir, un porvenir eternamente dilatado que nunca se haría realidad. Sánchez Mazas, un cruce de judío y pierrot, miraba a derecha e izquierda con ojitos de lagartija inquieta; bebía coñac a pequeños sorbos, picoteando como los pájaros: cuando el licor le llegaba al estómago, sabía a catolicismo e imperio. También deambulaba por allí, culo de mal asiento, Samuel Ros, autor de novelas cubistas, obseso de las simetrías, tarambana genial; con ese ir y venir de un sitio para otro ilustraba su máxima vital: la del hombre sin convicciones que se deja arrastrar por los demás. En una cercanía menos servil, algo más distanciados de la ortodoxia falangista, se hallaban los reticentes (aunque la reticencia naciese de la frivolidad, no de la disparidad ideológica): Ruano y Foxá. El primero era un profesional de la literatura (los otros eran diletantes); poseía una cabeza como esculpida en cera, un bigote de mosquetero, un parpadeo trágico en los ojos que preludiaba el acoso de la enfermedad; escribía sin reposo, desvelado de café y temblores, mezclando con la tinta de la pluma su propia sangre pálida, sangre sin leucocitos, como de muerto que ha salido de la tumba. Foxá atronaba el Café con su voz ancha y pastosa, sostenida por risotadas de caballo; las palabras salían de su boca, infalibles como las del Papa, relampagueantes al paso de una mujer hermosa, quizá demasiado afanosas de catalogar el mundo; era una especie de buda perverso, un gordito con cara de obispo seglar, cejas espesas y dedos arciprestales, encadenados de sortijas. Ajeno a las preocupaciones políticas de los otros, se levantaba de su asiento, habano en ristre, y recitaba su último soneto de viva voz:

*Sin flauta ni carcaj sobre la espalda
marcha el centauro, con heladas venas,
por el olivo y el panal de Atenas,
mustia sobre su frente la guirnalda.*

*Y aún, en el lomo, lleva a aquel Cupido
que hace cien años le ofrendara rosas,
y ahora hiere sus carnes dolorosas
y le arranca el cabello encanecido.*

*¡Centauro sin amor; viejo pagano,
que cifraste tu gloria en ser potente
y hoy, junto al mar, relinchas lastimero!*

*Centauro que quisiera ser cristiano,
bautizado por Pablo en un torrente,
con un alma inmortal de caballero.*

A la lectura del soneto siguió una celebración mixta de aplausos y abucheos, como un presagio de la insalvable distancia que separaba a los falangistas de aquel puñado de hombres que acudían al Café para nutrirse con un vino agrio que les dejaba en el corazón alegrías estrepitosas y melancolías incurables. Un grupo de bohemios que acababa de entrar en el Europeo expresó con exabruptos su opinión sobre la poesía pura; los falangistas respondieron desde la doble muralla de las mesas y la penumbra. Se hizo luego un silencio aguzado de puñales, una calma artificiosa, como un duelo de reproches tácitos. Entonces sonó una voz cetrina, enronquecida de noches y de tabernas:

—Sois unos señoritingos de mierda, unos señoritingos de poema y medio que se cansan a la tercera cuartilla. Pensáis que escribir es lo mismo que enamorar chavalas o apostar en las carreras. Pero algún día cambiarán las tornas, y entonces...

La amenaza sonó como un anatema, ansiosa de vengar las humillaciones soportadas durante años. La había pronunciado un hombre de mirada alborotada, sucio hasta la criminalidad, un hombre de pupilas crueles, agrandadas por unas gafas de cristales gruesos. Iba encapotado, y sus facciones, famélicas y agitanadas, mostraban los estragos de una mala alimentación y de las noches pasadas a la intemperie, sobre la madera funeraria de los bancos del Parque del Oeste. A su lado,

cubierta por un vestido lleno de desgarrones que apenas le tapaba las vergüenzas, se hallaba una mujer flaca, de belleza tísica y convulsa, como las musas de Baudelaire. Parecía la esposa de aquel desharrapado, y, sin embargo, miraba a los parroquianos con miradas ardientes, anticipatorias del deseo. Aquella mezcla de sensualidad y envilecimiento me empezó a poner nervioso; no en vano Baudelaire había satanizado mi adolescencia.

—Ese energúmeno es Pedro Luis de Gálvez, el sablista. La otra es Teresa, su compañera: se prostituye para pagarle sus borracheras —me informó Jardiel, con la seguridad de quien ha participado en el sufragio de esas borracheras.

Sobre Pedro Luis de Gálvez circulaban leyendas por todo Madrid que mezclaban la hipérbole con la ferocidad, la hagiografía con el disparate. Había malgastado sus años juveniles en un seminario andaluz, entre lecturas estrafularias de ciertos episodios bíblicos y escarceos amorosos que no osaban decir su nombre; cansado de rezar maitines y de fingir liturgias, se fugó del seminario, dedicándose a propalar por los pueblos mineros del Sur la buena nueva republicana. En una aldea cordobesa, ante un público tenebroso y enardecido, acusó al Rey de cretinismo y le atribuyó, como a Wilde, ciertas supuraciones de oído, fruto de una sífilis mal curada. La calumnia le reportó admiraciones, pero también una condena por catorce años en el presidio de Ocaña; allí sobrevivió, enterrado en el lodazal de la miseria, oprimido por un grillete que ya le dejó para siempre su marchamo a la altura del tobillo, una pulsera de lividez e hinchazón. El mismo Rey que lo mandó apresar le concedería a los cuatro años el indulto, acuciado por peticiones de intelectuales que creían haber descubierto en Gálvez un talento en bruto. El aire de la libertad fue añadiendo a Gálvez una expresión torva, un victimismo hipócrita que lo impulsaría a la mendicidad y a la truhanería. Desembarcó en la capital con aquella mujer, Teresa, a la que decía haber raptado de la férula paterna, ofreciendo su pluma a cambio de vino y a su compañera a cambio de otras viandas de mayor fundamento. Formaban una pareja terrible, Gálvez y su compañera, dedicada al sablazo, a la extorsión y el chantaje. Gálvez se había forjado un pasado apócrifo que exageraba las penalidades de su estancia en Ocaña e incorporaba pasajes cosmopolitas, con excursiones a la Rusia de los zares y noviazgos morganáticos con la Reina de Albania. Quizá fuesen estas veleidades monárquicas las que motivaron que la recién inaugurada República (esa República de la cual él había sido profeta, allá por el subsuelo sombrío de Andalucía) lo pretiriese, igual que antes lo había preterido la Corona; o quizá, simplemente, la razón de su apartamiento no fuese otra que la propia vocación de Gálvez al malditismo, a la vida errabunda, a las madrugadas hambrientas y los amaneceres etílicos. Teresa lo acompañaba en sus vagabundeos a través de tabernas y cafés, de tugurios y cenáculos de postín, pedigüeña como su marido o concubino, acanallada como él, ofreciendo al mejor postor la flor ajada y baudelairiana de su carne. Los improperios de Gálvez habían amilanado a algunos falangistas, a quienes las pistolas les pesaban como pisapapeles; no a Foxá, que retó a Gálvez con un alejandrino conclusivo:

—Quizá el zarrapastroso recite otro soneto.

Una parroquia enfervorizada alentó al bohemio frente al señorito antipático y pedantuelo. En el Café Europeo crecía esa nube de humo alevoso, preñada de malos auspicios, que ya pronto, un día cualquiera, invadiría la calle con su olor a pólvora y cadáveres podridos. La voz de Gálvez se abrió hueco en la atmósfera enrarecida del Café, ominosa y bíblica, hasta desembocar en aquellos tercetos memorables, más memorables aún que los de Foxá:

*Mas con el rojo índice te señala el Destino.
Cuando, envuelto en las sábanas de finísimo lino,
descansas en la noche de tu leve jornada,*

*en la piedra más dura de tu propio palacio,
lentamente, sin ruido, despacio, muy despacio,
el pueblo, que no duerme, saca filo a la espada.*

Todo un ejército de hombres anónimos, insatisfechos, unánimes, se sumaba a los endecasílabos

de Gálvez, recitados con esa lentitud llena de presagios que sólo los augures saben añadir a sus palabras. Una ovación prolongada conmemoró el desenlace del soneto; los insultos se cuajaban en el aire, paralizando las respiraciones de los falangistas, que ya se batían en retirada, como soldados despavoridos. La dialéctica de los puños y las pistolas que preconizaban la reservaban para sus libelos. Sólo Jardiel se mantuvo ajeno al conflicto, descreído de la lucha de clases y del poder contagioso de la literatura; dictaminó:

—La poesía es un estado de alucinación, nada más.

Mentía. La poesía es un estado de alucinación, pero también una herramienta de triunfo, una ganzúa con la que se pueden descerrajar las puertas que custodian el santuario de la fama. Se acababan de convocar en el Puerto de Santa María unos juegos florales en los que ofrecían cien duros al mejor soneto; a mí el soneto se me resistía (en realidad, se me resistía la literatura, en su amplio repertorio de prosa y verso, pero el orgullo me impedía reconocerlo), así que pensé encargarle uno a Gálvez a cambio de una propinilla. Me acerqué a él, aprovechando la confusión que reinaba en el Café Europeo; la proclamación de sus versos le había procurado una popularidad efímera, menesterosa, de maestrillos que lo invitaban a una copa de anís y samaritanas que le acariciaban la entrepierna. Gálvez olía a jergón y ropa sudada.

—Oiga, quiero hacer negocios con usted —le deslicé al oído.

Gálvez se recostó sobre el mostrador sucio de mugre y licores vertidos. Cruzó con Teresa una mirada cómplice y benefactora; ella asintió casi imperceptiblemente, dueña de su propia sordidez. Me atraía aquella mujer, la textura mórbida de su piel, la palidez milenaria de su rostro, esa dentadura aquejada de caries y sustancias venéreas.

—Se la ofrezco por diez duritos, caballero —me propuso Gálvez; era la suya una voz encenagada por la miseria, arrumbada entre cánceres de garganta—. Yo le pongo la cama y los condones. Si le coge gusto, habrá rebajas. No lo defraudará, descuide, sabe más que Lepe.

Teresa seguía asintiendo, consentidora de la charla de Gálvez, que no evitaba detalles escabrosos. Por un momento, me imaginé unido a aquella mujer, sabía de tantos hombres, anciana prematura, ensuciándose con su saliva, tendido en unas sábanas en las que podría hundirme, como si fuesen fango. Sentí un ramalazo de deseo.

—Acepto —dije—. Sólo que en vez de diez le pago quince duritos, y usted, a cambio, además de prestarme a la señora, me escribe un sonetito y renuncia a su autoría. Un soneto igual de bueno que el que acaba de recitar, pero menos incendiario.

Gálvez liaba un pitillo con una picadura que incorporaba al tabaco una confusión de briznas, pelusas y sedimentos. El Café Europeo se ponía insoportable de pendencias y gargajos. Gálvez escupió por el hueco del colmillo:

—Trato hecho —dijo.

II

En alguno de sus libelos, José Antonio, ese muchacho apolíneo y tontorrón, afirma que lo importante es tener un estilo propio. «El estilo —dice— es la forma interna de una vida que, consciente o inconscientemente, se realiza en cada hecho y cada palabra». A falta de otra enseñanza más provechosa, he adoptado esta consigna como justificación a mi arribismo. He descubierto que el arribismo impregna mi vida, cada hecho y cada palabra, con una pátina que brilla como el barniz. Como no puedo arrancarme esa pátina (igual que no puedo escribir sonetos con esa facilidad milagrosa de Gálvez), he decidido emplearla como recurso estilístico. Sigo siendo un escritor sin obra, incapaz de formular una imagen vistosa, pero no por ello desisto de alcanzar los laureles definitivos. Quizá la razón de esta incapacidad resida, más que en un defecto, en un exceso de ideas: los poetas, igual que los políticos, son individuos de ideas pequeñas, rudimentarias, a menudo espesas o demasiado cándidas; su secreto consiste en casar esas pocas ideas, confiriéndoles una apariencia de complejidad. Gálvez utiliza esta argucia al escribir; también José Antonio al redactar sus proclamas; quienes, como yo, padecemos un exceso de ideas, tenemos que renunciar a recogerlas en el papel. Nuestro reino es el de la especulación.

Pero ya he repetido hasta la saciedad que la ambición y el cinismo constituyen mi único estilo. Gálvez me escribió un soneto apasionado y amargo, de dolor secreto y decorosamente guardado, con el que triunfé en los juegos florales del Puerto de Santa María; era un soneto que retrataba el sentimiento del bohemio ante la adversidad: *sin fortuna, / muerta la fe, sin ilusión alguna, / y en la mano una bala, como Larra*. Este último verso dibujaba con tiralíneas el alma suicida de Gálvez (pero el romanticismo es una actitud endeble, según escuché en el Café Europeo), su fervor destructivo y nihilista. El triunfo en los juegos florales me reportó, amén de unas ganancias, cierto reconocimiento en los círculos literarios que yo me encargué de alimentar, solicitando a Gálvez nuevas composiciones, nuevos sonetos que refulgieran a la luz del mediodía, nítidos como mausoleos o muchachas desnudas.

Menos claridad que en sus sonetos había en la buhardilla donde trabajaba Gálvez, un cuartucho de alquiler ínfimo, en las grutas de Cuatro Caminos, oloroso de humedad y microbios. Allí escribía Gálvez, a la luz de un quinqué con pantalla de visera que arrojaba su luz turbia sobre las cuartillas en las que se agolpaban los sonetos fúlgidos que yo me apropiaría, las colaboraciones mercenarias para ciertas revistas ultraístas que veían en Gálvez a un último espécimen del casticismo bronco e iconoclasta, los chascarrillos para los pasquines comunistas, las comedias trucas (el tercer acto se le atragantaba), los epicedios con los que se presentaba en los funerales, para recaudar unos durillos que luego ahogaba en las tabernas próximas a la cuarta de Apolo. Gálvez escribía sin descanso, arbitrariamente, intercalando perlas en mitad del estiércol, con ese frenesí visionario de los polígrafos. A pocos metros de su escritorio, separada por un biombo de lienzo con dibujos japoneses, estaba la cama en la que Teresa aguardaba un nuevo cliente. Todos los sábados, al anochecer, subía a la buhardilla de Gálvez para encargarle otro soneto y fornicar con su compañera. El crepúsculo otorgaba una feminidad acogedora a aquel lugar destartado y misérrimo. Yo echaba los duros sobre el escritorio de Gálvez, uno por uno, para encandilarlo con el tintineo dulce de la plata.

—Quiero que me escribas un soneto surrealista. Es lo que vende últimamente.

A Gálvez, la noche le iba ensortijando el pelo, chamuscándole los rizos, enredándoselos de metáforas y sinalefas. Tenía una letra menuda, minuciosa, entreverada de interrogaciones. También Teresa, su compañera, tenía un cuerpo menudo y minucioso, entreverado de orgasmos vicarios, de estremecimientos que no le pertenecían. Me tendía sobre ella, en la oscuridad culpable de la

buhardilla, y fornicaba sin demasiadas ganas, como quien ejecuta un ejercicio de estilo. Teresa se hundía en el colchón que nadie se encargaba de orear a la mañana siguiente, entre los miasmas de su abyección. Al otro lado del biombo, se recortaba la silueta laboriosa de Gálvez, quemándose las pestañas a la luz de un quinqué que, cada noche, incorporaba una nueva dioptría a sus lentes, en un itinerario que desembocaría en la ceguera irremisible. A través del lienzo del biombo, Gálvez tenía un aspecto textil, como de retrato impresionista (pero de un impresionismo pobre, reacio a la luz); su presencia avivaba mi deseo, y casi me obligaba a poseer nuevamente a Teresa, que me aceptaba sin tarifas suplementarias, demasiado tuberculosa para proferir una queja.

Bien avanzada la noche, llegaban a la buhardilla unos amigos de Gálvez, bohemios como él, instalados para siempre en una derrota, personal y colectiva, de la que parecían regodearse. Acudía allí un tal Xavier Bóveda, plumífero insignificante, tipógrafo sin oficio ni beneficio que presumía de haber abandonado su Galicia natal a la conquista de Madrid sin otra carta de presentación que la de una monja, tía suya, que al menos le servía para obtener la sopa boba en las Descalzas Reales (yo, en cambio, había acudido a la capital con mi cartapacio atestado de recomendaciones); tenía una voz llorona, hiperbórea, que multiplicaba mi frenesí erótico. Lanzaba retos sin destinatario:

—Yo me pego con el que diga que es mejor poeta que yo, mecagüen la puta.

Otro asiduo a estas reuniones era un tal Eliodoro Puche (se había extirpado la H del nombre en honor de la madre analfabeta, que lo designaba así en los remites de las cartas), un poeta murciano y beodo, frecuentador de enterradores y busconas, insolente hasta el extremo de gastar monóculo.

—A mí es que el monóculo me pone modernista.

No menos insolencia (pero sin el aditamento del monóculo) se gastaba Rafael Cansinos Asséns, padre adoptivo de todos los mandrias y bohemios que habitaban las callejas de Madrid. Cansinos Asséns arrastraba por la inmensa noche el desconsuelo de no haber alcanzado, como Unamuno o Valle-Inclán, esa categoría mesiánica que lo hubiese convertido en avanzadilla espiritual de Occidente. A falta de prestigio y autoridad, Cansinos se extenuaba en el aprendizaje de las lenguas (dominaba diecisiete o setenta y una, no recuerdo la cifra) y en el trato con bellacos y truhanes, a quienes intentaba inculcar ínfulas literarias y aun metafísicas. Cansinos, cuando escribía, aburría a las ostras, pero su conversación, a la que imprimía una cadencia versicular, subyugaba a sus oyentes, para quienes aquel ejercicio de sintaxis resultaba más valioso que todos los tesoros del Tabernáculo. Cansinos era un hombre híbrido de gigante, caballo y niño huérfano. Vivía por el Viaducto, paraje frecuentado por los espectros de los suicidas, y esto le daba un aire de visitador de catacumbas. Solía recoger por la calle todos los perros sin dueño con que se topaba, una jauría ruidosa y fiel que lo acompañaba en sus paseos noctálope.

—Háblenos de lo que está traduciendo, maestro.

Y al conjuro de esta petición, Cansinos los rociaba con su salmodia inalterable (su salmodia los purificaba, como un hisopo de agua bendita) y casi hipnótica. Además de los perros, recogía de las alcantarillas y de los figones a discípulos que ignoraban su condición de tales hasta que Cansinos los dormecía con el arrullo de sus prédicas. Cierta noche, se trajo a un joven medio niño (vestía con atildamiento, en contraste con la ropas remendadas de los otros), venido de la Argentina, a quien se le notaba el mareo de los recién desembarcados. Se llamaba Burgos, o Borges, y al hablar mostraba una ansiedad calenturienta y cosmopolita. Era pálido y efusivo, misterioso y huraño, y entendía la poesía como una especie de sacerdocio o de renuncia (también la renuncia constituye un estilo); leyó unos versos enrarecidos (aunque quizá la rareza se la añadiese yo, que tenía que distribuir mi atención entre lo que hablaban aquellos hombres y el fornicio), enrevesados de laberintos y delirios especulares, y propagó su amor por escritores de apellidos imposibles: Chesterton y De Quincey.

—Muy finolis me pareces tú —protestaba Gálvez.

El muchacho argentino siguió acudiendo a la buhardilla, acompañando al maestro Cansinos, durante una temporada. Las tertulias de los bohemios (no ocurre así con los falangistas, que cuidan más la gradación y el clímax) sufrían, a lo largo de la noche, numerosas recaídas e incursiones caóticas en la somnolencia; otras veces, se desarrollaban atropelladamente, quitándose unos a otros la palabra de la boca (salvo Burgos, o Borges, más ecuánime y circunspecto), vociferando y

enzarzándose en disputas peregrinas. Cansinos, con la calderilla que ganaba de las traducciones, compraba una garrafa de vino peleón y unas latas de sardinas, atún o caballa, en cuyo aceite submarino pringaban mendrugos de pan.

—¿No invitamos al huésped de Teresa? —preguntaba Cansinos, más malintencionado que el resto.

—Déjalo estar, Rafael, no me sulfures.

Congraciados en su banquete oleaginoso (pero Burgos, o Borges, apenas pringaba pan: venía bien cenado del hotel), se olvidaban de mi presencia, y reanudaban sus disquisiciones estériles, crispadas por el aroma añejo de la polémica. A mí, con el transcurso de los meses, las visitas a la buhardilla de Gálvez me empezaban a producir el hastío que sucede al deslumbramiento, un hastío que ni siquiera la carne mustia de Teresa lograba aplacar (también los juegos canallas aburren). Sólo los sonetos de Gálvez, esos sonetos cuya autoría yo usurpaba, esos sonetos que me abrían las revistas de papel verjurado, me ataban a Cuatro Caminos.

—Gálvez, mira lo que te traigo del Viaducto —dijo Cansinos cierta noche, nada más entrar en la buhardilla. Llevaba bajo el brazo un bulto envuelto en papel de estraza, blando e inofensivo. Lo arrojó sobre el escritorio (sobre los sonetos de Gálvez, nítidos como mausoleos o muchachas desnudas) y deshizo el embalaje.

Se abrió un silencio de infinito asco o infinita misericordia. Burgos, el discípulo argentino de Cansinos, se tuvo que sujetar el estómago, sacudido por una arcada. En la buhardilla, de repente, olió a carne podrida. Me pareció que Teresa había dejado de respirar.

—¡Pero si es un niño muerto!

El joven Burgos vomitaba de cara a la pared, como un alumno aplicado a quien su maestro castiga por mero masoquismo. Desde el Viaducto, muchas madres solteras se arrojaban al aire suicida de la noche, que reparaba su honor y les devolvía la virginidad perdida; en esos saltos definitivos, se aferraban a sus hijos todavía lactantes, para añadir un testimonio de dramatismo a su muerte. Cansinos recogía los cadáveres infantiles, lívidos a causa de una leche que no habían llegado a digerir, para que Gálvez les sacase el provecho de unas cuantas propinas. A la luz apolillada del quinqué, Gálvez improvisaba un ataúd con una caja de zapatos y metía allí al niño muerto y desconocido, del que pronto se fingiría padre.

—Por donde La Granja del Henar seguro que nos dan buenas limosnas. Tiene una clientela muy católica y sentimental.

Gálvez se colgaba la caja de zapatos del cuello, con su carga fúnebre, y salía a la calle, llenando la noche con un llanto hipócrita que pretendía emular el desconsuelo de un padre que se queda huérfano de hijos. Detrás de él, como una comitiva luctuosa, lo seguían sus compinches, portadores de un viático sacrílego, apelando a la piedad de los transeúntes para sufragar el entierro del niño. Con el dinero que recaudaban, se emborrachaban en tabernas inmundas hasta el amanecer, que los sorprendía con su luz andrajosa, aquella luz que dolía como un remordimiento de conciencia. El cadáver del niño lo habrían arrojado seguramente en alguna escombrera.

Gálvez dejaba la buhardilla y no regresaba hasta bien entrada la mañana, cada vez más negro y hereje, envenenado por la sustancia densa de la degradación. Cuando me quedaba a solas con Teresa, solía pasar al otro lado del biombo y rebuscar en los cajones del escritorio la producción literaria de Gálvez, abandonada al polvo y a la desidia. Aquella noche en que planearon sacarle unos duros al niño muerto, un silencio pecaminoso parecía agrandar la buhardilla; me levanté de la cama y vacié los cajones del escritorio, dispuesto a nutrirme durante varios años de aquellas obras inconclusas, probablemente contrahechas, pero superiores, en cualquier caso, a las mías, que ni siquiera existían. A Teresa, la mujer de Gálvez, la carcoma de la muerte la iba agujereando, poco a poco, sin interrupción. Me escondí el bulto de las cuartillas robadas debajo de la chaqueta (noté un frío repugnante, cárdeno, como si lo que escondía fuese el cadáver de un niño) y me dispuse a escapar. Cuando me dirigía a la puerta, me tropecé con Burgos, el joven argentino de las especulaciones metafísicas; se había refugiado en un rincón, estremecido de horror, mojado de vómitos y duplicado por un espejo que le escupía su figura insignificante.

—No se preocupe, señor. No les contaré que fue usted quien robó esas cuartillas. A mí también

me gusta robar las palabras de otros, allá en mi país —dijo, con una voz que sonó ajena a él, como procedente de ultratumba o del estómago de un ventrílocuo.

Salí de la buhardilla para no volver nunca más. Pensé que dejaba atrás una pesadilla atroz, pegajosa y recalcitrante. Respiré el aire renovado de la noche, que olía a riego de mangueras y a periódicos calientes. «El estilo —recordé— es la forma interna de una vida que, consciente o inconscientemente, se realiza en cada hecho y cada palabra».

III

Entre los manuscritos hurtados a Gálvez encontré un par de comedias, no demasiado graciosas, que contenían, sin embargo, una crítica despiadada de las vanguardias, a las que se ridiculizaba *desde dentro*, dinamitándolas con un lenguaje castizo, casi patibulario. Bastaron unos cuantos retoques (una poda de ciertas asperezas y desmanes) para convertir aquellas comedias irrepresentables en éxitos de taquilla. La cartelera del Teatro de la Comedia, tras la última expedición hollywoodiense de Jardiel, languidecía entre dramones decimonónicos y sainetes perpetrados por epígonos de Arniches; no me costó, pues, convencer a Tirso Escudero para que estrenase aquellas obras que le presenté como mías. El público que acudía al Teatro de la Comedia, saturado por igual de los excesos vanguardistas y del intolerable espesor de las viejas dramaturgias, acogió, si no con entusiasmo, al menos con buena voluntad, aquella vía intermedia que, sin incurrir en fríos intelectualismos ni en trucos altisonantes, reivindicaba el aspecto más puramente lúdico de la farsa. Los aplausos que seguían a cada representación los escuchaba yo entre bastidores, embriagado de vanidad. Desde la platea, desde los palcos, desde el paraíso, se aplaudía mi obra, no la de un bohemio a quien nadie conocía, no la de ese hombre oscuro que mi memoria aún se obstinaba en traer a colación. Más benévolos de lo habitual, los críticos quisieron compartir un pedazo de mi gloria con reseñas que elogiaban la simbiosis de tendencias dispares, el *tour de force* dramático y no sé cuántas paparruchas más.

Mi misión en la tierra se había cumplido. En la tertulia del Café Europeo mis apariciones eran saludadas por una feligresía pendiente de mis palabras y ademanes, de cada signo que implicase una intervención mía en el hastío de la realidad. Los intelectuales falangistas, que antes apenas reparaban en mí, me aturdían con un torrente de proyectos en común. La fama era dulce como un pecado mortal, y la figura de Gálvez se iba desdibujando en una lejanía plácida, inofensiva, relegada en el desván de los enemigos muertos. Recabé noticias entre quienes lo conocían, aquella marea de bohemios que también me adulaba con un halago igual de mendaz que el halago de los señoritos falangistas; nadie supo darme descuentos: a Gálvez y a su compañera se los había tragado una conspiración de olvido. Preferí no mostrar síntomas de extrañeza, pues sabía que la raza de los hombres desheredados aparece y desaparece como las estaciones o las epidemias. Sólo me restaba disfrutar de mi estado, mientras durase.

Estalló la contienda civil. En el Café Europeo a nadie pilló de sorpresa el acontecimiento, anticipado allí mismo, a pequeña escala, cada tarde, durante los tres o cuatro últimos años. En la tertulia de los intelectuales falangistas se produjo una diáspora urgente, demasiado urgente, incluso para los divanes del Café, que durante algunos días mantuvieron en su terciopelo la señal de nalgas tan conspicuas: González-Ruano aprovechó como coartada su corresponsalía en Roma; Foxá obtuvo un destino diplomático en Bucarest del que más tarde desertaría para pasarse a la zona nacional; Samuel Rosy Sánchez Mazas, después de huidas deshonrosas y fusilamientos de mentirijillas, obtuvieron asilo en la Embajada de Chile; entre la desbandada general, sólo el místico José Antonio mantuvo firme su posición, anhelando un destino en lo universal: todas las religiones precisan mártires para su difusión. Sus contertulios del Café Europeo lo homenajearon con sonetos más o menos lacrimógenos, y dejaron la dialéctica de los puños y las pistolas para los militares, que conocían mejor el oficio.

Las representaciones en el Teatro de la Comedia fueron suspendidas por orden de la Dirección

General de Seguridad, y posteriormente sustituidas por vodeviles de asunto revolucionario a los que asistían guardias de asalto y verduleras, más preocupados de jugar su partida de tute y beberse su infusión de achicoria que de lo que ocurría en el escenario. Súbitamente, fui relegado a las funciones de figurinista y escenógrafo, las mismas que desempeñé antes de mi bautismo literario. Con un vestuario exiguo impuesto por la pobreza, más que por la concupiscencia, un puñado de muchachas salía a escena y entonaba loas a la milicia popular, al amor libre y a la República. Estos vodeviles creaban un clima de felicidad y camaradería (incluso a mí se me contagiaba esa felicidad en los momentos de mayor flaqueza, cuando olvidaba el estilo) que hacía más llevaderas las noticias del frente, las bajas inagotables, las barricadas perforadas de sangre y dolor. Una noche, a finales de agosto, después de una de aquellas representaciones, se me acercó una pareja de milicianos; habían entrado por la puerta de servicio, en la calle Núñez de Arce, por un prurito de clandestinidad. Ambos llevaban monos azul mahón, correajes de cuero, máuseres y el gorro cuartelero de la FAI. Hablaban al unísono, como emisarios de una embajada conjunta:

—Fernando Navales, tiene usted que acompañarnos.

Protesté sin convicción:

—¿Adónde?

—Eso ya se lo dirá nuestro jefe. Vamos, andando.

Me tomaron cada uno de un brazo, adiestrados en una coreografía que ya habrían repetido muchas noches y que seguirían repitiendo incansablemente, hasta que otros impusieran otra distinta y más cruel. Salimos a la calle del Príncipe y avanzamos por la Carrera de San Jerónimo hacia la Plaza de las Cortes. La noche tenía una claridad insomne, una quietud estremecida por el fragor lejano de las bombas. Tuve la sensación no demasiado trágica de estar apurando los últimos instantes de mi vida. Los milicianos de la FAI parecían hombres buenos, elementales como la tierra, aburridos de una pesadilla que se repetía cada noche.

—¿De qué se me acusa? —insistí.

—De no estar sindicado en la Sociedad de Autores —me respondió uno de ellos—. Pero eso lo ventila usted con nuestro jefe. Nosotros ni pinchamos ni cortamos.

Atisbé un automóvil negro aparcado cerca de la Plaza de las Cortes; tenía escritas en las portezuelas, con caligrafía firme, las iniciales de la FAI. Me empujaron al asiento trasero; el interior del coche era amplio y luctuoso, muy a propósito para transportar ataúdes. A mi izquierda, noté la cercanía de un hombre cetrino, flaco, como surgido del infierno o del hampa. Iba vestido con un uniforme incongruente, mitad de miliciano, mitad de rebelde zapatista: me llamaron la atención el sombrero mejicano y el cinturón erizado de pistolas y puñales, como una panoplia. Me saludó:

—Cuánto tiempo, amigo. Ya veo que no se conforma usted con los sonetos.

El automóvil funerario se puso en marcha, casi sin ruido. La ciudad desfilaba, espectral, como un escaparate móvil, a través de las ventanillas; se veían jirones de luz como restallidos, edificios en ruinas, una geografía desolada de escombros y cadáveres ambulantes. La voz de Gálvez sonaba con un metal distinto, humedecido en tabernas, prófugo de tantas y tantas noches. Por encima de nuestras cabezas, se fraguaba una tormenta.

—Mira que desaparecer sin avisar... Ni siquiera asistió al entierro de Teresa, ni siquiera fue a visitarla a su tumba, con lo que le gustaba visitarla en la cama —hablaba desmenuzando las palabras, con pausas premeditadas—. ¿Sabe? No pude pagarle un coche fúnebre para que la llevara al cementerio. Ahora, en cambio, me sobran los coches fúnebres.

Distinguí en sus facciones una mueca resignada, quizá socarrona. Las miserias de su vida lo habían envejecido, a pesar del uniforme castrense. El miliciano que conducía el coche preguntó:

—¿Adónde lo llevamos, jefe?

Gálvez apresuró la respuesta:

—A la Casa de Campo.

El automóvil se deslizaba por calles desconocidas, confusas de murciélagos y de mendigos que huían despavoridos a la luz de los faros. Caía una lluvia insignificante sobre la chapa del automóvil.

—Tengo un cargo importante en la Dirección de Seguridad, ¿sabe? Me han puesto al cargo del Colegio de San Antón, con la orden de encerrar allí a todos los intelectuales facciosos que pille. Sus

amiguitos del Café

Europeo tomaron las de Villadiego, no pude atraparlos. Por cierto, ¿es usted faccioso, don Fernando?

No contesté, por temor a que la voz delatase mi zozobra. El aire se rasgó con el primer relámpago, que iluminó el perfil de Gálvez, complicado de arrugas y cavilaciones. La ciudad parecía envuelta en un sudario fosforescente. Los milicianos tarareaban una tonadilla probablemente escrita por el propio Gálvez:

—*Joven guardia, joven guardia,
al burgués implacable y cruel,
joven guardia, joven guardia,
no le des paz ni cuartel.*

Sentí un repentino respeto por mi sangre, que pronto se derramaría. En la Casa de Campo, entre tomillos y jarales, se rumoreaba que habían instalado una checa con cierto prestigio de eficacia. Sonó el trueno inexorable.

—Me enteré de sus progresos teatrales. Le envidio, créame. Siempre soñé con triunfar en los escenarios, pero me quedé en los sonetos de encargo. Es el sino de los desgraciados.

Gálvez hablaba para la posteridad, en un susurro apenas audible bajo el repiqueteo de la lluvia, que arrojaba su metralla simbólica sobre mí, anticipando el fusilamiento. En la Casa de Campo, detrás de la caseta del guarda, había una tapia de mampostería, agujereada por una metralla menos simbólica que la de la lluvia.

—Hemos llegado, jefe.

La tormenta era tupida, sorda, surcada de relámpagos como cicatrices. Los milicianos bajaron del coche y montaron sus máuseres. El agua fría del cielo me iba empapando la camisa, mientras se cumplían los preparativos. Gálvez, parapetado bajo su sombrero mejicano, lió un cigarrillo y le prendió fuego, mientras el agua le resbalaba por el ala del sombrero como por una cornisa. Un frío azul, inmenso como el miedo, me recorrió por dentro; otra agua más caliente que la que caía del cielo me mojó los pantalones. Lloré abiertamente, abandonado de mi condición viril.

—Esperad, muchachos, no disparéis.

Los milicianos me apuntaban, impasibles al itinerario de los relámpagos. Gálvez se acercó a mí, enojado de cananas y de puñales. A la sombra proyectada por su sombrero, parecía un pajarraco reducido a plumas y esqueleto. Escupió por el hueco del colmillo:

—No merece usted que otros le eviten el trabajo de matarse. Tenga, por si algún día se decide a hacerlo usted.

Se había sacado una bala del cinturón y la había depositado en mi mano, como un tesoro diminuto o un caramelo. Recordé el último endecasílabo de aquel primer soneto que Gálvez había escrito para mí: *Y en la mano una bala, como Larra*. Vi alejarse el coche mortuorio entre los desmontes de la Casa de Campo, triste como la guerra misma. La bala me latía en la mano, sobre la carne temblorosa, y tenía vislumbres de plata.

CODA

Por supuesto, Fernando Navales no siguió el consejo de Gálvez: prefirió guardarse aquella bala como recuerdo de una humillación y anticipo de una venganza. Durante los tres años que duró la contienda, Pedro Luis de Gálvez siguió recorriendo en su coche mortuario aquel Madrid manchado de escarlatina, suministrando una muerte nómada y casi siempre arbitraria. Las noticias que de él nos han llegado son contradictorias: unos le adjudican un talante misericordioso; otros lo dibujan con tintas luciferinas, ansioso de venganzas; parece ser, no obstante, que intentó salvar a Pedro Muñoz Seca, por quien sentía un insensato cariño, y que liberó de la cárcel al futbolista Ricardo Zamora, héroe de hazañas incruentas y mecenas del propio Gálvez en una época anterior de sus vidas (Gálvez se conformaba con un mecenazgo pobre: bastaba con que lo convidasen a una chuleta o a un plato de callos). Fernando Navales logró burlar el merodeo de la muerte a costa de perder la salud y el estilo; coincidiendo con la "liberación de Madrid", recibió honores de santo o de mártir (toda religión precisa sus mártires, había escrito él) y fue nombrado presidente de un comité encargado de la depuración de intelectuales rojos. Formó parte del tribunal que decretó mediante juicio sumarísimo la reclusión de Gálvez en Porlier y su posterior ajusticiamiento. Quiere también la leyenda —proclive a las simetrías— situar a Fernando Navales al mando del pelotón que fusilaría a Pedro Luis de Gálvez y atribuirle el tiro de gracia que remató al bohemio (un tiro para el que, seguramente, emplearía la bala que Gálvez le había regalado). Como nos repugnan las moralejas, diremos que Navales, al participar en la muerte de su contrincante, estaba asesinando a ese alter ego que todos llevamos dentro, ese alter ego que nos acusa con su perdón. Podrá el ofendido olvidar la ofensa, pero jamás el ofensor. Fernando Navales murió viejo, disfrutando de rentas y subsidios oficiales, pero sin estilo. Pedro Luis de Gálvez ya pertenece al cielo intacto de las mitologías (y basta, que estamos incurriendo en moralejas).

ÍNDICE*

7	LAS MANOS DE ORLAC
21	SEÑORITAS EN SEPIA
35	SANGRE AZUL
49	LAS NOCHES GALANTES
65	LAS NOCHES HEROICAS
85	VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN
97	HOMBRES SIN ALMA
113	EL SILENCIO DEL PATINADOR
131	CONCIERTO PARA MASONAS
145	LA EPIDEMIA
157	EL GALLITO CIEGO
177	GÁLVEZ

* La numeración corresponde al libro original [Nota del escaneador]